

M. C. BEATON



AGATHA
RAISIN

y el veterinario
cruel

Lectulandia

Agatha Raisin: divertida, envidiosa y... ¿detective? No es simpática pero te hará reír, no es detective pero es capaz de resolver un asesinato si se lo propone. A sus cincuenta y tantos, Agatha Raisin se las ingenia bien para sobrevivir al aburrimiento de una campiña inglesa... No te pierdas esta deliciosa novela exclusiva de Círculo y firmada por una autora que ha vendido más de quince millones de ejemplares.

Con un chasco. Así empieza la última aventura de Agatha Raisin: se ha ido a las Bahamas persiguiendo a su adorado James Lacey, pero resulta que él, quizá para esquivarla, no está en las Bahamas, sino más bien en El Cairo. ¿En qué momento se le ocurrió a la pobre Agatha dejar Londres por una vida insulsa y sin hombres en la campiña inglesa?

La llegada al pueblo de un joven veterinario despierta el interés de muchas mujeres de mediana edad... y también el espíritu competitivo de Agatha, que no dudará en llevar a su gata (sana) para que la visite. Nuestra heroína no se irá con las manos vacías, y conseguirá que el veterinario la invite a cenar. ¿Despertará ese logro la envidia de sus competidoras? ¿Conseguirá despertar los celos de James Lacey? Agatha apenas puede saborear las mieles de su modesto triunfo: el veterinario aparece muerto en acto de servicio, justo cuando se disponía a operar a un caballo. Convencida de que se trata de un asesinato, Agatha embaucará a James Lacey para que la acompañe en sus hazañas detectivescas...

Lectulandia

M. C. Beaton

Agatha Raisin y el veterinario cruel

Detective Agatha Raisin - 2

ePub r1.1

turolero 07.06.15

Título original: *Agatha Raisin and the Vicious Vet*

M. C. Beaton, 1993

Traducción: Vicente Campos

Editor digital: turolero

V. 1.1: Corregidas erratas por lectura: más y por aviso de «aqueloutrada»

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*a su veterinaria, Anne Wombill,
de Cirencester, la ayuda prestada.
Este libro es para ella y su marido,
Robín, con afecto.*

UNO



Agatha Raisin llegó al aeropuerto de Heathrow de Londres con la piel bronceada y un rubor de vergüenza interior. Mientras empujaba su equipaje hacia la salida, se sentía una completa idiota.

Acababa de pasar dos semanas en las Bahamas persiguiendo a su apuesto vecino, James Lacey, que había insinuado que se iba de vacaciones al hotel Nassau Beach, ubicado en esas islas. Cuando iba detrás de un hombre, Agatha era tan implacable como lo había sido en los negocios. Se había gastado una considerable suma de dinero para hacerse con un fondo de armario fascinante, había puesto todo su empeño en adelgazar y poder lucir en biquini su rejuvenecida figura de mujer de mediana edad, pero una vez allí, ni rastro de James Lacey. Alquiló un coche y recorrió los demás hoteles de la isla, en vano. Incluso llamó al Alto Comisionado Británico con la esperanza de que tuvieran noticia de él. Unos días antes de su regreso, había puesto una conferencia a Carsely, la localidad de los Costwolds donde vivía, para hablar con la esposa del vicario, la señora Bloxby, y finalmente se había atrevido a preguntar por el paradero de James Lacey.

Todavía recordaba la voz de la señora Bloxby, que tan pronto se desvanecía como sonaba con fuerza a través de la pésima conexión telefónica, como si fuera la marea la que la empujaba hasta Agatha.

—El señor Lacey cambió de planes en el último momento y decidió pasar las vacaciones con un amigo en El Cairo. Pero sí que había dicho que iba a las Bahamas, lo recuerdo, y la señora Mason comentó: «¡Qué casualidad! Ahí es donde va nuestra señora Raisin». Al poco, nos enteramos de que ese amigo suyo de Egipto lo había invitado.

Qué vergüenza había pasado Agatha, y aún la sentía. Para ella estaba claro que él había cambiado de planes simplemente para no encontrársela. Ahora, en retrospectiva, su persecución a aquel hombre había sido bastante descarada. Y había otro motivo por el que no había disfrutado de sus vacaciones: había dejado su gato *Hodge*, un regalo del sargento Bill Wong, en una residencia para felinos y, sin saber muy bien por qué, temía que el animal hubiera muerto.

En el aparcamiento del aeropuerto, cargó su equipaje en el coche y emprendió el viaje de vuelta a Carsely, preguntándose una vez más por qué se había jubilado tan pronto —en estos tiempos, a los cincuenta y pocos años una todavía era joven— y había vendido su negocio para enterrarse en un pueblo de la campiña.

La residencia de gatos se hallaba en las afueras de Cirencester. Se dirigió al edificio principal, donde la dueña, una mujer delgada y larguirucha, la recibió con descortesía.

—La verdad, señora Raisin —dijo—, tengo que salir ahora mismo. Habría sido más considerado por su parte llamar antes.

—Traiga mi animal... ya —repuso Agatha, clavándole una mirada hosca—, y no

se entretenga.

La mujer salió con paso airado, la ofensa grabada en cada arruga de su cuerpo. Al poco volvió con *Hodge*, que maullaba en su transportín. Sorda a cualquier recriminación más, Agatha pagó la factura. Reunirse con su gato, concluyó, resultaba un gran consuelo, y entonces se preguntó si ya se había convertido en una señora de pueblo, de esas a las que se les cae la baba con sus animales.

Su casa, un *cottage* achaparrado bajo la pesada cobertura de su techo de paja, era como un viejo perro esperándola para darle la bienvenida. Una vez hubo encendido la chimenea, alimentado al gato y ya con un *whisky* bien cargado en las entrañas, Agatha pensó que sobreviviría. ¡Que le dieran a James Lacey y a todos los hombres!

Por la mañana fue a Harvey's, el establecimiento de ultramarinos del pueblo, para comprar algo de comida y exhibir su bronceado, y se encontró allí con la señora Bloxby. Agatha aún se sentía avergonzada por la llamada que le había hecho, pero la señora Bloxby, de natural discreta, no se la recordó y se limitó a comentarle que esa misma noche se celebraba una reunión de la Carsely Ladies' Society en la vicaría. Agatha dijo que asistiría, si bien pensó que una vida social merecedora de tal nombre implicaba algo más que tomar el té en la vicaría.

Estuvo tentada de no acudir. En lugar de ir a la vicaría podía pasarse por el Red Lion, el *pub* local, y cenar allí. No obstante, ya le había prometido a la señora Bloxby que iría y, por alguna razón, uno no incumplía las promesas que se le hacían a la señora Bloxby.

Al salir de casa aquella noche, una espesa niebla se había asentado sobre el pueblo, una bruma densa y gélida que transformaba los arbustos en atacantes agazapados y amortiguaba el sonido.

Cuando llegó, las demás señoras ya estaban acomodadas entre el agradable desorden del salón de la vicaría. Nada había cambiado. La señora Mason seguía ejerciendo de presidente —presidente, no presidenta, porque en Carsely, como decía la señora Bloxby, con esos cambios de género una sabe dónde empieza pero no dónde termina, y acaba llamando *cantamos* a las cantantes— y la señorita Simms, con sus zapatos blancos y su minifalda a lo Minnie Mouse, seguía siendo la secretaria. Le pidieron a Agatha que contara detalles de sus vacaciones, así que se ufano del sol y la arena hasta que ella misma empezó a pensar que se lo había pasado bien.

Tras proceder a la lectura de las actas, se trató el tema de una recolecta para Save the Children, de una salida con ancianos, y a continuación hubo más té y pastas. Fue en ese momento cuando Agatha se enteró de lo del nuevo veterinario: el pueblo de Carsely tenía por fin una consulta veterinaria. Se había construido una ampliación en el edificio de la biblioteca y un veterinario de Mircester, Paul Bladen, pasaba consulta allí dos veces por semana, las tardes de los martes y los miércoles.

—Al principio no pensábamos ir —explicó la señorita Simms—, porque estamos

acostumbrados a acudir al de Moreton, pero el señor Bladen es muy bueno.

—Y muy guapo —intervino la señora Bloxby.

—¿Y joven? —preguntó Agatha con un destello de interés.

—Oh, yo diría que debe rondar los cuarenta —calculó la señorita Simms—. No está casado, sino divorciado. Tiene unos ojos inquisitivos y unas manos preciosas.

Agatha no estaba especialmente interesada en el veterinario; seguía pensando en James Lacey. Deseaba que volviera cuanto antes para demostrarle que no se preocupaba lo más mínimo por él. Así, mientras las señoras elogiaban una y otra vez al nuevo veterinario, se sentó a reproducir mentalmente lo que diría él y lo que ella respondería, y a imaginarse lo mucho que le sorprendería al caballero enterarse de que había tomado por una persecución lo que no eran sino muestras de cordialidad de una buena vecina.

Pero los hados se conjuraron para que Agatha conociera a Paul Bladen al día siguiente. Decidió ir a la carnicería y comprar un bistec para comer y unos higadillos de pollo para *Hodge*.

—Buenos días, señor Bladen —saludó el carnicero, y Agatha se dio la vuelta.

Paul Bladen era un hombre atractivo de cuarenta y pocos años, con un tupido pelo rubio y ondulado salpicado de gris, ojos castaños claros que se arrugaban como si quisieran protegerse del sol del desierto, una boca firme y bastante agradable, y una barbilla cuadrada. Era delgado, de mediana estatura, y llevaba una chaqueta de *tweed* con coderas, pantalones de franela y, como el día era gélido, una vieja bufanda de la London University alrededor del cuello. A Agatha le recordó los viejos tiempos, cuando los estudiantes universitarios vestían como estudiantes universitarios, antes de que llegaran las camisetas y los tejanos deshilachados.

Por su parte, Paul Bladen vio a una mujer regordeta de mediana edad, con el pelo castaño brillante y unos ojos pequeños, como de oso, en una cara bronceada. Una mujer que vestía, se fijó, ropa muy cara.

Agatha le tendió la mano, se presentó y le dio la bienvenida al pueblo con su mejor tono de voz de gran señora. Él le sonrió mirándola a los ojos, le sostuvo la mano y susurró algo sobre el espantoso tiempo que hacía. Agatha se olvidó por completo de James Lacey. O casi. Que se pudriese en Egipto. Deseó que pillara una buena diarrea o que le mordiera un camello.

—A decir verdad —observó Agatha, embobada—, iba a ir a verle. Con mi gato.

¿Acaso había aparecido momentáneamente una capa de gélida escarcha en aquellos ojos arrugados? Aunque lo que el hombre dijo fue:

—Esta tarde hay consulta. ¿Por qué no trae al animal? ¿Le parece bien a las dos?

—Es un placer disponer por fin de nuestro propio veterinario —se entusiasmó Agatha.

Él le dedicó de nuevo aquella sonrisa tan cálida y Agatha salió como flotando. La niebla seguía cubriendo el campo, pero en las alturas, muy arriba, un sol con forma de diminuto disco rojo forcejeaba para abrirse paso, proyectando una débil luz

rosácea sobre el paisaje cubierto de escarcha, lo que le recordó a Agatha los calendarios navideños de su juventud, en los que las imágenes invernales aparecían decoradas con purpurina.

Pasó a toda prisa por delante de la casa de James Lacey sin mirar siquiera, pensando en qué ponerse para la ocasión. Era una verdadera lástima que todos sus vestidos nuevos fueran para lucir con un tiempo caluroso. Mientras su gatito atigrado, *Hodge*, la observaba con curiosidad, ella se examinó la cara en el espejo de la cómoda. El bronceado estaba muy bien, pero una gruesa capa de maquillaje todavía podía hacer maravillas en un rostro maduro. Bajo la barbilla se veía una bolsa blanda que no era de su agrado y las arrugas que le caían a un lado de la boca parecían más marcadas que antes de irse de vacaciones, lo que le recordó las alarmantes advertencias acerca de los estragos que el sol causaba en la piel.

Se aplicó una crema nutriente y, tras revolver en su armario, se decidió finalmente por un vestido color rojo cereza y un abrigo negro entallado con cuello de terciopelo. Su pelo estaba reluciente y saludable, así que optó por no ponerse sombrero. Era un día gélido, así que no le quedaba otra que ponerse botas, pero tenía un nuevo par de zapatos italianos de tacón alto y sabía que sus piernas eran bonitas.

Sólo tras dos horas de diligentes preparativos se dio cuenta de que primero tenía que coger al gato, que había ido a esconderse a un rincón de la cocina y al que tuvo que meter sin contemplaciones en el cesto de mimbre. Los maullidos de queja de *Hodge* rasgaron el aire. Haciendo oídos sordos por una vez a su mascota, Agatha se encaminó a la consulta a paso ligero con sus tacones altos. Cuando llegó, los pies se le habían quedado tan fríos que tenía la sensación de caminar sobre dos muñones doloridos.

Abrió de un empujón la puerta y entró en la sala de espera, que parecía llena de gente: Doris Simpson, su mujer de la limpieza, con su gato; la señorita Simms con su *Tommy*; la señora Josephs, la bibliotecaria, con un gran gato sarnoso de nombre *Tweks*; y dos granjeros, Jack Page, al que conocía, y un hombre achaparrado y fornido al que sólo conocía de vista, Henry Grange. También había una forastera.

—Es la señora Huntingdon —le susurró Doris—. Ha comprado la vieja casa de Droon, en la parte alta del pueblo. Es viuda.

Agatha miró a la nueva con celos. A pesar de los denodados esfuerzos del movimiento de liberación animal para que las mujeres dejaran de llevar pieles, la señora Huntingdon lucía un abrigo de visón de granja con un elegante sombrero, de visón también. Desprendía un delicado aroma de perfume francés, tenía una cara pequeña y bonita como la de una muñeca de porcelana, grandes ojos de color avellana con enormes pestañas (¿postizas?) y una boca pintada de rosa. Su mascota era un pequeño terrier Jack Russell que ladraba furiosamente, agitándose al final de la correa como si fuera a atacar a los gatos. La señora Huntingdon parecía no darse cuenta del ruido ni de las torvas miradas que le clavaban los dueños de gatos. Por si fuera poco, se había sentado delante del único radiador e impedía el paso del calor.

Había rótulos de «Prohibido fumar» por todas las paredes, pero la señora Huntingdon se encendió un cigarrillo y echó el humo al aire. En la sala de espera de un médico, donde los pacientes sólo se preocupaban por sí mismos, habría habido quejas. Pero la de un veterinario es un lugar extrañamente intimidante y la preocupación por sus mascotas, además de la presencia un tanto *intimidante* de la dama, cohibía a la gente.

En una de las paredes había una mesa tras la que se sentaba una enfermera-recepcionista. Era una chica sencilla de pelo castaño lacio, que hablaba con el acento gangoso de Birmingham. Se llamaba señorita Mabbs.

Doris Simpson fue la primera en pasar y sólo estuvo dentro cinco minutos. Agatha se frotó subrepticamente los tobillos fríos. La espera no sería larga. Pero la siguiente, la señorita Simms, se pasó dentro media hora, y cuando salió le brillaban los ojos y tenía las mejillas ruborizadas. Era el turno de la señora Josephs. Al cabo de un largo rato salió murmurando:

—Qué buena mano tiene el señor Bladen.

Su viejo gato yacía boca arriba en el cesto, como si estuviera muerto.

Cuando entró la señora Huntingdon, Agatha se acercó a la mesa de recepción y le dijo a la señorita Mabbs:

—El señor Bladen me dijo que viniera a las dos. Llevo esperando un buen rato.

—La consulta empieza a las dos. Seguramente se refería a eso —le aclaró la señorita Mabbs—. Tiene que esperar su turno.

Agatha no se había puesto de punta en blanco para nada, así que se resignó, cogió con desgana un ejemplar de *Vogue* de junio de 1988 y regresó a su dura silla de plástico. Esperó un buen rato a que la alegre viuda y su perro reaparecieran, pero los minutos pasaban mientras Agatha oía las risas que salían de la consulta, y se preguntó qué estarían haciendo allí dentro.

Transcurrieron cuarenta y cinco minutos durante los cuales Agatha terminó de leer el ejemplar de *Vogue*, otro mejor conservado de *Good Housekeeping* de 1981 y se quedó absorta con un reportaje de un antiguo anuario de *Scotch Home* sobre un atractivo terrateniente de las *highlands* escocesas que abandonó a su amada Morag de los valles por Cynthia, una pintarrajeada furcia de Londres. Por fin, la señora Huntingdon salió con su perro. Sonrió vagamente a su alrededor antes de marcharse y Agatha le devolvió una mirada con el ceño fruncido.

Sólo quedaban los dos granjeros y Agatha.

—Me parece que no volveré —señaló Jack Page—, se pierde un día entero, vaya que sí.

Pero él acabó rápido porque sólo había ido a buscar una receta de antibióticos, que le entregó a la señorita Mabbs. El otro granjero sólo quería medicamentos y Agatha se iluminó al ver que reaparecía al cabo de un momento. Había pensado regañar al veterinario por haberla hecho esperar tanto tiempo, pero allí estaba aquella dulce sonrisa de nuevo, aquel firme apretón de manos, aquella mirada íntima y

cercana.

Sintiéndose a la vez alterada por el hombre y culpable porque a *Hodge* no le pasaba nada, Agatha le devolvió la sonrisa, un tanto aturdida.

—Ah, señora Raisin —dijo el veterinario—, veamos ese gato. ¿Cómo se llama?

—*Hodge*.

—Como el gato del doctor Johnson.

—¿Quién es? ¿Su colega de Mircester?

—El doctor Samuel Johnson, señora Raisin.

—Vale, ¿cómo quiere que lo supiera? —preguntó Agatha con irritación, pues tenía la opinión de que el tal doctor Johnson era uno de esos pelmazos como *sir* Thomas Beecham a los que la gente siempre citaba pedantemente en las cenas.^[1] De hecho, James Lacey había mencionado su nombre.

Para ocultar su irritación, subió el cesto de *Hodge* a la mesa y abrió el pestillo.

—Vamos, sal, sal —engatusó Agatha a un hosco *Hodge*, que se agazapaba al fondo del cesto.

—Permítame —dijo el veterinario, y la apartó a un lado.

Metió la mano, sacó brutalmente a *Hodge* a la luz y luego sostuvo en alto cogiendo por el cogote al animal que, asustado, no paraba de maullar.

—Oh, no haga eso. Le está asustando —se quejó Agatha—. Déjeme a mí.

—Muy bien. Parece muy sano. ¿Qué le pasa?

Hodge escondió la cabeza en la apertura del abrigo de Agatha.

—Esto..., no quiere comer —se inventó ella.

—¿Vómitos, diarrea?

—No.

—Bien, entonces le tomaremos la temperatura. ¡Señorita Mabbs! —La chica entró y se quedó con la cabeza gacha—. Sostenga el gato —ordenó el veterinario.

La señorita Mabbs le cogió el gato a Agatha y lo colocó con mano firme sobre la mesa de reconocimiento.

El veterinario se acercó a *Hodge* con un termómetro rectal. ¿Acaso iba, se preguntó Agatha, a introducir el termómetro por el trasero del pobre *Hodge* con fuerza innecesaria? El gato aulló, se soltó, se bajó de un salto de la mesa y se agazapó en un rincón de la consulta.

—He cometido un error —dijo Agatha, desesperada por sacar a su mascota de allí—. Si muestra algún signo más grave volveré a traerlo.

La señorita Mabbs salió y Agatha metió a *Hodge* con ternura en el cesto.

—Señora Raisin.

—¿Sí?

Agatha lo examinó con sus ojos de oso en los que se había apagado por completo el brillo del amor.

—Hay un restaurante chino bastante bueno en Evesham. He tenido un día muy largo y creo que me merezco un premio. ¿Le gustaría cenar conmigo?

Agatha sintió que un placentero calorcillo recorría su cuerpo maduro. Que les dieran a todos los gatos en general y a *Hodge* en particular.

—Me encantaría —aceptó casi sin aliento.

—Entonces nos vemos allí a las ocho —dijo él, sonriéndole mientras le miraba a los ojos—. Se llama Evesham Diner, es una casa antigua del siglo XVII en High Street, no tiene pérdida.

Agatha salió a la ahora vacía sala de espera esbozando una sonrisa de suficiencia. Le habría gustado haber sido la primera «paciente» para poder contarles a todas las demás mujeres que tenía una cita.

De camino a casa, se pasó por la tienda y le compró a *Hodge* una lata del mejor salmón como descargo de conciencia. Al llegar, y tras hacerle unos mimos al gato y dejarlo delante de una chimenea crepitante, se convenció de que el veterinario había sido firme y eficiente con el animal, no deliberadamente cruel.

El deseo de alardear de su cita era tan incontrolable que telefoneó a la esposa del vicario, la señora Bloxby.

—¿Sabe qué? —dijo Agatha.

—¿Otro asesinato? —aventuró la esposa del vicario.

—Mucho mejor. Nuestro nuevo veterinario me ha invitado a cenar esta noche.

Siguió un largo silencio.

—¿Está usted ahí? —preguntó Agatha secamente.

—Sí, aquí sigo. Me estaba preguntando...

—¿Qué?

—¿Por qué la invita?

—Yo diría que es obvio —le espetó Agatha—. Le gusto.

—Perdóneme, claro que sí. Sólo que me da la impresión de que ese hombre es frío y calculador. Ándese con cuidado.

—No soy ninguna adolescente boba —replicó Agatha, ofendida.

—Precisamente.

Ese «precisamente» lo interpretó Agatha como: «Usted es una mujer de mediana edad que puede sentirse adulada con facilidad por las atenciones de un hombre más joven».

—En cualquier caso —prosiguió la señora Bloxby—, tenga mucho cuidado en la carretera, está empezando a nevar.

Agatha colgó, un tanto apagada, pero al instante sonrió. ¡Claro! La señora Bloxby estaba celosa; todas las mujeres del pueblo se habían prendado del veterinario. Pero ¿qué había dicho de la nieve? Agatha apartó la cortina y se asomó. Nevaba, pero la nieve todavía no cuajaba en el suelo.

A las siete y media salió en su coche con toda la incomodidad que le producía el ceñido body bajo el vestido negro de lana de Jean Muir, adornado con un voluminoso collar de perlas. Llevaba tacones muy altos, así que se los quitó y condujo colina arriba desde el pueblo con los pies descalzos.

La nieve caía cada vez con más fuerza y de repente, cerca de la cumbre, cruzó una especie de frontera nevada y se vio conduciendo sobre una espesa capa blanca. Pero por delante se extendía la tentadora ilusión de la cena con el veterinario.

Al acercarse a la A44, pisó con fuerza el freno para reducir la velocidad y de repente el coche patinó. Todo pasó muy rápido, increíblemente rápido. Sus faros giraron como locos alrededor del paisaje invernal, y al momento oyó un crujido espeluznante al tiempo que chocaba contra un muro de piedra que había a su izquierda. Con mano trémula apagó las luces, luego el motor, y se quedó sentada y quieta.

Un coche que circulaba en sentido contrario, en dirección al pueblo, se detuvo a su lado. Una puerta se abrió y cerró, y una figura oscura se cernió sobre el lado del coche donde se encontraba Agatha, que bajó la ventanilla.

—¿Se encuentra bien, señora Raisin? —Era la voz de James Lacey.

Antes de conocer al veterinario, antes del fiasco de las Bahamas, Agatha había fantaseado a menudo con que James Lacey la rescataba de un accidente. Pero ahora sólo podía pensar en su anhelada cita.

—Me parece que no me he roto nada —respondió Agatha y entonces golpeó el volante, frustrada—. Maldita, ¡maldita nieve! ¿Puede acercarme a Evesham?

—¿Está de broma? La cosa va a peor, o eso indica el parte meteorológico. Van a cerrar Fish Hill.

—Oh, no —gimoteó Agatha—. A lo mejor podríamos ir por otra ruta. Tal vez por Chipping Camden.

—No sea tonta. ¿Funciona el motor?

Agatha lo puso en marcha y éste cobró vida.

—¿Y las luces?

Agatha las encendió y los faros iluminaron un campo yermo cubierto de nieve.

James Lacey inspeccionó los daños en el morro del coche.

—El cristal de los faros está hecho añicos, necesitará un nuevo parachoques y un radiador, y una nueva matrícula. Más vale que dé la vuelta y me siga hasta el pueblo.

—Si no me lleva usted, cogeré un taxi.

—Puede probar.

Él se dirigió a su coche. Agatha oyó que lo ponía en marcha, dio media vuelta y lo siguió. James Lacey aparcó delante de su casa, la saludó con la mano y se metió dentro.

Agatha salió de su coche, olvidándose de que iba descalza, y corrió a la suya. Cogió el teléfono y, tras consultar en la lista de empresas de taxi que tenía clavada en la pared, empezó a llamar a una tras otra, pero no había ningún taxista dispuesto a conducir hasta Evesham o a ninguna otra parte en una noche como ésa.

«Maldita sea —pensó Agatha con rabia—, mi coche todavía funciona. Voy a ir».

Introdujo los húmedos pies en un par de botas y volvió a salir, pero apenas había subido la mitad de la colina cuando los dos faros se apagaron, sumiéndola entre unas

tinieblas nevadas. Agotada, dio la vuelta y regresó al pueblo. Una vez en casa, telefoneó al restaurante chino. No, desde el otro extremo de la línea le llegó una voz informándole de que el señor Bladen no se había presentado. Sí, había reservado una mesa. No, con toda seguridad no había llegado.

Hundida definitivamente, Agatha llamó a información telefónica y consiguió el número del veterinario de Mircester. Una mujer respondió al teléfono.

—Me temo que el señor Bladen está ocupado en este momento. —La voz sonó distante y divertida.

—Soy Agatha Raisin —le espetó Agatha—. Habíamos quedado en un restaurante de Evesham esta noche.

—Difícilmente podría pensar que él cogería el coche con este tiempo.

—¿Con quién estoy hablando, por favor? —preguntó Agatha.

—Soy su esposa.

—¡Oh! —Agatha soltó el auricular como si fuera una brasa de carbón.

¡Así que estaba casado! ¿De qué iba todo aquello? Si estaba casado no debería haberla invitado a cenar. Agatha tenía convicciones muy claras acerca de salir con hombres casados. Se sentía como si hubiera querido burlarse de ella. ¡Hombres! ¡Y James Lacey! Se había limitado a meterse en su casa sin interesarse siquiera por su estado después del accidente.

Agatha se sentía como una tonta, y sus sueños de una cita con un hombre atractivo habían acabado con un coche destrozado. Pasó el resto de la velada rellenando un parte de accidentes mientras *Hodge* ronroneaba en su regazo.

El día siguiente amaneció nublado y seguía nevando. Una vez más, Agatha tenía la sensación de estar atrapada. Esperaba que sonara el teléfono, convencida de que Paul Bladen la llamaría para decirle algo, lo que fuera. Pero el aparato seguía allí, impávido y silencioso.

Finalmente, decidió hacer una visita a su vecino James Lacey, aunque sólo fuera para explicarle, con sutileza, que no le había estado persiguiendo. Pero, aunque una fina columna de humo salía de su chimenea y su coche cubierto de nieve estaba aparcado delante de su casa, el hombre no abrió la puerta.

Agatha se sintió desairada. No le cabía la menor duda de que él estaba dentro.

Hodge, con el egoísmo propio de los gatos, jugaba alegremente sobre la nieve del jardín, acechando a presas imaginarias.

Por la tarde llamaron al timbre. Agatha se miró en el espejo, cogió el lápiz de labios que tenía siempre en la mesa del recibidor y se pintó. Luego se alisó el vestido y abrió la puerta.

—Ah, eres tú —dijo mirando los redondeados rasgos orientales del sargento Bill Wong.

—Menudo recibimiento —repuso él—. ¿Es posible tomar una taza de café?

—Pasa —le invitó Agatha, que se inclinó por encima del hombro del detective y miró esperanzada a un lado y otro de la calle.

—¿A quién esperabas? —le preguntó él cuando se sentaron en la cocina.

—Esperaba unas disculpas. Nuestro nuevo veterinario, Paul Bladen, me invitó a cenar anoche en Evesham, pero mi coche patinó en lo alto de la carretera y no pude llegar. Y resultó que él ni siquiera fue al restaurante. Llamé a su casa y me contestó una mujer. Dijo que era su esposa.

—Eso es imposible —observó Bill—. Lleva cinco años separado de su mujer y el divorcio se certificó el año pasado.

—¿A qué está jugando entonces? —exclamó Agatha, exasperada.

—Querrás decir con quién está jugando. En una noche de nieve es imposible ir a Evesham; no sé, es mejor divertirse un poco en casa.

—Bueno, en cualquier caso tendría que haber llamado —dijo Agatha.

—Y hablando de tu vida amorosa, ¿cómo te fue por las Bahamas?

—Muy bien —contestó Agatha—. Tomé el sol.

—¿Y viste al señor Lacey?

—No esperaba encontrarlo; se fue a El Cairo.

—¿Y ya lo sabías antes de ir?

—¿Qué es esto? —exclamó Agatha—, ¿un interrogatorio policial?

—Sólo unas preguntas de un amigo. Me alegra ver que *Hodge* está contento; parece muy sano.

—Oh, está como un toro.

Los ojos almendrados que la miraban con intensidad brillaron levemente a la luz blanquecina de la nieve que entraba por la ventana de la cocina.

—Entonces ¿por qué llevaste al bueno de *Hodge* al veterinario?

—¿Me has estado espiando?

—No, ayer pasaba casualmente por allí y te vi entrar en la consulta con *Hodge* en un cesto. Deberías llevar un calzado más sensato con este tiempo.

—Sólo quería comprobar que el gato estaba al día de las vacunas —replicó Agatha—, y lo que me ponga o deje de ponerme en los pies es asunto mío.

Él levantó las manos y las dejó caer.

—Lo siento. Pero es curioso lo de Bladen.

—¿El qué?

—Se hizo socio de Peter Rice, el veterinario de Mircester, hace tiempo de eso. ¡Menudas colas de mujeres se formaban las primeras semanas! Llegaban hasta la calle. Pero luego dejaron de ir. Al parecer Bladen no es muy bueno con las mascotas; es un hacha con los animales de granja y los caballos, pero aborrece los gatos y los perros pequeños.

—No me apetece hablar de ese hombre —le cortó Agatha—, ¿es que no tienes más temas?

Así que Bill le contó todos los problemas que le ocasionaban el incremento de

robos de coches en la zona y cómo la mayoría de los delitos los cometían cada vez más chicos jóvenes. Agatha le escuchaba sólo a medias y esperaba que el teléfono sonara para salvar su orgullo. Pero cuando Bill se fue, el maldito aparato seguía en silencio.

Llamó al garaje del pueblo, pidió que vinieran a remolcar su coche averiado y que le hicieran un presupuesto de la reparación; luego, tras ver cómo la grúa se llevaba su vehículo, decidió pasarse por el Red Lion. Ya no había motivos para ir de tiros largos. Hacía meses que sólo se ponía su ropa más elegante y cara para pasar por delante de la puerta de James Lacey, de modo que ahora se vistió con un suéter grueso, una falda de *tweed* y botas. Pero justo cuando estaba ajustándose una zamarra, el teléfono sonó inesperadamente y le dio un buen susto.

Lo cogió, convencida de que sin duda sería Paul Bladen por fin, pero una voz que no reconoció preguntó en tono dubitativo:

—¿Agatha?

—Sí, ¿quién es? —contestó ella, irritada y decepcionada.

—Soy Jack Pomfret. ¿Te acuerdas de mí?

Agatha se animó. Jack Pomfret tenía una empresa de relaciones públicas, competencia de la suya, pero siempre se habían llevado bien.

—Claro. ¿Qué tal estás?

—Vendí la empresa casi al mismo tiempo que tú —explicó él—. Decidí imitarte, jubilarme joven, divertirme un poco. Pero me estoy aburriendo, no sé si me entiendes.

—Del todo —coincidió Agatha con sinceridad.

—Estoy planteándome seriamente volver a empezar y me preguntaba si te interesaría ser mi socia.

—Ahora es un mal momento —repuso Agatha con cautela—. Estamos en medio de una recesión.

—Las grandes empresas necesitan relaciones públicas y yo tengo dos esperando: Jobson's Electrics y Whiter Washing Powder.

Agatha se quedó impresionada.

—¿Estás cerca de aquí? —preguntó—. Podríamos sentarnos y hablarlo como es debido.

—Lo que había pensado —repuso él con entusiasmo— era que te acercaras a Londres para ponernos manos a la obra.

La idea de huir del pueblo, de olvidarse de sus frustradas esperanzas románticas, llevó a Agatha a responder:

—Lo haré, reservaré habitación en la ciudad. ¿Qué número tienes? Ya te llamaré.

Anotó el número de teléfono y entonces, cuando se disponía a llamar a su hotel favorito, se detuvo. Maldito *Hodge*. No podía volver a dejar al pobre animal en la residencia para gatos. Entonces se acordó de una manzana de apartamentos de alquiler muy caros en la que en una ocasión había alojado a clientes extranjeros, llamó y alquiló uno por dos semanas. Estaba segura de que no permitían mascotas,

pero aun así tampoco tenía intención de preguntarlo. *Hodge* podría sobrevivir sin salir durante un par de semanas. Además, hacía un tiempo espantoso.

DOS



Agatha no pudo dedicarse de inmediato a sus negocios porque *Hodge*, que en *Carsely* reservaba sus impulsos destructivos para cuando salía al jardín, había empezado a arañar todos los muebles del apartamento de Kensington. Tuvo que comprarle un poste rascador y pasar un largo rato agachada en el suelo delante de él, rascándolo con sus propias uñas para enseñarle al gato lo que tenía que hacer. Cuando el animal se tranquilizó por fin, llamó a Jack Pomfret, que le propuso quedar para comer en el Savoy Grill.

Carsely se estaba alejando como en un remolino hasta convertirse en apenas una diminuta mota en su mente. Había vuelto a Londres, volvía a formar parte de la ciudad; y no se trataba de una simple visita temporal: había regresado al tajo.

Jack Pomfret, un hombre delgado con ínfulas de Oxbridge, que se resistía al paso del tiempo vistiendo vaqueros y llevando el pelo ondulado, alabó el aspecto de Agatha. La curiosidad la indujo a preguntarle cuál había sido la verdadera razón para vender su empresa.

—La misma que tú —respondió él con una sonrisa infantil—. Creí que la jubilación me vendría bien; de hecho, que nos vendría bien a los dos: a mi esposa Marcia y a mí. Nos mudamos a España durante un tiempo, pero el clima no nos sentó como esperábamos. Demasiado meridional, demasiado calor. Pero háblame de ti, cuéntame qué has estado haciendo.

Agatha se acomodó y alardeó de su intervención en la resolución de una investigación por asesinato, adornándola convenientemente.

—Pero a alguien como tú la vida de pueblo debe de resultarle agobiante, querida —observó él con una sonrisa sin dejar de mirarla a los ojos, en un gesto que a Agatha le recordó al veterinario—. Con todos esos muermos y mastuerzos.

—Tengo que reconocer que me aburro —confesó Agatha, y sintió una punzada de culpa mientras los rostros de las mujeres del pueblo pasaban ante sus ojos—. En realidad, todos han sido muy amables, muy agradables. No es por ellos, es por mí. No estoy acostumbrada a la vida en el campo.

Siguieron charlando hasta que llegó el café, y entonces empezaron a hablar de negocios. Jack le explicó que había una oficina en Marble Arch que podían alquilar; lo único que necesitaban para empezar eran tres habitaciones. Agatha repasó las cifras. Al parecer, él había estudiado cuidadosamente todos los detalles.

—El alquiler es muy caro —señaló Agatha—. Sería mejor que consiguiéramos un local con un contrato a punto de caducar en otro sitio. Y antes incluso de planteárnoslo, deberíamos asegurarnos de que tenemos suficientes clientes.

—¿Ayudarían a convencerme los dos que te mencioné: Jobson's Electronics y Whiter Washing Powder?

—Claro.

—Pues resulta que los gerentes de las dos empresas están en Londres para una

conferencia de negocios. Te diré lo que haremos: preparamos unas copas y unos aperitivos para pijos, y yo llevo a los gerentes a tu piso. Más tarde te llamaré y te diré la hora.

—Vaya, si tienes contactos como éstos, llegaremos a primera división en unas semanas —comentó Agatha.

En efecto, Jack la llamó más tarde para organizarlo todo. Al día siguiente, los gerentes fueron al piso de Agatha. Fue una reunión animada, sobre todo para Agatha, porque los dos hombres coquetearon con ella. Después de que se marcharan, Jack se quedó para tomar una última copa y, al levantarse para irse, besó a Agatha en la mejilla y le dijo:

—Te daré una cifra en números redondos de tu inversión en la empresa; tú me das un cheque y dejas en mis manos los detalles prácticos del negocio. Tú eres el genio con los clientes, Agatha, siempre lo has sido. ¡Mira cómo los tenías a los dos comiendo de tu mano!

—¿Cuánto? —preguntó Agatha.

Él dijo una cifra que la hizo parpadear y luego se sentó otra vez y sacó fajos de papeles con datos y cifras. Agatha se lo pensó a fondo. Aquella cifra suponía invertir todos sus ahorros. Aún mantenía la casa en Carsely, pero ya no le haría falta si volvía al trabajo.

—Lo consultaré con la almohada —decidió—. Y deja los papeles aquí.

Una vez él se hubo marchado, deseó no haber bebido tanto. Miró fijamente las cifras. Necesitaban todos los accesorios básicos, como ordenadores y faxes, además de papel, clips y demás material de oficina.

—No estoy segura —reflexionó despacio—. ¿A ti qué te parece, *Hodge*? ¿*Hodge*?

Pero no había rastro del gato. Registró el pequeño apartamento y miró debajo de la cama, en los aparadores y armarios sin resultado. Debía de haberse escapado cuando se marcharon los clientes.

Se puso el abrigo y bajó por las escaleras sin dejar de llamarlo:

—¡*Hodge*! ¡*Hodge*!

Una mujer abrió la puerta y dijo en tono glacial:

—¿Le importaría bajar la voz?

—Que le den —le espetó Agatha, muerta de preocupación.

«Si esto hubiera pasado en Carsely —decía una voz en su cabeza—, el pueblo entero se presentaría para ayudarte». Abrió la puerta de la calle; fuera, se extendía la anónima y nada solidaria ciudad de Londres. Recorrió las plazas y jardines de Kensington mientras el tráfico ahogaba el sonido de su voz, pese a que gritaba frenéticamente.

—Si yo fuera usted, querida —dijo una voz femenina cerca de su codo—,

esperaría a que hubiera menos tráfico. Un gato, ¿verdad? El tráfico los asusta.

Pero Agatha siguió adelante, pese a que tenía los pies fríos y le dolían. Preguntó en todas las tiendas de Gloucester Road, pero no era más que otra mujer que buscaba una mascota perdida que nadie había visto, y tampoco nadie pareció ni preocupado ni interesado.

Deprimida, volvió caminando a Cornwall Gardens. Alguien tocaba una sonata de Chopin con torpeza, como un aficionado. Otros celebraban una fiesta y vio a un grupo de personas muy juntas en una habitación que daba a la calle. Y entonces Agatha divisó un gato que caminaba despacio hacia ella, un gato atigrado. Se acercó lentamente a él, rogando por lo bajo. *Hodge* era atigrado, con franjas grises y negras, no muy original.

—*Hodge* —dijo con voz afable. El gato se detuvo y la miró—. Oh, eres tú —dijo Agatha, agradecida, y cogió al animal en brazos.

—Me alegro de que alguien se quede ese pobre gato extraviado —comentó un hombre que paseaba a su perro—. Iba a llamar a la Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Animales: lleva dos semanas viviendo en los jardines, con este frío. Aun así, los gatos son unos supervivientes.

—Es mi gato —replicó Agatha, y aferrando al animal con la fiereza con la que una madre aferraría a su hijo herido, regresó con paso airado a su piso.

Abrió la puerta y la cerró con fuerza tras de sí, dejó al gato en el suelo y dijo:

—Lo que necesitas es un poco de leche caliente.

Entró en la minúscula cocina. *Hodge* se levantó de una silla de la cocina, se estiró y bostezó.

—¿Cómo has llegado hasta ahí? —preguntó, desconcertada.

Se dio la vuelta a tiempo de ver el gato atigrado que había recogido en Cornwall Gardens entrar en la cocina, maullando suavemente. Bajo la potente luz del fluorescente se dio cuenta de que era un animal escuálido, nada que ver con *Hodge*.

Dos, refunfuñó.

No podía quedarse dos gatos; uno solo ya le daba bastantes preocupaciones. ¿Dónde se habría metido *Hodge*?, se preguntó. Todavía no tenía muy por la mano las costumbres felinas y no sabía que eran capaces de desvanecerse. Pensó en devolver el nuevo gato a los jardines, pero habría sido una crueldad. Podía llevarlo a la sociedad protectora de animales, pero seguramente lo gasearían porque, ¿quién querría un simple gato atigrado?

Calentó leche, llenó dos cuencos con ella y otros dos con comida para gatos. *Hodge* parecía haber aceptado tranquilamente al recién llegado. Agatha cambió la arena de la bandeja, esperando que el nuevo animal estuviera amaestrado. Cuando fue a acostarse, los gatos se acomodaron a ambos lados de su cama. Resultaba consolador. ¿Qué dirían en Carsely cuando volviera con dos animales? Aunque, bien pensado, sólo regresaría para hacer las maletas.

Pero el pueblo seguía vivo en su recuerdo cuando se despertó la mañana siguiente. Decidió llamar a Bill Wong y contarle la noticia. En la comisaría de Mircester la informaron de que era su día libre, así que le llamó a casa. Bill escuchó atentamente mientras ella le confiaba sus planes y le contaba la visita de los dos gerentes.

El policía guardó silencio y luego, con su suave acento de Gloucester, comentó:

—Es raro.

—¿El qué?

—Me refiero a que los gerentes de dos grandes empresas se presenten así por las buenas. No sé mucho de negocios, pero...

—Eso es verdad, no sabes nada —le interrumpió Agatha.

—Aun así, me parecería más normal que hubieran organizado una reunión como es debido, un contacto con el departamento de marketing, con los encargados de relaciones públicas, no sé, esa clase de cosas.

—Oh, es que los dos estaban por casualidad en la ciudad, para una reunión de negocios.

—¿Y qué sabes en realidad de ese Jack Pomfret? No irás a darle dinero ni nada por el estilo...

—No soy tan tonta —replicó Agatha, irritada, porque empezaba a pensar que sí lo era.

—Una buena forma de conocer a la gente —continuó Bill— es hacerle una visita en su casa. Por lo general, puedes hacerte una idea del dinero que tiene alguien por el sitio en el que vive y por cómo es su mujer.

—¿Me estás diciendo que lo espíe? Tú, que siempre me repites que debería meterme en mis asuntos.

—Creo que eres una fisgona cuando no tendrías que serlo y conmovedoramente ingenua cuando tampoco deberías —dijo Bill.

—Mira, poli, dirigí una empresa de éxito durante años.

—A lo mejor Carsely te ha hecho olvidar que el mundo puede ser un lugar espantoso.

—¿Cómo sería posible? ¿Después del asesinato y todo el lío que se montó?

—Eso es distinto.

—Bueno, he acabado con Carsely.

Se oyó una risita divertida al otro extremo de la línea.

—Eso es lo que tú te crees.

Agatha se acomodó con un café y un cigarrillo para repasar de nuevo los papeles que le había dado Jack. ¿Esperaba de verdad que ella le entregara un cheque sin comprobar que él hacía una aportación por la misma cantidad? El gato recién llegado y *Hodge* se perseguían el uno al otro por encima de los muebles, y el felino callejero parecía haberse recuperado asombrosamente bien.

Agatha abrió su maletín, encontró una carpeta sujetapapeles y colocó los documentos en ella. Telefonó a Roy Silver, el joven que había trabajado para ella.

—Aggie, querida —resonó su voz cantarina—. Estaba pensando en ir a visitarte. ¿En qué andas?

—Necesito tu ayuda. ¿Te acuerdas de Jack Pomfret?

—Vagamente.

—¿No tendrás su dirección por un casual?

—Pues va a ser que sí, querida; birlé tu agenda de direcciones profesionales cuando me fui. ¡No chilles! Seguro que te habías olvidado de ella. Déjame ver..., ajá, el 121 de Kynance Mews, en Kensington. ¿Quieres el teléfono?

—Ya lo tengo, pero no parece un número de Kensington. Tanto da. Me acercaré a pie; me queda a la vuelta de la esquina.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en Londres? Deduzco que estás en la ciudad. ¿Quieres que nos veamos?

—Tal vez más tarde —dijo Agatha—. ¿Te has casado?

—No, ¿por qué?

—¿Y qué fue de aquella chica, como se llame, la que llevaste a Carsely para presentármela?

—Se fue y me dejó por un borrachuzo.

—Lo siento.

—Pues yo no —repuso Roy con mordacidad—. Puedo encontrar algo mejor que ella.

—Oye, ya te llamaré. Primero tengo que aclarar algunas cosas.

Agatha se despidió y colgó. ¿Por qué no le había dicho Jack que vivía a la vuelta de la esquina? Se acercó caminando hasta el final de Kynance Mews, al número 121, y llamó al timbre. Una mujer delgada de aspecto aristocrático abrió la puerta. Era precisamente el tipo de mujer que no le caía bien a Agatha, de esas que llevaban perlas cultivadas y botas de goma verdes en Londres.

—¿El señor Promfet? —preguntó Agatha.

—El señor Promfet ya no vive aquí —contestó la mujer con acritud—. Le compré la casa. Pero no soy su secretaria y me niego a reenviarle más cartas. Lo único que tiene que hacer es pagar una pequeña suma de dinero en Correos para que ellos se las reenvíen.

—Si me da su dirección, puedo llevarle las cartas yo misma —se ofreció Agatha.

—Muy bien. Espere y se la anotaré.

Agatha aguardó en medio del frío gélido, sobre los adoquines cubiertos de escarcha de la callejuela. Una bandada de gansos voló sobre ella en su trayecto desde el lago Round Pond en Kensington Gardens hasta St. James Park. El aliento formaba una pequeña nube de vapor delante de su cara. En la entrada de la callejuela, dos amantes de los perros soltaron a sus respectivos animales, que fueron meando en todas las puertas y luego se agacharon y defecaron, antes de que sus satisfechos dueños les reprendieran. Agatha decidió que no había amantes de los animales más egoístas que los de Kensington.

—Aquí tiene —dijo la mujer al regresar—, y ésta es la dirección.

Le pasó a Agatha una hoja de papel y un montón de cartas. Agatha le dio las gracias, metió las cartas en su maletín y se sorprendió al ver la dirección mientras la mujer cerraba la puerta con brusquedad: el número 8A de Ramillies Crescent, en Archway. Bien, había algunas mansiones en Archway y todavía quedaban ricos en aquel barrio decadente, pero el 8A indicaba más bien un sótano.

Se encaminó hacia la estación de metro de Gloucester Road y, como no quería hacer muchos transbordos, cogió la District Line hasta Embankment y luego la Northern Line hasta Archway. Tras subirse a un convoy de esta última línea, sacó las cartas. Casi todas eran correo basura, pero había una de Hacienda. Se le cayó el alma a los pies. La gente que cumple la ley y tiene las cuentas claras no mantiene correspondencia con Hacienda.

Sacó un plano de bolsillo de Londres y buscó Ramillies Crescent, que se hallaba en una red de calles por detrás del hospital. Al salir del metro, en el cruce principal de Archway, todo el mundo parecía deprimido. Uno podía coger a toda aquella gente y trasladarla a las calles de Moscú, y nadie se daría cuenta de que eran extranjeros, pensó Agatha con tristeza. Subió por la empinada cuesta desde el metro y, al llegar al hospital, giró hacia Ramillies Crescent.

Resultó ser una calle semicircular de destartaladas casas victorianas. Allí nadie notaba los efectos de la recesión porque ninguno de aquellos vecinos había alcanzado nunca un nivel de vida mínimo desde el que retroceder. Los jardines delanteros estaban descuidados y en la mayoría de ellos habían echado cemento para hacer sitio a un coche oxidado. Agatha llegó al número 8. Tal como había supuesto, el 8A era la vivienda del sótano. Esquivó un cochecito de bebé que parecía haber sido abandonado allí en lugar de dejar que se oxidara dentro de una casa y llamó al timbre. Recordaba vagamente que Marcia Pomfret era una rubia escultural. Al principio, no la reconoció en la mujer que le abrió la puerta, una mujer con un rostro desvaído, arrugado, y las raíces del pelo negras, que la miró sin reconocerla a su vez.

—¿Qué es lo que vende? —preguntó Marcia con una voz cansada y nasal.

Agatha optó por mentir.

—No vendo nada —contestó animadamente—. Me han dado su nombre porque tengo entendido que usted y su marido vivieron en España. Estoy realizando una encuesta para el gobierno español. Quiere saber por qué varias familias británicas no se asentaron en el país y volvieron a Gran Bretaña.

Agatha sacó la carpeta sujetapapeles y varios documentos de su maletín y se quedó esperando.

—Más vale que pase —la invitó Marcia—. Aquí sólo hablo con las paredes, y no es una metáfora.

La condujo a una lúgubre sala de estar. La aguda vista de Agatha reconoció lo que ella denominaba «mobiliario del casero» y se sentó en un sofá desgastado delante de una mesita baja de cristal y cromo.

—Bien —dijo animadamente—, ¿qué les llevó a España?

—Fue mi marido, Jack —explicó Marcia—. Siempre había querido tener un bar y creía que podía llevarlo solo, así que vendió su negocio y la casa, y compramos un pequeño local en la Costa del Sol. Lo llamó Home from Home; era de estilo británico: cerveza San Miguel y pastel de carne y riñones. Vivíamos en un pequeño piso encima del bar. Era un trabajo de esclavos: mientras él estaba en la barra ligando con las chicas, yo me pasaba el día en la cocina, imagínese, preparando comidas inglesas calientes mientras en la calle hacía un calor para asarse.

—¿Y les fue bien? —preguntó Agatha, simulando que tomaba notas.

—Qué va. Éramos un bar inglés más entre un montón de bares ingleses. No podíamos contratar a nadie que nos ayudara; los españoles sólo trabajaban por buenos salarios. Casi nos morimos de calor. «Las cosas mejorarán pronto», decía Jack. «Nos pasaremos el día en la playa y alguien trabajará para nosotros». Pero el local nunca llegó a despegar. Cuando acababa la temporada turística, fin del negocio. Le dije a Jack que más valía que lo reconvirtiera en un bar español para atraer a la gente del pueblo y a los turistas con más medios, que no hacen todo el viaje hasta allí para seguir comiendo la misma basura inglesa de siempre, pero ¿cree que me hizo caso? Así que vendimos y volvimos a la nada.

Agatha hizo unas cuantas preguntas más sobre España y los españoles para guardar las apariencias. Luego cerró la carpeta y se puso en pie.

—Espero que levanten pronto cabeza —le deseó.

Marcia se encogió de hombros con gesto cansino y Agatha recordó de repente el aspecto de aquella mujer diez años antes, en una fiesta: joven, rubia y hermosa. El último bomboncito que se había ligado Jack, creyeron todos, pero lo cierto es que se había casado con ella.

—¿Tiene hijos? —preguntó Agatha.

Marcia negó con la cabeza.

—Y mejor así —dijo con tristeza—. No me gustaría criarlos aquí.

«Sí, mejor así —pensó Agatha con pena mientras se alejaba por la calle—. Porque cuando él descubra que no ha logrado timarme, se pondrá a buscar una nueva esposa, esta vez una con dinero». Entonces se acordó de las cartas, se detuvo junto a un buzón, escribió la nueva dirección y las echó dentro.

Jack Pomfret subía por la escalera mecánica de la estación de metro de Archway cuando vio la regordeta figura de Agatha Raisin en la escalera que bajaba y abrió su ejemplar de *The Independent* para esconderse tras él. Al llegar a la calle, fue corriendo a su casa.

—¿Ha estado aquí la Raisin? —preguntó.

—¿Qué Raisin? —preguntó Marcia—. Sólo ha venido una mujer del gobierno español haciendo preguntas sobre los británicos que se habían ido de España.

—¿Qué aspecto tenía?

—Pelo castaño lacio, ojos marrones pequeños, un poco bronceada.

—Idiota, ésa era Agatha Raisin; se habrá olido algo. ¿Qué le contaste?

—Que no nos fue bien el bar. ¿Cómo iba a saber yo que...?

Jack se paseó de un lado a otro del comedor. ¡El dinero que se había gastado alimentando a esa foca en el Savoy! ¡La pasta que les había pagado a sus dos amigos actores para que se hicieran pasar por hombres de negocios! Tal vez todavía pudiera recuperar algo.

Agatha recogió sus cosas y se cambió de apartamento, a pesar de perder el dinero que había dado por adelantado. Se trasladó a otro edificio de apartamentos en Knightsbridge, detrás de Harrods. Tenía intención de ver algunos espectáculos y comer en algunos buenos restaurantes antes de volver a aquella tumba llamada Carsely.

Sabía que Jack iría a buscarla y no le hacía ninguna gracia la posibilidad de enfrentarse a él; como a toda la gente a la que han engañado, la avergonzaba su propia credulidad. Así que cuando Jack Pomfret, sudando ligeramente a pesar del frío, llamó a su anterior apartamento, no encontró a nadie. Los dueños ni siquiera sabían que se hubiera ido porque no había devuelto las llaves y creían que estaba fuera, así que Jack siguió llamando desesperadamente durante los días siguientes hasta que él mismo tuvo que admitir que había pocas esperanzas de sacarle ningún dinero a Agatha Raisin.

Además de ir a espectáculos y restaurantes, Agatha llevó a su nuevo gato a la Emergency Veterinary Clinic de Victoria, se enteró de que era hembra, le aplicó las vacunas pertinentes y, pese a su sexo, le puso el nombre de *Boswell*, con la vaga esperanza de mantener las referencias literarias. Decidió que era tan fácil cuidar dos gatos como uno solo.

Una noche, al volver a casa del teatro por Leicester Square preciándose de lo fácil que le había resultado retomar su vida urbana, un joven intentó robarle el bolso. Agatha lo aferró como si la vida le fuera en ello y finalmente logró darle una fuerte patada al atracador en la espinilla. El chico se fue corriendo y los transeúntes la miraron con curiosidad, pero nadie le preguntó siquiera si se encontraba bien. Cuando uno vivía en la ciudad, pensó Agatha, andaba con cuidado por las calles, desarrollaba un instinto especial para oler el peligro. Pero en la adormilada Carsely, donde a menudo ni tan sólo se molestaba en cerrar el coche por la noche, tales instintos habían desaparecido. Siguió caminando con resolución, avanzando con pasos confiados que decían: «No me asaltéis, estoy preparada para repeler el ataque». Eran los pasos de alguien que conocía bien las calles.

Al cabo de una semana regresó a Carsely, esta vez con dos cestos.

Por primera vez tuvo la extraña sensación de que volvía a casa. Era un día

soleado, con un leve indicio de calidez en el aire. Los copos de nieve revoloteaban tímidamente en los umbrales de las casas del pueblo.

Pensó una vez más en el veterinario, Paul Bladen. Ahora que tenía un nuevo animal, estaba más que justificado que se lo llevara para que le hiciera una revisión. Por otro lado, si había que creer a Bill Wong, a Paul Bladen no le gustaban los gatos. Al final decidió pasarse con el pretexto de que necesitaba una pomada ocular.

Sin embargo, como sólo se había creído a medias a Bill, le sorprendió encontrarse la sala de espera vacía. La señorita Mabbs alzó una mirada de hastío desde una revista desgastada y le dijo que el señor Bladen estaba en las cuadras de lord Pendlebury, pero que no tardaría en volver. Agatha esperó un buen rato. Al cabo de una hora, Paul Bladen entró en la sala de espera, la saludó con un gesto brusco de la cabeza y desapareció en la consulta. Agatha estaba casi decidida a marcharse cuando, al cabo de unos instantes, la señorita Mabbs le indicó que pasara.

El veterinario escuchó la historia de Agatha sobre la infección ocular del gato, garabateó una receta y le dijo que no le quedaba pomada pero que podía conseguirla en la farmacia de Moreton-in-Marsh. Y entonces se quedó esperando a que se marchara.

—¿No cree que me debe una explicación? —preguntó Agatha—. Intenté ir a aquel restaurante de Evesham, pero nevaba tanto que tuve un accidente. Le llamé, pero una mujer contestó el teléfono y dijo que era su esposa. Pensaba que tendría usted la decencia de llamarme.

De repente, él se volvió encantador.

—Señora Raisin, no sabe cómo lo siento. Hacía un tiempo espantoso, creí que usted ni siquiera intentaría ir a la cita. La mujer que respondió la llamada era mi hermana, que le gastó una broma. Perdóneme. ¿Qué le parece esta noche? Hay un restaurante griego nuevo en Mircester, cerca de la abadía. Podemos vernos allí a las ocho.

Sin embargo, cuando la miró a los ojos con una sonrisa, a Agatha le recordó amargamente a Jack Pomfret, así que vaciló y echó un vistazo por la ventana de la consulta. Fue en ese momento cuando vio a James Lacey, con el mismo aspecto de siempre: alto, fornido, con un rostro apuesto y bronceado, y ojos azules y brillantes. Su tupido pelo negro sólo tenía un rastro de gris a los lados. Pasaba por delante de la consulta con su zancada fluida y amplia: James Lacey, sin ninguna preocupación en el mundo.

—Me encantaría —accedió—. Nos vemos allí.

Cuando Agatha llegó a casa, estaba sonando el teléfono. Al cogerlo, oyó la voz de Jack Pomfret al otro lado de la línea.

—Agatha, Agatha, puedo explicar...

Colgó con fuerza el aparato, que inmediatamente volvió a sonar. Lo cogió con

rabia.

—Oye, que te den, estafador inútil —le espetó—. Si crees que...

—Señora Raisin, soy yo, Bill.

—¡Uf! Te dije que me llamaras Agatha.

—Lo siento. Agatha. ¿Así que los negocios no fueron como esperabas?

—No —contestó ella con brusquedad.

—Una pena. ¿Te apetece cenar conmigo esta noche?

—¿Qué?

—Tú, yo, cenar.

Bill Wong tenía veintitantos años, así que cualquier invitación a cenar no estaba motivada más que por la amistad. Sin embargo, se sintió halagada, incluso tentada de dejar colgado al veterinario. Pero éste tenía casi su misma edad.

—Tengo una cita, Bill. ¿La semana que viene?

—Muy bien. Aunque probablemente nos veamos antes. ¿Con quién has quedado, con Lacey?

—No, con el veterinario.

—De Guatemala a Guatepeor.

—¿Qué quieres decir con ello? ¿Insinúas que sólo está interesado en mi dinero? Pues permíteme que te diga, Bill Wong, que muchos hombres me encuentran atractiva.

—Sí, claro; hablaba por hablar. Nos vemos. Sólo era una broma. Además, seguramente está forrado.

TRES



Agatha se probó un vestido tras otro, se rindió y se puso una blusa y una falda viejas; pero cuando estaba a punto de salir, volvió corriendo, se cambió otra vez y se puso el body, el vestido de Jean Muir, las perlas y se pegó un par de pestañas postizas que se había comprado en Londres.

James Lacey la vio irse en coche. Había reparado en que su vecina ya no pasaba despacio por delante de su casa ni se asomaba ansiosa por la ventanilla.

Agatha condujo por la Fosse Way hasta Mircester, un viejo pueblo de adoquines dominado por una gran abadía medieval. Encontró el restaurante Stavros sin problemas. Parecía más una lóbrega tienda con las cortinas corridas que un restaurante, pero estaba segura de que el interior sería cálido y elegante. Pero al entrar, le proporcionó una desagradable sorpresa. El suelo era de linóleo agrietado y unos manteles de plástico a cuadros cubrían las mesas. De las paredes colgaban unas fotografías ampliadas y bastante deslucidas con vistas de Grecia, la Acrópolis, Delfos y otros paisajes helenos.

Paul Bladen se levantó para saludar a Agatha. Llevaba su viejo traje de *tweed* y una camisa sin corbata.

—Está espléndida —dijo a modo de saludo.

—No sabía que sería un restaurante tan... tan pintoresco —comentó Agatha al sentarse.

—La comida compensa la decoración.

Le sirvió un vaso de retsina de una jarra y Agatha le dio un sorbo que le supo, aunque no lo dijo, a gasolina aguada. Esperaba que el contenido en alcohol fuera lo bastante alto para infundirle ánimos. Una camarera delgada con un maquillaje de una palidez intensa digno de *El retorno de las mujeres mutantes* se acercó con un cuaderno.

—¿Qué pondremos? —preguntó lacónicamente.

Agatha, que en circunstancias normales le habría dicho que se largara y que le diera tiempo para elegir, había decidido interpretar esa noche el papel de mujer femenina y sumisa, así que agitó sus pestañas postizas hacia Paul y le pidió:

—Elija por mí.

Eso hizo él, algo que se suponía que era un plato de hojas de parra rellenas, pero cuando llegó a la mesa con deprimente premura Agatha lo pinchó y concluyó que las hojas eran de col y el relleno, arroz acuoso. Pensó que a fuerza de romper el pequeño envoltorio y esparcir el contenido por el plato podría dar la impresión de que había comido algo.

Paul Bladen hablaba sin parar de sus esperanzas de dotar a Carsely de un servicio veterinario de calidad y pidió otra jarra grande de retsina, mientras Agatha compensaba con la bebida todo lo que no comía.

—Y ahora —dijo él sonriéndole y mirándola a los ojos—, hábleme de usted.

¿Cómo es que una dama tan elegante ha acabado viviendo en un pueblo de los Costwolds?

Una Agatha sobria se habría acordado de que los Costwolds no sólo estaban de moda sino que además acogían a mucha gente interesante, pero la Agatha achispada se sintió halagada y le contó todo sobre su sueño de infancia de tener una casa en el campo, sobre cómo había montado una empresa de éxito, la había vendido y se había jubilado joven.

—*Muy joven* —recalcó.

Él alargó la mano por encima de la mesa y cogió la de Agatha.

—No ha mencionado a su marido.

Agatha se encogió de hombros.

—Lo dejé hace muchos años. Supongo que habrá muerto. —Agatha no se había tomado la molestia de divorciarse.

La mano de Paul era cálida, seca y firme; le dio la impresión de que le faltaba el aliento y se mareaba, casi como si estuviera en su primera cita.

—Sólo hablo yo —dijo por fin—, ¿qué me cuenta de usted?

—Estoy trabajando en mi sueño —dijo el veterinario, y le soltó la mano cuando se acercó la camarera y les puso delante dos pasteles pringosos, que rezumaban miel aguada, y dos tazas de fango negro disfrazado con el nombre de café griego—. Planeo fundar un hospital veterinario de primera —añadió—, pero eso requiere dinero.

—Debería comentárselo a la Carsely Ladies' Society —sugirió Agatha—. Son muy buenas recaudando fondos.

—Pero, a diferencia de usted, a mí me parecen demasiado provincianas para captar un proyecto de tanta envergadura.

—Yo no diría tanto —repuso Agatha, pensando en la señora Bloxby—. Son trabajadoras muy serias... Le diré qué haremos: realizaré una contribución para empezar su financiación.

Veinte libras, pensó caritativamente. Después de todo, él iba a pagar esa cena repugnante. Paul volvió a cogerle la mano.

—Parece que no le gusta el café.

—Prefiero el de filtro.

—Entonces vayamos a mi casa a tomar uno. —Él le acarició la palma de la mano con el pulgar.

«Bueno, ya está —pensó Agatha, mientras conducía tras el coche del veterinario a través de las calles oscuras y serpenteantes del casco antiguo—, para esto es para lo que me he puesto elegante». Pero la euforia producida por todo lo que había bebido se estaba evaporando.

Paul detuvo el coche delante de una pequeña villa victoriana en las afueras de la ciudad.

Agatha le siguió por un recibidor en penumbra, pero en cuanto él se dio la vuelta

y esbozó una sonrisa íntima, se vio asaltada por el pánico. ¡Sexo! Ahí estaba, y también todos sus miedos. No se había depilado las axilas. ¿Y si no era lo bastante..., esto, lo bastante ágil? La casa estaba fría. Una de sus pestañas postizas empezaba a soltarse, lo notaba. ¿Y si tenía que desnudarse delante de él y la veía retorciéndose para quitarse el body?

—Tengo que irme —dijo de repente—. Se me olvidó dejarles agua a los gatos.

—Agatha, Agatha, estarán bien. Ven aquí.

—Estoy esperando una llamada importante de Nueva York y... quiero decir que gracias por la cena. La próxima vez invito yo. De verdad, tengo que irme.

Agatha corrió por el sendero del jardín, tropezándose con sus tacones altos. Abrió el coche, se colocó de un salto tras el volante, se alejó y no sintió menguar el pánico hasta que estuvo a salvo fuera del pueblo, en la carretera de vuelta a casa. Mientras conducía por la Fosse Way, un coche de policía apareció en su retrovisor. Recordó todo lo que había bebido y rezó para que no la pararan y la hicieran soplar. Redujo la velocidad a cincuenta y el coche de policía la adelantó.

Estaba desconcertada por sus reacciones ante el apuesto veterinario. Hacía mucho tiempo que no tenía ningún lío con nadie. Qué tonta había sido: nunca se le había ocurrido pensar que le repugnaba la posibilidad de hacer el amor sin amor. Era una idea demasiado anticuada para admitirla, siquiera para ella misma, y Agatha Raisin era una mujer muy moderna.

Al día siguiente, Paul Bladen volvió a las cuadras de lord Pendlebury. Debía realizar una operación Hobday a un caballo de carreras para que dejara de «rugir», lo cual implicaba seccionarle las cuerdas vocales. Preparó una jeringuilla con un fármaco llamado Immobilon para anestesiarse al animal. A su lado, en una mesita tambaleante que había llevado al establo para tal fin, colocó un frasco de cristal de Revivon para inyectárselo al caballo al término de la operación, y también otro frasco de cristal de Narcan, un potente antídoto por si, en un error, se pinchaba Immobilon en su propio torrente sanguíneo.

—Muy bien, chico, tranquilo, tranquilo —dijo, dándole unas palmadas en el hocico al caballo, que se removía y relinchaba.

Le irritaba que lord Pendlebury ni siquiera se hubiera molestado en proporcionarle un mozo de cuadras que le echara una mano. El sol entraba por la puerta abierta del establo, dibujando un enorme rectángulo dorado sobre los adoquines, a sus pies. Levantó la jeringuilla para pinchar al caballo en la yugular al tiempo que el destello dorado a sus pies se oscurecía como si una nube hubiera pasado por delante de la esfera del sol. Entonces algo le golpeó violentamente en la nuca y el veterinario se desmoronó.

Aturdido, pero no inconsciente, se dio la vuelta sobre los adoquines.

—¿Qué coño está...? —empezó.

Una mano le quitó la jeringuilla y lo siguiente que supo es que se la habían clavado en el pecho. Se arrastró desesperadamente hasta la mesa donde estaba el antídoto. Incluso el Revivon, el medicamento que debía administrar al caballo para reanimarlo, le serviría si no alcanzaba el Narcan, pero la mesa estaba volcada. Paul Bladen murió a los pocos segundos.

Agatha se enteró de su muerte al día siguiente por Bill Wong, y su primera reacción fue sentir un alivio egoísta porque el veterinario ya no andaría por ahí cotilleando sobre la forma en que ella se había escapado de su casa.

Agatha había sustituido su cocina eléctrica por una Aga tradicional; había dejado la puerta de la cocina abierta y en el interior ardía con viveza un fuego de leña. En el alféizar había un jarrón con narcisos tempranos de las islas del canal de la Mancha. La mesa de plástico cuadrada también había desaparecido, siendo reemplazada por una de madera compacta con una superficie bien bruñida.

—Fue un trágico accidente —explicó Bill—. Algunos veterinarios se niegan a trabajar con Immobilon porque es letal. No hace mucho hubo un caso de un veterinario que se guardó la jeringuilla llena en el bolsillo del pecho y se acercó al caballo. El animal le dio un golpe, la jeringuilla pinchó al veterinario y eso fue todo. Murió casi al instante.

—Sería de esperar que dispusieran de algún tipo de antídoto —comentó Agatha.

—Sí, lo tienen, pero casi nunca les da tiempo a utilizarlo. En el caso de Paul Bladen estaba en una mesita, pero o bien la volcó él mismo en los estertores de su agonía o bien la tiró el caballo.

—¿Quieres decir que el Immobilon es como el cianuro? ¿Te retuerces de dolor?

—Ahora que lo pienso, no —reflexionó Bill—. Es una buena forma de suicidarse: rápida e indolora. Sólo había una cosa rara.

—¿Cuál? —Los ojos de Agatha se iluminaron.

—No, no es tan rara; no ha sido un asesinato. Tenía un moretón en la nuca y suponen que se lo hizo al golpearse la cabeza al caer, aunque se le encontró yaciendo de costado. Tenía las puntas de los dedos sobre la mesa, como si hubiera intentado alcanzar el antídoto.

—¿Y estaba solo?

—Sí. Y leyendo entre líneas la declaración de lord Pendlebury, eso se debe a que él había solicitado ayuda con actitud prepotente. Lord Pendlebury le respondió que el personal de sus cuadras estaba ocupado y luego se encargó de que así fuera. Se trataba tan sólo de una operación para que el caballo dejara de «rugir»; en el hipódromo, un montón de caballos de carreras emiten un sonido al respirar que parece un rugido.

—Qué brutalidad.

—Todo lo que tiene que ver con animales es brutal.

James Lacey rondaba delante de la puerta de Agatha. Ella le había hecho un pastel dos meses antes y sabía que tenía que devolverle la bandeja, algo que había estado posponiendo. El hecho de que aparentemente Agatha hubiera dejado de perseguirle le había infundido cierto valor. Llamó al timbre pensando que, con un poco de suerte, ella andaría por el pueblo y podría dejar la bandeja en el umbral.

Pero Agatha abrió la puerta.

—Pase y tómese un café —le invitó al recoger la bandeja—. Estamos en la cocina.

El plural animó a James Lacey a pasar. Estaba escribiendo un libro de historia militar y, como la mayoría de los escritores, se pasaba el día buscando excusas para no escribir. Conocía a Bill Wong; le saludó con la cabeza y se sentó ante una taza de café, aliviado porque Agatha no le miraba con la intensidad que solía.

—Estábamos hablando de la muerte de Paul Bladen —explicó ella, y le contó lo que había pasado.

El coronel retirado despreciaba lo que llamaba «cotilleos de mujeres» y le habría asombrado que alguien le dijera que él era también, como el resto de la especie humana, un cotilla.

—No me sorprende que un hombre al que tanta gente detesta —comentó animadamente— acabe asesinado.

—Pero no le mataron —repuso Agatha.

La gente que no se considera cotilla es la que más suele serlo, y James Lacey insistió:

—¿Cómo puede estar tan segura? —preguntó—. Para empezar, ¿se ha enterado ya de lo de la pobre señora Josephs? Ya sabe lo mucho que quería a aquel viejo gato suyo, *Tewks*. El caso es que iba con frecuencia a ver a Bladen con una excusa u otra, y un día, él le pidió que le dejara el gato para hacerle una revisión completa. Cuando volvió a recoger a su querida mascota, resultó que él la había matado. Dijo que el gato era demasiado viejo y que había que evitarle el sufrimiento. La señora Josephs se quedó desconsolada.

»Luego está la señorita Simms, que acudía a la consulta con cualquier pretexto. Me contó, y yo la creo, que la última vez fue porque el gato estaba enfermo de verdad y no paraba de rascarse. Bladen le dijo fríamente que el animal tenía pulgas, que no le hiciera perder el tiempo y que limpiara mejor su casa. Ella llevó el gato a su antiguo veterinario, que le dijo que el animal tenía una alergia. La señorita Simms volvió a ver a Bladen y lo puso de vuelta y media; se la oía por todo el pueblo. Pero Bladen le contó a Jack Page, el granjero, que estaba harto de esas mujeres y sus deprimentes mascotas. Sólo tenía tiempo para los animales de verdad, los que trabajaban.

—Eso debió de pasar mientras yo estaba en Londres —comentó Agatha—. Porque cuando abrió la consulta, iban todas.

—Porque todas estaban enamoradas de él —repuso James—. Pero entonces, por alguna razón, empezó a mostrarse desagradable con algunas. Aunque todavía las hay que creen que es el mejor veterinario..., bueno, que lo era.

—¿Quiénes? —preguntó Bill.

—La señora Huntingdon, la guapa forastera propietaria de un terrier Jack Russell; la señora Mason, la presidenta de la Carsely Ladies' Society; la señora Harriet Parr, de la zona sur del pueblo; y la señorita Josephine Webster, la que tiene esa tienda en la que sólo parece vender flores secas.

—¿Y cómo se ha enterado de todo eso? —exclamó Agatha, y entonces se ruborizó porque en ese momento se dio cuenta de que las mujeres del pueblo lo perseguían tanto como en su momento a Paul Bladen.

—Oh, la gente me cuenta cosas —respondió él sin entrar en detalles.

—Tú saliste a cenar con Bladen —recordó Bill Wong mirando a Agatha—, la noche antes de su muerte. De hecho te pregunté si querías cenar conmigo y me dijiste que no porque habías quedado con él.

—¿Y qué? —preguntó Agatha.

James Lacey la miró con curiosidad. Era una mujer bastante atractiva, supuso, con cierta malicia. En realidad, ahora que ya no le acosaba, se dio cuenta de que tenía algunas cosas buenas: una figura cuidada aunque regordeta, unas piernas preciosas, ojos bastante pequeños pero inteligentes y un cabello castaño brillante y sano, alisado, pero cortado por algún buen peluquero sin duda muy caro.

—Pues que me interesa —replicó Bill—. ¿Dónde fuisteis a cenar?

—Al nuevo griego de Mircester.

—Un antro inmundo —dijo James—. Una vez invité a alguien a cenar allí: nunca más.

Agatha se preguntó inmediatamente a quién habría invitado a cenar, pero en cambio dijo:

—No averigüé gran cosa sobre él. Bueno, me contó que su sueño era abrir un hospital veterinario.

—Ajá —dijo Bill maliciosamente—, intentó sacarte dinero, ¿verdad?

—¡No, ni por asomo! —gritó Agatha y, en voz, más tranquila, añadió—: Puede que te sorprenda, pero yo le gustaba.

—Me alegro. Quiero decir que ya habías sufrido bastante en Londres con ese tipo que intentó timarte —dijo Bill.

—¿Más café? —le cortó Agatha clavándole una mirada asesina.

—Sí, por favor —aceptó James Lacey.

—Yo no —dijo Bill—, tengo que volver al tajo —y salió de la cocina demasiado rápido para que James pudiera cambiar de opinión y escaparse.

Resuelta a parecer todo lo distante y fría que fuera posible, Agatha sirvió otra taza de café a James y se sentó en la punta de la mesa, lo más lejos posible de él. Más por decir algo que porque le interesara realmente, preguntó:

—¿Así que cree que alguien podría haber asesinado a Paul Bladen?

—Se me ha pasado por la cabeza —respondió él—. Me refiero a que habría sido fácil. Te acercas sigilosamente a él cuando ha llenado la jeringuilla, le das un golpe en la cabeza... No, no fue así; no le golpearon en la cabeza.

—No se sabe —repuso Agatha—. Tenía un chichón y han llegado a la conclusión de que podría habérselo hecho al caer al suelo, pero yacía de costado.

—Supongo que la policía sabe lo que se hace —dijo James—. Me refiero a que si hubiera habido alguien rondando por las cuadras de lord Pendlebury, lo habrían visto. Estamos en el campo: uno no puede ir por ahí a hurtadillas tan campante, como en la ciudad.

—Me gustaría ver esas cuadras —dijo Agatha—. ¿Conoce a lord Pendlebury?

—No. Pero lo único que tiene que hacer es pasarse por allí y pedirle que colabore en alguna de esas obras de caridad para las que siempre está recolectando dinero. Cuando salga de la casa se acerca a las cuadras como quien no quiere la cosa y echa un vistazo.

—Me gustaría que me acompañara —le pidió Agatha.

Él la miró con nerviosismo, pero vio que ella no lo había dicho para coquetear. James Lacey pensó en el trabajo que tenía que hacer, en los placeres de la escritura, y dijo:

—No veo por qué no. Podríamos acercarnos esta tarde, ¿qué tal a eso de las dos?

—Es muy amable por su parte —le agradeció Agatha con calma.

Le acompañó hasta la puerta, le despidió y luego bailó una pequeña danza de guerra en el recibidor. Lo imposible estaba a punto de ocurrir: iba a pasar una tarde con James Lacey.

A las dos en punto, Agatha, harta de probarse ropa, optó por un suéter rojo cereza, una sencilla falda de *tweed*, zapatos de cuero y un abrigo grueso.

Se apostó junto a la ventana de la sala de estar, que daba a la fachada, para esperar su llegada y lo vio venir con sus largas zancadas. Aunque ya había entrado en la cincuentena, era un hombre apuesto, de más de uno ochenta de estatura, pelo oscuro y grueso con sólo un rastro de gris, ojos alegres y una nariz poderosa. Llevaba un suéter de caza apolillado con hombreras de ante desgastadas sobre una camisa a cuadros y unos pantalones de pana verde oliva. Agatha se dio el gusto de echarle una buena mirada para compensar su intención de mostrarse fría y distante cuando se encontrara con él.

El hogar de lord Pendlebury, Eastwold Park, se encontraba al final de un largo camino de entrada que salía de la carretera del pueblo. Agatha se sentía eufórica. Hasta entonces sólo había estado dentro de una gran mansión como turista. Se preguntó si debería hacer una reverencia —no, eso se reservaba para la realeza—, pero ¿tenía que dirigirse a él como «milord»? Decidió que lo mejor sería observar la

actitud de James Lacey e imitarle.

Entraron con el coche y aparcaron delante de una de esas caóticas mansiones de los Costwolds que abarcaba un buen trecho de parcela sin parecerlo. No abrió la puerta un mayordomo sino una de las mujeres del pueblo, la señora Arthur, que iba vestida con un mono y se apartaba mechones de cabello gris de los ojos. La señora Arthur era miembro de la Carsely Ladies' Society, pero Agatha no sabía que trabajara para lord Pendlebury.

—Quería preguntarle a lord Pendlebury si sería tan amable de colaborar en nuestra recolecta de fondos para Save the Children —explicó Agatha.

—Pues pregúntele —respondió la señora Arthur—. Por preguntar que no quede, es lo que digo yo. —No se movió.

—¿Y por qué no se acerca a ver si lord Pendlebury puede recibirnos? —inquirió James Lacey.

—Eso es mucho pedir —dijo la señora Arthur—. Está en su estudio, allá.

Movió un pulgar en dirección a una puerta que había al final del pasillo. Resultaba todo muy decepcionante, pensó Agatha, mientras seguía a James Lacey por el pasillo. Tendría que haber habido un mayordomo que llevara su tarjeta de visita en una bandeja de plata. Pero James ya estaba abriendo la puerta del estudio para que pasara.

Lord Pendlebury estaba sentado en un ajado sofá de cuero ante una chimenea con un fuego de leña que agonizaba. Dormía profundamente.

—Bueno, esto es lo que hay —susurró Agatha.

James se acercó a la ventana.

—Las cuadras están en la parte de atrás —dijo sin molestarse en bajar la voz—. Puede verlas desde aquí.

—Chiss —le apremió Agatha.

La sala, forrada de libros, estaba en silencio y penumbra, dos de las paredes con obras encuadernadas en piel de becerro. Había también una gran mesa, cuencos con flores primaverales sobre las mesitas, y se oía el solemne tictac de los relojes, que intensificaba el silencio.

—¿Quiénes son ustedes?

Lord Pendlebury se había despertado y la miraba fijamente. Agatha se sobresaltó.

—Soy Agatha Raisin, de Carsely —se presentó—. El caballero que me acompaña es el señor Lacey. —Le habría gustado llamarle «coronel», pero estaba segura de que a James no le habría hecho gracia—. Estoy recaudando fondos para Save the Children en nombre de la Carsely Ladies' Society.

Como un americano cuando jura lealtad a su país, lord Pendlebury se llevó la mano al pecho, sin duda para proteger su cartera.

—Ya he hecho una donación para Cáncer Research —contestó.

—Pero esto es para Save the Children.

—No me gustan los niños —replicó lord Pendlebury, malhumorado—. Hay

demasiados. Váyanse.

Agatha abrió la boca dispuesta a fulminarle, pero James Lacey se apresuró a decir:

—Tiene unas cuadras espléndidas, señor. ¿Le importa que nos acerquemos y les echemos un vistazo?

—Tanto da que me importe como que no, ¿verdad? —dijo lord Pendlebury—. Un terrateniente ya no puede disfrutar de ninguna intimidad. Si no son fisgones como ustedes, son los malditos ecologistas que irrumpen en mis tierras con sus mochilas, comiendo barritas de frutos secos dietéticas y tirándose pedos. ¿Sabe qué es lo que daña la capa de ozono? Los fanáticos de la comida sana, que comen ese horrendo salvado y barritas de frutos secos, y se van tirando pedos por el campo. Soltando gases y ventosidades venenosas. Hay que acabar con ellos.

—Seguramente —comentó James con cierta indiferencia mientras Agatha fulminaba con la mirada a lord Pendlebury.

—Usted no tiene pinta de mal bicho —dijo éste observando a James en la penumbra del estudio—. Pero la mujer parece una de esas fanáticas anticaza, a las que se les cae la baba por sus queridos zorros.

—Oiga usted, señor... —empezó Agatha acercándose a él.

James la agarró con fuerza del brazo y la llevó hacia la puerta.

—Gracias por su amable invitación, lord Pendlebury —dijo por encima del hombro—. Nos encantará ver sus cuadras.

—Viejo maleducado —estalló Agatha cuando salieron al pasillo.

James se encogió de hombros.

—Es un hombre mayor; déjele en paz. Podemos ver las cuadras de caballos, que es para lo que hemos venido.

Pero Agatha seguía dolida. Sentía que la había insultado groseramente; peor aún, creía que lord Pendlebury había sido capaz de calarla a través de su abrigo caro y su suéter, hasta alcanzar a ver su alma de mujer de clase obrera.

—Voy a tener una charla muy seria con la señora Arthur —comentó Agatha mientras se dirigían a la zona de las cuadras—. Seguramente ganaría más trabajando en una fábrica o un supermercado.

—Su marido y ella trabajan para lord Pendlebury —señaló James Lacey—. Tienen una casa gratis en la finca y todas las verduras que quieran del huerto. Y en todo caso, usted quiere convencer a la señora Arthur de que se vaya sólo para vengarse del anciano porque él la ha tomado por una flatulenta defensora de los zorros.

Ésa era la verdad, y Agatha pensó que, bien mirado, James estaba resultando ser un hombre poco interesante y carente de encanto. La otra cosa que la irritaba era que, aunque llevaba menos tiempo que ella en el pueblo, parecía conocer a una cantidad considerable de gente. Saludó al preparador de los caballos de lord Pendlebury, Sam Stodder, y se lo presentó a Agatha.

—Lord Pendlebury ha dicho que podíamos dar una vuelta por las cuadras, señor Stodder —dijo James—. Una pena lo de la muerte del veterinario, ¿no cree?

—Sí, muy triste. Pasó ahí mismo; estaba operando a *Sparky* para que dejara de rugir.

—¿Y no había nadie por aquí?

—No. Lord Pendlebury había sacado una potra nueva al prado cercado y nos llevó a todos a que la viéramos. Estábamos charlando, fumando y admirando la potra, porque son contadas las ocasiones que el viejo nos deja holgazanear. El hombre no se cansa nunca. Entonces Bob Arthur, que trabaja para el señor, se aparta y dice que va a ver cómo le va al veterinario y al momento vuelve sollozando y gritando que Bladen está muerto. «Parece que alguien se lo ha cargado», dice, y entonces el señor nos pidió que llamáramos a la policía.

—¿Y pasó ahí? —preguntó Agatha acercándose al ala derecha de las cuadras.

Los dos hombres la siguieron. Allí no había nada que ver: la hilera de pesebres individuales de las caballerizas se perdía en la penumbra, y de cada uno asomaba la cabeza de un caballo.

—Es la zona más antigua de las cuadras —explicó Sam—; en las demás, los pesebres dan directamente al patio y no hacia dentro, como éstos.

Agatha miró el suelo con atención, pero no había nada que ver, ni siquiera un trozo de cristal.

—¿Por qué dijo el señor Arthur que parecía que alguien se lo había cargado? —preguntó.

—Supongo que porque no era muy popular. Un genio con los caballos, eso sí. Lord Pendlebury lo tenía por un descarado y prefería al señor Rice, el socio de Bladen en Mircester, pero al señor Rice no le cae bien lord Pendlebury, eso está claro, así que se inventa cualquier excusa para no venir.

—No creo que lord Pendlebury le caiga bien a nadie, es un viejo horrible —observó Agatha.

—Es libre de pensar lo que quiera, claro —dijo Sam—, pero no espere que ninguno de los que estamos aquí tengamos una mala palabra sobre el viejo. Claro que usted no lleva tanto tiempo por aquí como el señor Lacey; en ese caso ya sabría que las críticas al señor no son bienvenidas. No, no lo son.

—Llevo por aquí bastante más tiempo que el señor Lacey —replicó Agatha, ofendida.

—Bueno, hay gente que se adapta y gente que no —dijo Sam—. Buenas tardes. —Se tocó la gorra y se marchó.

—Menudo aldeano de los tiempos feudales —dijo Agatha.

—Sam es un buen hombre y, en este caso, nosotros somos los aldeanos.

—¿Qué?

—Entrometiéndonos vulgarmente donde nadie nos llama. ¿Qué pintamos aquí, señora Raisin?

—Llámame Agatha.

—Agatha. El veterinario murió a causa de un desgraciado accidente.

—No estoy tan segura —repuso Agatha, más por ganas de llevar la contraria que porque lo creyera de verdad.

Dieron media vuelta y regresaron a la fachada de la casa donde habían dejado aparcado el coche que, tras las caras reparaciones, brillaba como nuevo. Lord Pendlebury se les acercó. Su figura espigada, de garza, se aproximó a grandes zancadas.

—¿Qué se creen que hacen? —les espetó con tono enojado—. Hay un día de puertas abiertas todos los años, el uno de junio. Aparte de ese día, fuera. Esto es una propiedad privada.

—Somos nosotros —explicó James Lacey con paciencia—. Antes nos ha dado permiso para ir a ver sus cuadras.

Los ojos pálidos y lacrimosos del anciano parpadearon y luego se centraron en Agatha.

—Oh, la fanática anticaza —dijo—. La gente que uno tiene que aguantar en estos tiempos...

Se encaminó hacia las cuadras, dejando a James divertido y a Agatha, cabreada.

—No puede decirse que seas su preferida —dijo James.

—Ese hombre está senil —sentenció Agatha.

A menudo, durante una visita a una mansión señorial, se había entretenido con espíritu anhelante delante de las áreas privadas acordonadas, soñando que algún miembro de la familia propietaria la reconociera como una de los suyos y la invitara a tomar el té. En ese momento, tildó la fantasía de totalmente ridícula. Llevó a James de vuelta al pueblo, sintiéndose dolida, torpe e inepta. Él la miraba de soslayo y algo le impulsó a decir:

—Hace siglos que no voy al Red Lion. ¿Te apetece tomar algo esta noche?

El ánimo de Agatha se disparó como un faisán que alzara el vuelo ante las ruedas de su coche y saltara por encima del seto del arcén. Pero mantuvo la voz controlada e informal.

—Estaría bien. ¿A qué hora?

—Oh, a eso de las ocho. Tengo que ir a Moreton para unos recados, así que quedamos allí.

James ya empezaba a arrepentirse de la invitación, pero aún seguía sin detectar el menor rastro de la mirada depredadora que antes veía en los ojos de su vecina.

Agatha, suponiendo que él no se molestaría en cambiarse, se contuvo y tampoco varió su atuendo. Dio de comer a los gatos, jugó con ellos e intentó no mirar el reloj. La emoción se intensificaba a medida que se acercaban las ocho. Aunque había estado aprendiendo a cocinar con la ayuda de la señora Bloxby, metió una lasaña congelada en el microondas para no perder tiempo preparando nada complicado. Sabía a horrores. ¿Cómo podía comer antes cosas así?

Mientras caminaba hacia el Red Lion, una luna llena que lo bañaba todo de plata perfilaba las ramas esqueléticas de los árboles sobre el fondo del cielo estrellado. Verbenas blancas y rosas perfumaban el aire, lo que hizo que Agatha pensara, sin mucho romanticismo, en jabón de baño caro. Exactamente a las ocho y tres minutos, abrió la puerta del Red Lion.

James Lacey estaba ya en el *pub* de techo bajo, en la barra, hablando con el dueño.

—¿Qué tomarás? —preguntó a modo de saludo.

—Un *gin-tonic* —dijo Agatha, acomodándose alegremente en un taburete de la barra.

—Me preguntaba... —dijo él mientras pagaba la copa.

Pero Agatha nunca sabría qué se preguntaba porque se abrió la puerta del *pub* y el ladrido de un Jack Russell y un denso olor a perfume francés anunció la llegada de la señora Huntingdon, la última forastera que se había instalado en Carsely.

Para consternación de Agatha, James dijo:

—Buenas noches, Freda, ¿qué quieres tomar? ¿Conoces a Agatha Raisin? Agatha, ésta es Freda Huntingdon.

«Así que Freda, ¿eh?», pensó Agatha con melancolía. La viuda llevaba puesta una chaqueta sin mangas de color cereza, un suéter negro de cachemira y una falda corta de lana negra. Sus piernas, envueltas en medias negras finas, eran muy bonitas.

—Sentémonos en aquella mesa —sugirió James tras invitar a Freda a un *whisky* con agua.

—Tal vez Freda ha quedado con alguien —insinuó Agatha, esperanzada.

—No —repuso ella con una voz ronca—, he venido sola. Pensé que a lo mejor te encontraba aquí, James. ¿Cómo va el libro?

¡Qué confianzas: James, Freda! ¡Ratas! Agatha se dejó caer en la silla junto al fuego de la chimenea y se esforzó por que su cara no delatara la amarga decepción que sentía.

—El libro no va muy bien —contestó James—. Aprovecho cualquier excusa para no ponerme a escribir. Esta mañana descongelé la nevera, y esta tarde la señora Raisin...

—Agatha, por favor.

—Lo siento, Agatha y yo fuimos a ver a lord Pendlebury.

—¿No es un abuelete muy campechano? —murmuró Freda—. Un hombre de la vieja escuela.

—¿Lo conoce? —preguntó Agatha.

—Hablé con él delante de la iglesia el domingo pasado —respondió Freda—. Me pareció un encanto.

—No creo que a Agatha le pareciera tan encantador —terció James—. La confundió con una fanática militante anticaza.

Freda Huntingdon rio con ganas. Su perro se meó en la pata de la mesa, ella dijo:

«Uy uy», recogió a la asquerosa criatura que ladraba y la acunó en su regazo.

—¿Has visto la última película de *Star Trek*, James? —preguntó a continuación, se encendió un cigarrillo y exhaló una nube de humo en dirección a Agatha.

—No he visto ninguna película de *Star Trek*, y mucho menos la última —respondió él.

—¡Pues deberías! Son tremendamente divertidas. La nueva la pasan en Mircester. Mañana te vienes conmigo a verla, no hay más que hablar.

En ese momento, Agatha vio que entraba Jack Page, el granjero. Tenía la impresión de no poder aguantar más junto a Freda y James, así que se levantó, cogió su copa sin terminar y dijo:

—Voy a tomar algo con Jack.

Jack Page la saludó.

—Las noches se van haciendo más cortas, Agatha —dijo—. Antes de que nos demos cuenta, estará aquí la primavera. Lamento lo de su accidente.

Era un tipo risueño, de trato sencillo. Agatha le contó el accidente con todo detalle y él la invitó a otra copa. Agatha se sentó en un taburete de la barra a su lado e intentó olvidarse de la pareja del rincón.

—Mala cosa lo del veterinario —comentó él.

—Usted fue a su consulta, ¿no? —dijo Agatha—. Le vi la primera vez que llevé mi gato. ¿Qué impresión le dio?

—La consulta estaba bien: quedaba cerca y podías conseguir antibióticos y cosas así —observó Jack—. La verdad, no me fijé mucho en él, ni para bien ni para mal. Pero luego me enteré de lo que le había hecho al gato de la pobre señora Josephs y dejé de ir. Eso fue una crueldad.

—Usted cree que alguien lo mató, ¿verdad?

—Ah, ya veo, está buscando otro asesinato que resolver —se burló él—. Fue un desgraciado accidente, nada más. El funeral es el lunes que viene, en Mircester, en la iglesia de St. Peter.

—Puede que vaya —dijo Agatha.

—¿Era amiga suya?

—Cené una noche con él —respondió Agatha—, pero en realidad no éramos amigos.

Jack vació la jarra de cerveza y la dejó sobre la barra.

—Más vale que vuelva a casa; le dije a mi mujer que sólo me tomaría una. ¿Por qué no se pasa a saludarla?

Agatha sintió ganas de darse la vuelta, pero la señora Huntingdon soltó una carcajada y su perro, una salva de ladridos.

—Con mucho gusto —aceptó, y recogió su bolso.

Por fin se dio la vuelta, se despidió de James con un gesto distraído de la mano y salió con el granjero. James Lacey observó un tanto sorprendido cómo se iba. ¡Y él que había creído que le perseguía!

CUATRO



Nevaba cuando Agatha entró en la iglesia de St. Peter de Mircester al lunes siguiente. Ya estaba lamentando haber ido. Su obstinación en descubrir algo extraño en la muerte del veterinario la había llevado hasta allí: al menos, mientras estuviera preocupada por la muerte del veterinario no lo estaría por James Lacey.

La iglesia era muy antigua, con delicadas vidrieras y un aterrador altar de madera oscura del siglo XVII. Agatha se sentó en un banco del fondo, desenganchó el cojín de la sujeción, se arrodilló fingiendo que rezaba y luego examinó a los allí congregados. Pero lo único que veía eran nuca. Parecía haber bastantes mujeres. Una de ellas volvió la cabeza: ¡la señora Huntingdon! Agatha reconoció también a la corpulenta señora Mason, la presidenta de la Carsely Ladies' Society, dos bancos por delante de ella, y decidió cambiarse de sitio y sentarse a su lado.

La señora Mason aferraba un pañuelo húmedo en una mano.

—Qué pena —le susurró a Agatha—, un hombre tan joven y bueno.

—No tan joven —repuso ésta, lo que le valió una mirada de reproche.

Varios hombres entraron el ataúd y lo depositaron en el pasillo, ante el altar.

—Ese es el señor Rice, el socio del señor Bladen —explicó la señora Mason—. El que iba delante, a la izquierda.

Entre los hombres que habían llevado el ataúd, Agatha distinguió a un hombre fornido de mediana edad, pelirrojo y con rizos.

—¿Quién ha venido del pueblo, además de nosotras y la señora Huntingdon? —quiso saber.

—Allí, a la derecha: la señora Parr y la señorita Webster.

Agatha se inclinó hacia delante y vio que las dos mujeres estaban llorando. La señora Parr era de constitución pequeña y bastante bonita y la señorita Webster tenía una edad indeterminada, aunque posiblemente debía de rondar los cuarenta. Era la dueña de la tienda de flores secas.

—Me sorprende que estén tan afectadas —susurró Agatha—, después de lo que le hizo al gato de la señora Josephs.

—Lo que hizo estuvo bien —murmuró la señora Mason con rabia—. El gato era demasiado viejo para este mundo.

—Espero que nadie piense lo mismo de mí —observó Agatha.

—Shhhh —las interrumpió un hombre sentado en el banco de delante.

Empezó el servicio. El señor Rice pronunció unas palabras sobre su difunto socio, el vicario citó a san Francisco de Asís, se cantaron himnos, luego el ataúd se alzó de nuevo y los feligreses desfilaron tras él hasta el cementerio.

Era raro, pensó Agatha, no imaginaba que siguieran enterrando a gente en los cementerios de antiguas iglesias; se esperaba más bien un breve servicio en un

crematorio. Siempre le habían llamado la atención esas escenas junto a las tumbas en un patio de iglesia que se veían en las películas de televisión y había supuesto que la productora había pagado una bonita suma para cavar un agujero como era debido para el rodaje. Uno daba por supuesto que los viejos camposantos de Inglaterra estaban llenos a reventar desde finales del siglo XIX.

La nieve caía entre las lápidas inclinadas y una urraca se balanceaba sobre la rama de un cedro, mirando con curiosidad el acto.

—Ésa es su exmujer —señaló la señora Mason.

Una mujer delgada, de pelo gris y cara flácida, miraba sombríamente hacia delante. Llevaba un abrigo de piel de zorro sobre un traje rojo: no iba precisamente de luto.

El servicio junto a la tumba fue tan conmovedor y digno que Agatha pensó que había razones para reclamar una parcelita en un cementerio rural, pero cuando acabó el acto, se despidió de la señora Mason y se acercó a la exesposa del veterinario, a la que alcanzó en el pórtico de acceso.

—Me llamo Agatha Raisin —se presentó—. Creo que es usted la esposa del pobre señor Bladen.

—Lo era —repuso la señora Bladen con un matiz de impaciencia—. Hace mucho frío, señora Raisin, y no veo la hora de volver a casa.

—Tengo el coche ahí fuera. ¿Quiere que la acerque?

—No, he venido en mi coche.

—¿Podríamos hablar un momento? —preguntó Agatha, solícita.

Una expresión de desagrado asomó a los ojos de la señora Bladen.

—Últimamente tengo la impresión de que las mujeres a las que mi marido dejó plantadas no tienen otra cosa que hacer que amargarme la vida. Menos mal que se ha muerto.

Y se marchó con paso airado.

«Vaya, parece que a todos les ha dado por desairarme —pensó Agatha—. Pero hay algo que está claro: nuestro veterinario era un mujeriego. Si pudiera probar que no fue un accidente, que se trató de un asesinato, seguro que todos me tomarían en serio».

Carsely sufría frecuentes apagones; algunos se alargaban durante días, otros apenas duraban unos segundos.

Al día siguiente, James Lacey llamó al timbre de Agatha. Como desde fuera no se oía el sonido, no supo que en ese momento había uno de esos breves apagones. Miró el jardín delantero, cubierto de musgo. Se preguntó si Agatha sabría cómo tratarlo y se inclinó para mirarlo más de cerca, en el preciso instante en que Agatha, a la que le pareció haber oído algo fuera, acercó el ojo a la mirilla pero, al no ver a nadie, volvió a la cocina. James Lacey se enderezó y llamó al timbre otra vez, el mismo momento

en que Agatha enchufaba la aspiradora en la cocina, al fondo de la casa, para recoger unas migas que había visto en la moqueta.

James se marchó, perplejo, y se acordó de todas las veces que había fingido no estar en casa cuando Agatha había llamado a su puerta. Volvió a su casa, se preparó una taza de café y se sentó a su mesa de trabajo. Encendió su nuevo procesador de textos, introdujo el disco del programa y se quedó mirando inexpresivo la pantalla, antes de introducir otro disco y que las palabras que había escrito parpadearan en la pantalla verde. Ahí estaba: «Capítulo dos». Si al menos hubiera escrito una frase. Además, ¿por qué había decidido escribir sobre historia militar? El hecho de que fuera un oficial jubilado no implicaba necesariamente que dominara los temas militares. Por si fuera poco, ¿por qué había elegido las guerras napoleónicas? ¿Había algo que añadir a lo que ya se había escrito? Oh, Dios, qué largo se le hacía el día. La visita a lord Pendlebury le había divertido. No cabía duda que todo había sido un accidente, pero aun así, ahí estaba aquel chichón en la cabeza.

Habría sido más divertido escribir relatos de misterio. Pongamos por caso que el veterinario hubiera sido asesinado, ¿cómo podría investigarse lo que había pasado en realidad? El primer paso habría consistido en descubrir por qué lo habían asesinado, ya que el «porqué» seguramente conduciría al «quién».

Si Agatha hubiera abierto la puerta y no hubiera fingido que lo evitaba, seguramente se habría olvidado del tema. Y si de verdad él hubiera querido escribir acerca de la historia militar, también es posible que lo hubiera olvidado. Soltó una exclamación de desagrado, apagó el aparato y salió otra vez. No pasaba nada si llamaba a la puerta de Agatha otra vez; obviamente, se había equivocado al creer que ella le perseguía. Y él la había invitado a ella a tomar una copa, no a Freda Huntingdon. No era culpa suya que la mujer hubiera decidido de repente marcharse con aquel granjero.

Hacía un espléndido día de primavera, luminoso y con viento, y olía a plantas. Ahora, la puerta de la entrada principal estaba abierta. Entró llamándola: «Agatha», y casi tropezó con ella, que estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo del recibidor, jugando con sus gatos.

—¿Estoy viendo visiones o ahora tienes dos? —preguntó.

—El nuevo es un gato perdido que recogí en Londres —explicó ella, y se puso en pie—. ¿Te apetece un café?

—Nada de café. Me he pasado toda la mañana tomando café. Un té estaría bien.

—Pues que sea té.

Agatha le condujo a la cocina.

—En cuanto a lo de anoche —dijo él desde el umbral—, no pudimos hablar mucho.

—Bueno, así son los *pubs* —comentó Agatha con aparente indiferencia—. Uno nunca acaba hablando con la persona con la que va. ¿Leche o limón?

—Limón, por favor. He estado pensando en este asunto del veterinario. ¿Fuiste al

funeral?

—Sí. Había un montón de mujeres. Parece que era muy popular, al menos entre muchas de ellas, así que no debía de andar por ahí cargándose los gatos de todas.

—¿Quién asistió del pueblo?

—Aparte de mí, las cuatro fans que le quedaban: tu amiga Freda Huntingdon, la señora Mason, la señora Harriet Parr y la señorita Josephine Webster. Oh, y su exesposa, lo cual es raro.

—¿Por qué?

—Cuando se suponía que iba a cenar con él aquella noche en Evesham y tuve el accidente, telefoneé a casa de Paul y contestó una mujer que se identificó como su esposa... —Agatha se interrumpió.

—¿Y?

—Cuando le pregunté después, me explicó que la mujer era su hermana y que estaba gastándome una broma o algo así. Pero nadie más ha vuelto a mencionar a esa hermana, y se me olvidó preguntar por ella en el funeral.

—Podríamos acercarnos a Mircester y averiguarlo —se ofreció James.

Agatha se dio la vuelta con rapidez y jugueteó con el hervidor para ocultar la repentina expresión de éxtasis que había aparecido en sus ojos.

—Entonces ¿crees que fue un asesinato? —preguntó.

Él suspiró.

—No, no lo creo. Pero puede ser divertido fingir que sí. Me refiero a ir por ahí preguntando a la gente, como si hubiera ocurrido.

—Iré a por mi abrigo.

Agatha subió con elegancia las escaleras hacia el piso de arriba y miró en el espejo su atuendo de suéter y pantalones. No tenía tiempo para cambiarse: si no se daba prisa, tal vez se arriesgaba a que él lo dejara correr.

—Voy a buscar algo de dinero —dijo James desde abajo.

Agatha maldijo en voz baja. ¿Y si alguien le abordaba en el breve trayecto entre una casa y la otra? Bajó corriendo las escaleras y salió.

Freda Huntingdon estaba hablando y riendo con él, mientras sostenía aquel maldito perro ladrador bajo el brazo. Agatha apretó los puños al verlos desaparecer en la casa de James y se quedó allí, en su propio jardín, sin saber qué hacer. ¿Y si se olvidaba de ella? Pero al cabo de un momento volvió a salir con Freda, que se guardaba un libro en el bolsillo y se despidió de él con un gesto de la mano. James se acercó a Agatha.

—¿Vamos en mi coche? —preguntó—. No hace falta que llevemos los dos.

—El mío está bien —repuso Agatha.

Él se acomodó en el asiento del pasajero y, cuando Agatha pasó por delante de Freda, ella se volvió y los miró sorprendida. Agatha tocó una animada fanfarria con el claxon, aceleró y dobló en la esquina para coger la carretera.

—¿Qué quería la viuda alegre? —preguntó.

—¿Freda? Me había dejado un libro y ha pasado a recogerlo.

Agatha habría seguido charlando despreocupadamente durante el trayecto hasta Mircester y seguramente habría vuelto a asustar a James, pero en ese momento notó que le salía una espinilla en la punta de la nariz. Miró hacia abajo y el coche se le fue bruscamente hacia un lado antes de que pudiera corregir la dirección.

—¿Te encuentras bien? —preguntó James—, ¿quieres que conduzca yo?

—Estoy perfectamente.

Pero Agatha se sumió en un silencio preocupado. Notaba que la espinilla crecía sin parar; además, la punta de la nariz le escocía y le picaba. ¿Por qué tenía que pasarle a ella y precisamente hoy? Eso le ocurría por comer alimentos «sanos», como le recomendaba la señora Bloxby. Años zampando comida basura y nunca le había salido ni una mancha en la piel. La única solución, pensó Agatha, era decir que tenía que comprar algo en la farmacia cuando llegaran a Mircester —ningún caballero preguntaría qué—, y luego que se moría por tomar algo.

Aparcó en el único sitio que quedaba libre en la plaza principal. Una mujer que se esforzaba por meterse marcha atrás en el mismo hueco antes de que Agatha se le adelantara introduciendo el morro primero la miró irritada y dolida:

—Tengo que ir a la farmacia —anunció Agatha mirando hacia otro lado al bajar del vehículo—. Nos vemos en el *pub* George dentro de un rato.

Y entonces, como si le estuviera gastando una broma, no esperó respuesta y se escabulló por la plaza. En la farmacia compró una barrita de Blemish Remove, una loción astringente y, por si acaso, un pintalabios rosa intenso.

James levantó la mirada y la llamó con la mano cuando Agatha entró en el *pub*, pero ella pasó por delante de él a toda prisa con la cara vuelta hacia otro lado, camino del servicio de señoras. Allí se limpió la cara, se aplicó la loción astringente y luego se la quitó con un pañuelo de papel. Se miró la nariz: tenía un pequeño punto rojo en la punta. Aplicó con cuidado la barrita de Blemish Remove y como consecuencia le apareció una mancha beis, que ocultó con maquillaje. La luz del lavabo no funcionaba, así que sólo podía imaginar el efecto. Miró hacia arriba. Había un portalámparas en el techo, pero no había bombilla y la poca luz que llegaba era la que se filtraba a través de los cristales mugrientos de una ventana que había sobre el lavamanos. Entonces se acordó de que había comprado un paquete de bombillas de 100 vatios el día anterior y que lo llevaba en el coche. Volvió a escabullirse y, una vez más, James la llamó agitando la mano cuando ella pasó por delante de él volviéndole la cara, pero Agatha salió por la puerta. Él se bebió la cerveza, pensativo. En el pasado había creído que Agatha Raisin estaba un poco chiflada, y tal vez tuviera razón. Al cabo de unos instantes, ella entró de nuevo corriendo de lado, de camino a los lavabos.

Agatha miró al techo. Para alcanzar el portalámparas tendría que encaramarse al lavabo. Se levantó la falda, se subió al enorme lavamanos Victoriano y se estiró con cautela al tiempo que alargaba la mano hacia arriba.

Con gran estrépito, el lavamanos se separó de la pared. Agatha se tambaleó violentamente y se agarró a un alféizar polvoriento mientras el lavabo continuaba separándose poco a poco hasta caer al suelo con un estruendo ensordecedor, arrastrando consigo los grifos de metal. Un chorro de agua fría de una tubería rota que había quedado al descubierto salió disparado y le empapó la falda. Con un gemido, Agatha se soltó del alféizar, saltó al suelo inundado, esquivó como pudo los pedazos rotos y volvió corriendo al *pub* tras cerrar con fuerza la puerta tras de sí.

—Vámonos —le dijo a James, que la miró sorprendido.

—Acabo de pedirte un *gin-tonic*.

—Oh, gracias —contestó Agatha, angustiada—. ¡Salud! —Se ventiló la bebida de un solo trago—. Y ahora vámonos.

Por el rabillo del ojo veía la inundación que aparecía ya bajo la puerta del lavabo de señoras.

James la siguió fuera. Con consternación, reparó en una mancha oscura que ella tenía en la parte de atrás de la falda, pero no se atrevió a decírselo. Si bien no era tan mayor, cabía la posibilidad de que tuviera problemas de vejiga.

—Mira, este *pub* tiene mucha mejor pinta —comentó Agatha, que empujó la puerta del Potters Arms y entró.

Una vez más, se encaminó al baño. Para su alivio, se trataba de un lavabo moderno con un secador de aire caliente. Se quitó la falda y la sostuvo delante hasta que las manchas de agua empezaron a desvanecerse. Entonces se estiró en el suelo y puso los pies debajo del secador. Cuando por fin salió pasado un buen rato, un preocupado James iba ya por su segunda pinta.

—Iba a mandar a alguien a buscarte —le dijo—, ¿te encuentras bien?

—Sí —repuso Agatha, radiante otra vez, porque había descubierto que el nuevo maquillaje había funcionado, además de haberse podido secar y haber entrado de nuevo en calor.

—Te he pedido otro *gin-tonic* —dijo él señalando el vaso que estaba en la mesa.

Agatha le sonrió.

—Ésta por la investigación —brindó al tiempo que levantaba el vaso. Al instante lo dejó lentamente sobre la mesa, mientras una expresión de ridícula consternación se dibujaba en su rostro: Bill Wong y una mujer policía muy alta acababan de entrar en el *pub*—. Se me ha caído el bolso —dijo, y se escondió debajo de la mesa.

No sirvió de nada.

—Sal de ahí, Agatha —le pidió Bill.

Agatha se asomó, compungida, y salió de debajo de la mesa con la cara ruborizada por la vergüenza.

—A ver, Agatha —continuó Bill—, ¿se puede saber qué has hecho? La agente Wood aquí presente me ha llamado para que acudiera al George. Una mujer que responde a tu descripción entró en el lavabo de señoras, arrancó un lavamanos de la pared e inundó el local. La gente que estaba en la plaza te vio entrar corriendo aquí.

¿Qué tienes que decir al respecto?

—Tenía un grano en la nariz —musitó Agatha.

—Habla más alto, no te oigo.

—¡Tenía un grano en la nariz! —bramó Agatha.

Todo el mundo se volvió a mirarla y James Lacey deseó desesperadamente estar en otra parte.

—¿Y qué tiene que ver un grano con que arrancarás el lavamanos de la pared? —quiso saber Bill.

—Compré maquillaje en la farmacia. —La voz de Agatha había adoptado un tono bajo y monocorde—. Quería maquillar la espinilla, pero no había luz en el lavabo de señoras y me pareció que necesitaba una bombilla. Me acordé de que tenía un paquete en el coche y fui a buscar una, pero sólo podía llegar al portalámparas si me subía al lavamanos. Cuando lo hice, se desprendió de la pared. Estaba tan aturdida que preferí no decir nada.

—Pues me temo que vas a tener que acompañarme —la conminó Bill con seriedad.

El hecho de que James Lacey no se ofreciera a ir con ella y murmurara que prefería quedarse allí leyendo los periódicos le hizo perder muchos puntos en la estimación de Agatha, a pesar de la angustia que la embargaba. Hasta ahí había llegado el caballero andante de sus sueños. Él se iba a quedar sentado tan tranquilamente mientras ella se enfrentaba sola al dueño del *pub*, que estaría echando chispas.

James salió poco después, compró dos periódicos y volvió al *pub*, pero era incapaz de concentrarse en las noticias. Maldita Agatha; menuda mujer. ¡Qué estupidez había cometido! Y entonces se dio cuenta de lo absurdo que era todo y empezó a reírse y ya no pudo parar, aunque la gente se apartaba inquieta de su mesa. Finalmente se enjugó las lágrimas y, tras meterse los periódicos bajo el brazo, se encaminó hacia el George.

Agatha estaba extendiendo un cheque que el dueño del George se negaba a aceptar.

—Ja, no va a librarse de ésta tan fácilmente —le espetó. Era un hombre de aspecto desagradable con una cara que parecía una loncha de queso cheddar, amarillenta y sudada por la ira—. Detenga a esta mujer, oficial —le dijo a Bill—, y ya la veré en el juicio. Acúsela de vandalismo.

James le quitó el cheque a Agatha de la punta de los dedos y parpadeó al ver la elevada cifra.

—No puedes permitirte esto —le dijo—. Una señora como tú que vive de su pensión de viudedad no puede satisfacer una suma como ésta. Declárate insolvente y, aunque te lleve a juicio, no sacará un céntimo. Conozco a un buen abogado que tiene el despacho al doblar en la esquina.

—Buena idea —secundó Bill—. En cualquier caso, usted también necesitará un

abogado. Para empezar, querrá saber por qué no había ninguna bombilla en el lavabo y por qué el lavamanos se separó de la pared tan fácilmente. También habrá que revisar la instalación eléctrica del *pub*.

—Aceptaré ese cheque —decidió el dueño a la desesperada.

—No, aceptará otro —replicó James con firmeza—. Agatha, saca el talonario de cheques y extiende uno por la mitad de esta cifra.

El queso cheddar parecía a punto de estallar otra vez, pero la mirada de acero de James le acalló. Agatha extendió el nuevo cheque mientras James hacía trizas el primero. Cuando salieron a la plaza, Bill dijo:

—Si hubiera sido un hombre agradable y respetable, te habría denunciado, Agatha. En cualquier caso, gracias al señor Lacey todo se ha solucionado. ¿Cenamos esta noche?

Agatha vaciló. Al principio había pensado que a lo mejor su jornada con James acabaría con una cena íntima. Por otro lado, más valía seguir haciéndose la interesante.

—Sí, estaría bien. ¿Dónde vives? Tengo tu teléfono, pero no sé tu dirección.

—En el número 24 de The Beeches. Sales de la ciudad por la Fosse Way y tomas la primera a la izquierda por Camden Way hasta que llegas a unos semáforos; giras a la derecha, luego tomas la primera a la izquierda y ya estás en The Beeches. Es una calle sin salida.

Agatha anotó la información en el dorso de una factura de gasolinera.

—¿A qué hora?

—A las seis. Cenamos temprano.

—¿Cenamos?

—Mis padres. Te has olvidado: vivo en su casa. Venga usted también, señor Lacey.

«Por favor, por favor, por favor», suplicó Agatha.

James pareció sorprendido, pero luego dijo:

—Me encantaría. Había decidido tomarme más o menos el día libre. ¿Está bien si voy con esta ropa?

Bill pareció divertido.

—No somos nada formales —contestó—. Así pues, hasta luego.

Se marchó con la policía alta, que seguía sin abrir la boca, a su lado.

—Me parece que deberíamos comer algo —sugirió James—. ¿Qué te parece un sándwich y una cerveza? Luego ya pensaremos con quién podemos hablar para enterarnos de algo sobre la hermana de Bladen. Tendríamos que haberle preguntado a Bill Wong, aunque también podemos hacerlo esta noche.

No mencionó el lavabo destrozado y Agatha se lo agradeció, pero se sintió obligada a decir con brusquedad:

—Debes saber que no soy precisamente pobre.

—Lo sé —le dijo él afablemente—, pero en cuanto el dueño del *pub* creyó que

eras insolvente, se alegró de poder llevarse el dinero, por poco que fuera.

Cuando acabaron de comer, James sacó un cuaderno y un bolígrafo.

—¿Por qué no lo abordamos como si fuera un asesinato real y empezamos por hacer una lista de todos los nombres de la gente con la que deberíamos hablar? —propuso.

—Creo que la exesposa sería una buena idea —señaló Agatha—, aunque no parecía muy amigable. Ya sé: podemos visitar al otro veterinario, su socio, Peter Rice. Él sabrá si Bladen tenía una hermana; ése sería un buen punto de partida.

El señor Peter Rice era un hombre mordaz con una gran nariz bulbosa y ojos y boca pequeños. La fea nariz que dominaba su rostro producía un efecto desconcertante, como si tuviera la cara pegada a la lente de una cámara. Su tupido pelo rojizo y rizado parecía una peluca que alguien había dejado caer al desgaire sobre su cabeza, más bien puntiaguda. Tenía el cuello grueso y fuerte, como los hombros. De hecho, su cuerpo resultaba demasiado fuerte y fornido para su pequeña cabeza, como si ésta asomara a través del hueco de la figura de cartón de un forzado en un parque de atracciones.

No le hizo gracia precisamente enterarse de que habían hecho cola en su consulta no para llevarle un animal, sino para hacerle preguntas sobre su difunto socio.

—¿Una hermana? —dijo como respuesta a sus preguntas—. No, no tenía ninguna. Pero sí un hermano que vivía en Londres; se enfadaron hace tiempo. Ni se molestó en venir al funeral. —Sus manos cubiertas de un vello pelirrojo denso como un pelaje se movían nerviosas sobre un estante con botellines, como si buscaran una etiqueta que dijera: «Desaparezcan»—. Bien, si eso es todo...

—¿Era un hombre acaudalado? —preguntó James.

—No.

—Oh, ¿y cómo lo sabe?

—Lo sé porque me lo ha dejado todo.

—¿Y cuánto es todo? —quiso saber Agatha, interesada.

—No lo bastante —dijo el veterinario—. Y ahora salgan de aquí y déjenme atender a mis clientes.

—Así que hereda él y no el hermano. Ahí tenemos un móvil —observó Agatha al salir—. ¿Quién puede saber de cuánto dinero estamos hablando?

—El abogado, pero dudo que nos lo diga. Probemos con el director del periódico local —decidió James—. Allí se enteran de todo tipo de cotilleos.

Las oficinas del *Mircester Journal* decepcionaron a Agatha, aunque el diario consistía en poco más que tres páginas grapadas. Había esperado ingenuamente encontrarse algo como las oficinas de los periódicos que veía de vez en cuando en los programas de noticias: grandes salas espaciosas con hileras de ordenadores y periodistas trabajando afanosamente. El tiempo y los cambios en la imprenta habían

pasado de largo en el *Mircester Journal*. Las oficinas consistían en varios despachos oscuros al final de una escalera desvencijada. Una joven pálida con el pelo lacio tecleaba en una vieja máquina de escribir y un chico con las manos en los bolsillos silbaba desafinado junto a una ventana desde la que miraba a la calle.

—¿Puedo ver al director? —preguntó James.

La joven pálida dejó de teclear.

—Si se trata de nacimientos, muertes o bodas, me encargo yo —dijo.

—Ninguna de las tres cosas.

—¿Quejas? ¿Un nombre equivocado en un pie de foto?

—Ninguna queja.

—Bien, eso es otra cosa. —Se levantó. Llevaba una falda larga de retales, zapatillas de béisbol y una camiseta con la leyenda: «Vete al cuerno»—. ¿Se llaman?

—Señora Raisin y señor Lacey.

—Muy bien.

Abrió una puerta mellada y desapareció tras ella. Se oyó un murmullo de voces y luego salió.

—Pueden entrar. El señor Heyford los recibirá.

El señor Heyford se levantó a saludarlos. Pese al aspecto de la joven que acababan de ver, Heyford era un sorprendente conservador, un hombre pequeño y pulcro con una cara suave y lisa, ojos negros y mechones ralos de pelo negro engominado, peinado hacia atrás desde la frente. Llevaba un traje negro, con cuello y corbata.

—Siéntense —les invitó—, ¿qué puedo hacer por ustedes? He reconocido su nombre, señora Raisin. El año pasado recaudó una buena suma.

Agatha se sintió halagada.

—Los dos conocíamos al veterinario Paul Bladen —explicó James—, y hemos hecho una especie de apuesta. La señora Raisin, aquí presente, asegura que tenía mucho dinero, pero a mí me da la impresión de que no era tanto. ¿Sabe usted cuánto dejó?

—No puedo darle la cifra exacta porque no la recuerdo —contestó el señor Heyford—. Unas ochenta y cinco mil libras, me parece. En sus tiempos, habría sido una fortuna, pero hoy en día con esa cantidad ni siquiera puedes comprarte una casa decente. Dejó una casa, claro, pero con una doble hipoteca, y con el derrumbe de los precios de la vivienda, el señor Rice, su heredero, apenas podrá cubrir los gastos. Nunca creí que en este país veríamos el día en que ochenta y cinco mil libras nos parecerían poco dinero, así que me temo que ha ganado la apuesta, señor Lacey.

—De manera que no lo asesinaron por su dinero —concluyó Agatha en un tono lúgubre tras despedirse del director—. Y aun así...

—Y aun así ¿qué?

—Si tenía ochenta y cinco mil libras, ¿por qué mantener dos hipotecas? Quiero decir que los intereses debían de ser asfixiantes. ¿Por qué no amortizó una parte de la

deuda?

—El problema —observó James— es que queremos convertir un accidente en un asesinato.

Agatha pensó deprisa. Si James descartaba por completo la idea de seguir investigando, tendría pocas excusas para pasar tiempo con él.

—Podríamos probar con la esposa —sugirió—. Ya que estamos aquí y tenemos que hacer tiempo antes de ir a casa de Bill...

—Muy bien. ¿Y dónde vive?

—Buscaremos en la guía telefónica, con la esperanza de que todavía utilice el apellido de casada —dijo Agatha.

En la lista encontraron un nombre que coincidía: G. Bladen. La dirección era Rose Cottage, en Little Blomham.

—¿Dónde está Little Blomham? —preguntó Agatha.

—Una vez vi un rótulo. Es un desvío de Stroud Road.

Una niebla blanquecina envolvía el paisaje de Little Blomham, transformándolo todo en una pintura china. Más que un pueblo parecía una aldea: unas cuantas casas antiguas de piedra dorada de los Costwolds encorvadas alrededor de un arroyo. No se veía a nadie, no salía humo de ninguna de las chimeneas ni ladraba ningún perro.

Agatha apagó el motor y los dos escucharon el sobrecogedor silencio que les rodeaba.

De repente, James citó:

Ay, oyeron su pie en el estribo, y el ruido de hierro contra piedra, y cómo renacía el silencio suavemente, cuando los cascos amortiguados se perdieron.^[2]

Agatha lo miró, enfadada. No le caía bien la gente que de repente soltaba citas y la hacían sentir inculta e inepta. En realidad, creía que sólo lo hacían para exhibirse. Se apeó del coche y cerró la puerta de golpe con una fuerza innecesaria. James se bajó del asiento del pasajero, se acercó a un muro de piedra y miró hacia el arroyo que fluía lentamente. Parecía haberse sumido en una especie de ensueño, olvidándose de la presencia de Agatha.

—Es tan tranquilo —dijo casi para sí mismo—, tan inglés. La Inglaterra por la que lucharon en la Primera Guerra Mundial. Queda ya muy poco de ese país.

—¿Quieres quedarte aquí a meditar mientras yo averiguo cuál de estas covachas pintorescas es Rose Cottage? —preguntó Agatha.

Él le sonrió inesperadamente.

—No. Iré contigo. —Recorrieron juntos la carretera que se desplegaba al lado del arroyo—. Déjame ver, ésta no tiene nombre y la siguiente se llama End Cottage, aunque no esté al final. Puede que sea alguna de las que hay más allá.

Casi la pasaron de largo. Rose Cottage estaba apartada de la carretera, al final de un jardín estrecho, descuidado y enmarañado. Era pequeña, con el techo de paja y las paredes recubiertas de una espesa enredadera.

—Más parece la madriguera de un animal que una casa —comentó James—. Bien, vamos allá. No podemos compartir nuestras sospechas de que se trató de un asesinato. Mejor le damos las condolencias y veamos qué pasa.

Llamó a la puerta y ambos esperaron, envueltos en el silencio de aquel paisaje de ensueño. Entonces, como si se hubiera roto un hechizo, un pájaro levantó inesperadamente el vuelo desde un arbusto cerca de la puerta, un perro ladró en alguna parte, un ladrido agudo y potente que resonó en la carretera, y la señora Bladen abrió la puerta.

«Vaya, me parece que es mayor que yo», pensó Agatha al ver de nuevo el pelo gris y las elocuentes arrugas en el cuello fino. La señora Bladen miró por encima de James, hacia Agatha, y en su rostro aparecieron arrugas de desagrado.

—Oh, es usted otra vez.

—El señor Lacey quería darle sus condolencias —se apresuró a decir Agatha.

—¿Por qué? —replicó la viuda con sequedad—. ¿Por qué alguien se toma la molestia de venir hasta aquí para darme las condolencias por un hombre del que me había divorciado?

—En Carsely todos somos buenos vecinos —explicó James—, y nos preguntábamos si podíamos hacer algo por usted.

—Sí, marcharse.

James miró a Agatha con impotencia y ésta decidió coger el toro por los cuernos.

—¿Está segura de que su marido murió de muerte natural? —preguntó.

La señora Bladen pareció divertida.

—¿Se refiere a que si creo que alguien lo asesinó? Es más que probable. Era un hombre repugnante y me alegro de que haya muerto. Espero que eso satisfaga su curiosidad.

Les cerró la puerta en las narices.

—Hasta aquí hemos llegado —dijo James mientras recorrían el sendero cubierto de malas hierbas.

—Tenemos algo —replicó Agatha, entusiasmada—. No se rio de nosotros cuando le insinué la posibilidad de un asesinato, ¿verdad que no?

—¿Sabes lo que creo? —dijo James sosteniendo la puerta para que pasara ella—. Creo que somos un par de jubilados que no saben cómo ocupar su tiempo.

—Sólo porque tú seas incapaz de ponerte a escribir —replicó Agatha maliciosamente—, no la tomes conmigo.

—Éste es un rincón precioso —dijo él para cambiar de tema—. Tranquilo y silencioso. Me pregunto si venderán alguna casa por aquí.

—Oh, no te gustaría —reaccionó Agatha, alarmada—. Quiero decir que Carsely ya es bastante malo, pero aquí no hay nada, nada de nada, ni siquiera una tienda o un *pub*.

—¿Y eso qué importa en la era del automóvil? Oh, mira, ahí hay un rótulo: Manor House. No me había fijado antes. Echemos un vistazo.

Agatha le siguió en silencio por un camino de entrada serpenteante. No quería visitar ninguna casa señorial; esas mansiones pertenecían al mundo de James Lacey, no al suyo. El camino, bordeado de arbustos de rododendros, se fue ensanchando y, al final, apareció la casa. La niebla se había aclarado y un sol pálido bañaba las paredes doradas. Era una casa baja y un tanto destartada, bien asentada y con encanto, que exudaba siglos de paz. Incluso Agatha sintió que por aquel edificio habían pasado guerras y conflictos, plagas y pestes.

Una mujer achaparrada, con un conjunto de dos piezas y falda de *tweed* salió con un perro cobrador pegado a los talones.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó.

—Sólo estábamos admirando su hermosa casa —dijo James, acercándose a ella.

—Sí, es hermosa —convino la mujer—. Pasen y tomen un té. No suelo recibir visitas hasta el verano, cuando mis parientes se acuerdan de que aquí pueden pasar las vacaciones gratis.

James Lacey se presentó y luego hizo lo propio con Agatha. La mujer, que afirmó llamarse Bunty Vere-Dedsworth, los condujo por un recibidor a oscuras hasta una espaciosa cocina antigua en la que centelleaban sartenes de cobre y piezas de porcelana blanca y azul sobre un viejo aparador que recorría toda la pared.

—Lacey —dijo mientras enchufaba un hervidor eléctrico—; conocía a unos Lacey de Sussex.

—De ahí procede mi familia —dijo James.

—¿De verdad? —Tenía los ojos azul claro y la cara rubicunda—. ¿Está emparentado con el viejo Harry Lacey?

—Es mi padre.

—Dios, qué pequeño es el mundo. ¿Y ve alguna vez a...?

Agatha, excluida de esa intimidante conversación de las clases altas consistente en intercambiarse apellidos y exclamaciones de reconocimiento, dio unos sorbos malhumorados a su té y sintió que James se alejaba de su mundo. Se lo imaginaba viviendo en una casa como ésta, con una esposa elegante, no con una relaciones públicas jubilada como ella que sólo podía intercambiar apellidos con alguien de la más bien desagradable barriada de Birmingham en la que se había criado.

—¿Y qué le trae por aquí? —preguntó Bunty por fin.

—Nuestro veterinario de Carsely murió y fuimos a darle las condolencias a la señora Bladen —explicó James—. Pero no parecía muy necesitada de comprensión.

—No, creo que no —coincidió Bunty—. Tuvo un matrimonio muy desdichado.

—¿Otras mujeres? —insinuó Agatha.

—Creo que era más bien una cuestión de dinero, o de falta de él. Greta Bladen era una mujer acomodada cuando se casó con Paul, y parece que él se gastó buena parte de su dinero. Cuando le dejó, lo único que pudo permitirse la pobre fue esa infame casita. Le odiaba. Me he enterado de cómo murió. Si le hubieran encontrado muerto de un golpe de sartén y quien se lo hubiera propinado hubiese sido Greta, no me habría sorprendido lo más mínimo. Pero hay que saber mucho de veterinaria para clavar una jeringuilla llena de una sustancia letal. Quiero decir que, pensándolo bien, ¿cuánta gente podía saber que esa sustancia era mortífera? A lo mejor su socio quería quedarse con el negocio. —Y Bunty no pudo contener la risa.

James miró la hora.

—Tenemos que irnos.

—¿De verdad? —Bunty sonrió a Agatha—. Entonces vuelvan otro día a visitarme. Me encantaría que lo hicieran.

Agatha le devolvió la sonrisa, sintiendo que todas sus insuficiencias sociales se desvanecían, sintiéndose, de verdad, bienvenida.

—Lleva parte de razón —comentó mientras se alejaban en coche de la zona—. Me refiero a lo de Rice: con toda seguridad tuvo que ser alguien con conocimientos de medicina veterinaria.

—No necesariamente —comentó James—. La noticia del veterinario que murió el año pasado cuando un caballo le propinó una coz en el bolsillo del pecho en el que llevaba la jeringuilla salió en todos los periódicos locales. Yo la leí. Cualquiera pudo verla y sacar la idea de allí.

—Pero tendría que ser alguien que supiera dónde iba a estar el veterinario y qué iba a hacer ese día.

—Cualquiera de sus amigas podía saberlo. «¿Qué vas a hacer mañana, Paul?», «Oh, voy a cortarle las cuerdas vocales a uno de los caballos de lord Pendlebury». Ese tipo de conversación.

—Sí, pero imagínate que me lo hubiera dicho a mí. Ni se me habría ocurrido pensar en el Immobile.

—No, pero es posible que un veterinario hablara de él, que explicara lo letal que era y se refiriera al accidente del año pasado. Tengo el presentimiento de que lo hizo una mujer.

Agatha estuvo a punto de exclamar: «Por tanto, sí crees que fue un asesinato», pero optó por guardar silencio con la esperanza de que la investigación compartida se alargara unos días más.

La casa de Bill supuso una sorpresa para Agatha. Ingenuamente había esperado algo, cómo decirlo, más oriental y exótico. The Beeches era una de esas urbanizaciones diseñadas por contratistas donde cada casa era distinta, con esos exiguos jardines de las viviendas del extrarradio que rezumaban respetabilidad y aburrimiento. Agatha

sabía que el padre de Bill era un chino de Hong Kong y que su madre era de Gloucestershire, pero no esperaba que vivieran en un lugar tan corriente. La casa se llamaba Clarendon, y el nombre estaba grabado en un rótulo de madera colgado en un poste ante la puerta. Recorrieron un corto camino entre parterres perfectamente alineados y llamaron al timbre, que sonó con un coro de *Rule, Britannia*.

Les abrió Bill.

—Pasen, vamos —exclamó—. Siéntense en el salón e iré a por las bebidas. Mi madre está en la cocina acabando de preparar la cena.

Agatha y James se sentaron en el salón, sin mirarse. Había un tresillo con el respaldo cubierto con una funda de un desagradable material que parecía lana. En los «ventanales» había persianas venecianas y cortinas fruncidas. La moqueta tenía un chillón estampado geométrico en rojo y negro. El papel pintado era el típico a rayas Regency, blancas y doradas. Las mesitas auxiliares tenían el borde festoneado y las patas largas y delgadas. En una pared se veía una vitrina llena de muñecas españolas y piezas de porcelana. Una estufa de gas, con carbón y leña de imitación, ardía alegremente, aunque daba poco calor a la estancia.

Agatha se moría de ganas de fumar, pero no vio ningún cenicero. Bill entró con una pequeña bandeja con tres copitas de jerez dulce.

—Son nuestros invitados de honor —dijo—. No utilizamos mucho este salón; lo reservamos para las grandes ocasiones.

—Muy bonito —comentó Agatha, que se sentía rara e incómoda al ver a su Bill, regordete y oriental como siempre, en ese frío entorno inglés suburbano—. ¿Puedo ir al baño?

—En el piso de arriba. Pero no te encarames al lavamanos.

Agatha subió las escaleras cubiertas de gruesa moqueta y abrió la puerta de un lavabo, en el que había otro tresillo, éste verde pálido. La tapa del retrete tenía una cubierta de felpilla. Una nota floreada, colgada detrás de la puerta, rezaba: «Si goteas, limpia el asiento».

Tiró del rollo de papel higiénico para coger un trozo y retocarse el lápiz de labios y se sobresaltó cuando en el portarrollos empezó a sonar *The Bluebells of Scotland*.

—La cena está lista —anunció Bill mientras Agatha bajaba por las escaleras.

Los guio por el pasillo a otra pequeña sala, el comedor, donde, a la cabecera de la mesa, se sentaba el padre de familia, un caballero chino de baja estatura y malhumorado con un bigote caído, una chaqueta de punto holgada y grandes zapatillas a cuadros.

Bill hizo las presentaciones. A modo de respuesta, el señor Wong gruñó, cogió el tenedor y el cuchillo, y miró fijamente la superficie pulida de la mesa de contrachapado. Agatha miró el mantel individual con una reproducción de la abadía de Tewkesbury y deseó no haber ido.

Se abrió una ventanilla que daba a la cocina y una voz estridente con acento de Gloucester dijo:

—¡Bill! ¡La sopa!

Bill recogió los platos de sopa y los repartió por la mesa.

—¿Tienes aquella botella de Liebfraumilch, mamá? —preguntó.

—En la nevera.

—Ya la cojo yo.

Hizo su aparición la señora Wong, una mujer inmensa con una cara suspicaz e insatisfecha a la que parecía incomodarle la presencia de los invitados. Bill sirvió el vino.

La sopa era de lata, de rabo de buey. Repartieron pequeños triángulos de pan, e incluso James Lacey pareció sumirse en el silencio.

—Luego hay rosbif —dijo Bill—. Nadie prepara el rosbif como mamá.

—Sin ninguna duda —exclamó inesperadamente el señor Wong, sobresaltando a Agatha.

El rosbif estaba duro a más no poder y los cuchillos eran romos. Necesitaron de toda su concentración para cortarlo en trozos. La coliflor estaba cubierta de una capa de una espesa salsa blanca, las zanahorias, demasiado hechas y demasiado saladas, el pudín de Yorkshire sabía a goma salada y los guisantes eran de esa desagradable clase de productos de lata que consiguen teñir de verde cuanto hay en el plato.

—Los días se están acortando —comentó la señora Wong.

—Sin ninguna duda —convino el señor Wong.

—Pronto llegará el verano —insistió la señora Wong, clavando una mirada feroz en Agatha como si la culpaba por el paso de las estaciones.

—Espero que tengamos otro verano agradable —terció James.

La señora Wong se volvió en su contra:

—¿A usted le pareció que el verano pasado fue agradable? ¿Has oído, querido? El verano pasado le pareció agradable.

—Hay que ver cómo es la gente —murmuró el señor Wong, que se sirvió más coliflor.

—Hizo tanto calor que casi me dio un ataque —dijo la señora Wong—. ¿Verdad que sí, querido?

—Sin ninguna duda.

Silencio.

—Traeré el pudín —dijo Bill.

—Siéntate —le ordenó su madre—. Son tus invitados. Te dije que quería ver ese concurso de la tele, pero tú te empeñaste en traerlos.

Al poco les ponían delante cuencos de compota de manzanas y natillas. «Quiero irme a casa —pensó Agatha—. Oh, por favor, que pase rápido esta velada».

—Llévalos al salón —dijo la señora Wong cuando acabaron el espantoso ágape—. Ya os serviré allí el café.

—Tienen que enseñarme el jardín —observó James—. Me interesan mucho los jardines.

—No vamos a salir al frío aire de la noche para morir de una pulmonía —replicó la señora Wong, que pareció ofendida—, ¿verdad que no, querido?

—Qué sugerencia más rara —dijo el señor Wong.

Para alivio de Agatha y James, el café lo tomaron sólo en compañía de Bill.

—Me alegro de que hayan venido —dijo él—. Estoy muy orgulloso de mi casa; mamá la ha convertido en un pequeño palacio.

—Sí, muy acogedora —convino Agatha—. Bill, ¿estás seguro de que no hay nada raro en la muerte de Bladen?

—Nada que se sepa —respondió él, que pareció divertido—. ¿Has estado haciendo de sabueso?

—Sólo hemos preguntado por ahí —explicó Agatha—. ¿Te importa si fumo un cigarrillo?

—A mí no, pero mamá te mataría. Sal al jardín de atrás y fúmatelo ahí.

Le siguieron al jardín y a James se le escapó un suspiro: estaba cuidado con esmero. Al fondo, un grupo de tres cerezos alzaba sus ramas blancas y rosas hacia el cielo nocturno. Una glicina en la que empezaban a brotar las primeras hojas se enrollaba sobre la puerta de la cocina.

—Éste es mi refugio —dijo Bill—. Nada que ver con el trabajo de policía.

James se maravilló de que el policía, que obviamente demostraba tener sensibilidad para la belleza, no viera nada raro en la casa de sus padres. Agatha se preguntó cómo podía Bill sentir tal admiración y afecto por aquella espantosa pareja, y concluyó que le admiraba por eso.

James se fue animando mientras hablaba de plantas. Agatha recordó una vez más su propio y descuidado jardín, y decidió que, si la investigación quedaba en nada, la jardinería podría ser un tema compartido. Cuando volvieron al horripilante salón para tomar un poco más de aquel nauseabundo café servido en tacitas que parecían de juguete y que la señora Wong llamaba «joyitas», los tres estaban más tranquilos.

—Me gusta corresponder a la hospitalidad de los demás —le explicó Bill a James—. Siempre voy a casa de Agatha y me tomo un café, pero ella nunca había estado aquí. Ahora que ya conocen la calle, son bienvenidos cuando quieran.

—¿Se han instalado aquí hace poco? —quiso saber James.

—El año pasado —contestó Bill con orgullo—. Papá abrió una tintorería en Mircester y le ha ido bien. Sí, estamos progresando.

El buen humor del que hacía gala parecía transformar su casa en el palacio que él creía que era, y, cuando se fueron, Agatha y James agradecieron efusivamente su hospitalidad a la señora Wong.

—Se congelará el infierno antes de que vuelva —comentó Agatha en el coche.

—Sí, me he quedado con hambre. Corté la ternera y la metí debajo de la verdura para que pareciera que me la había comido —dijo James—. Pararemos en cualquier sitio a tomar una cerveza y un sándwich.

Lo dijo casi sin pensarlo, como si se lo comentara a un viejo amigo, dando por

sentado que ella aceptaría, y Agatha se sintió tan ridículamente dichosa que creyó que iba a llorar.

Una vez delante de las cervezas y los sándwiches, decidieron que proseguirían con sus investigaciones al día siguiente.

—¿Y la señorita Mabbs? —sugirió Agatha de repente—. Mira, sabemos que Bladen era mujeriego y la señorita Mabbs es la chica pálida que trabajaba de recepcionista. ¿Qué pasa con ella? Tenía que saber todo lo referente a la operación de ese caballo. Me pregunto dónde estará ahora.

—Mañana la encontraremos. Puedes fumar si quieres.

—Me siento una especie en peligro de extinción —observó Agatha mientras se encendía un cigarrillo—. La gente se está poniendo muy en contra de los fumadores.

—Son puritanos —dijo James—. ¿Quién fue el que dijo que si los puritanos estaban en contra del espectáculo del hostigamiento de osos no era porque se le causara dolor al animal, sino porque producía placer a la multitud?

—No lo sé. En cualquier caso, debería dejarlo.

—Bill dijo algo extraño cuando nos íbamos —recordó James—: «No vayan por ahí removiendo la porquería, no sea que provoquen un verdadero asesinato».

—Oh, estaba bromeando. Es muy bromista.

CINCO



Agatha le habría sorprendido mucho que alguien la llamara romántica. Se tenía por una mujer práctica y realista, así que no se daba mucha cuenta de lo insensato que resultaba dejarse llevar por sueños disparatados y fantasías. Desde que se había despedido de él la noche anterior, en su imaginación se veía casada con James Lacey y la mayoría de sus ensoñaciones habían incluido una apasionada luna de miel. Además, lo bueno de los sueños es que uno puede escribir el guión, y en ellos James decía frases bellas, propias de un amante.

Así que a la mañana siguiente, Agatha se olvidó por completo de sus planes de mostrarse fría y distante. James había dicho que vendría a buscarla a mediodía y que podían comer un bocado en el *pub* antes de intentar averiguar qué había sido de la señorita Mabbs.

Decidió preparar una comida romántica y, cuando James se presentó en su puerta, se asustó un tanto y se inquietó al verla con una blusa escotada, falda ceñida y tacones muy altos, mirándolo radiante. Se removió nervioso en el recibidor mientras ella le señalaba con la mano el comedor y le indicaba que podían comer ahí.

A través de la puerta abierta, James vio la mesa puesta con porcelana y cubertería finas, y velas encendidas en candeleros altos. ¡Velas en pleno día!

Le embargó el pánico, que le hizo retroceder y salir por la puerta.

—En realidad, había venido a disculparme —se excusó—. Ha surgido algo; no puedo quedarme —y se dio la vuelta y se escabulló.

Agatha casi pudo oír cómo sus sueños se desmoronaban ladrillo a ladrillo y retumbaban en sus oídos. Ruborizada por la vergüenza, sopló las velas, recogió la vajilla, subió al piso de arriba, se restregó la cara para quitarse la gruesa capa de maquillaje, se puso un cómodo vestido viejo y holgado, se calzó unas zapatillas y bajó arrastrándose para ver culebrones por la televisión e intentar no darle más vueltas a su metedura de pata.

Se había pasado la noche anterior casi sin pegar ojo, así que se adormiló delante del televisor con los gatos en el regazo y sólo se despertó una hora después, cuando llamaron al timbre.

Esperaba que fuera él que volvía —¡ay, si volviera!—, pero era la señora Bloxby, la esposa del vicario.

—Pasaba por aquí —explicó ésta— y me he preguntado si se acordaría de que las Carsely Ladie's celebran una reunión esta noche. —Por un fugaz instante, una expresión poco agradable asomó a los ojos de Agatha. Estaba pensando: «Que les den a las Carsely Ladie's»—. Espero que venga —añadió la señora Bloxby—. Asistirá nuestra nueva vecina, la señora Huntingdon, y también la señorita Webster, la de la tienda. Seremos muchas. Y la señorita Simms ha prometido llevar un poco de su sidra

casera, así que he preparado queso y galletas para acompañarla.

Agatha se dio cuenta entonces de que la señora Bloxby seguía en la puerta y la invitó a entrar:

—Pase, pase.

—No, más vale que vuelva a casa. Mi marido está peleándose con un sermón peliagudo.

«Así que en esto se ha acabado convirtiendo tu vida —pensó Agatha con tristeza—: otra velada con las Carsely Ladie's». Ni siquiera la noticia de que la señora Huntingdon estaría presente animó lo bastante a Agatha para cambiarse el viejo vestido. De camino a la vicaría, recordó que Josephine Webster, la mujer de la tienda de flores secas que tanto admiraba al veterinario, también acudiría a la reunión. Aunque James Lacey ya no la acompañara, ella seguía interesada en proseguir su investigación de aficionados.

La sala de estar de la vicaría estaba atestada de mujeres que charlaban. La señora Bloxby le tendió a Agatha una jarra de sidra.

—¿Dónde está la señorita Webster? —preguntó ésta.

—Ahí, junto al piano.

—Ah, ya la veo.

Agatha la examinó con interés. Era una mujer pulcra de edad indeterminada, pulcro pelo rubio en una cuidada permanente, rasgos pulcros y pequeños, y figura pulcra y pequeña. Estaba hablando con Freda Huntingdon, que tampoco se había molestado en ponerse elegante, se fijó Agatha. No quiso interrumpir su conversación. Dio otro trago a su jarra y parpadeó: la sidra era fuerte. Vio a la señorita Simms a su lado.

—¿Cómo ha hecho para que quede tan fuerte? —le preguntó.

La señorita Simms se rio tontamente y le susurró al oído:

—Voy a contarle un secreto: se me ocurrió darle un poco de vidilla. —Con la jarra que sostenía en la mano señaló hacia un barrilete que estaba sobre una mesa—. Así que le añadí una botella de vodka.

—Conseguiré emborracharnos a todas —dijo Agatha.

—Bueno, algunas de nosotras necesitamos que nos animen. Fíjese en la señora Josephs: hoy tiene mejor aspecto. Creí que llevaría luto eterno por aquel gato suyo.

Agatha se sentó al lado de la señora Josephs.

—Me alegra ver que tiene mejor cara —comentó con educación.

—Oh, sí, me encuentro mucho mejor —contestó la bibliotecaria con voz achispada—. Me he cobrado mi venganza.

—¿De verdad?

—Voy a recibir lo que por derecho me pertenece.

Agatha la miró con impaciencia.

—¿Qué quiere decir?

—Silencio, señoras —solicitó la señora Mason—. Nuestra reunión va a empezar.

—Venga a verme mañana a las diez —la citó la señora Josephs— y le contaré todo sobre Paul Bladen.

—Chisss —las reprendió la señora Bloxby.

Agatha esperó nerviosa mientras la reunión seguía su curso, pero antes de que acabara, la señora Josephs se levantó inesperadamente y se fue. Agatha se encogió de hombros y abordó a la señorita Webster.

—La vi en el funeral de Paul Bladen —le dijo.

—No sabía que fuera amiga suya —replicó la señorita Webster.

—Bueno, no exactamente —reconoció Agatha—, pero creí que debía presentar mis respetos. Usted debe de haber lamentado mucho su pérdida.

—Todo lo contrario —dijo la señorita Webster—, asistí al funeral para asegurarme de que estaba muerto. Ahora, si me disculpa, señorita...

—Señora Raisin.

—Señora Raisin. Estas charlatanas me dan dolor de cabeza.

Se levantó bruscamente y abandonó la sala. «Esto se está poniendo cada vez más interesante», pensó Agatha. Maldito James; toda aquella información le interesaría: indicios por aquí, indicios por allá. Se pasaría a verle antes de ir a visitar a la señora Josephs.

A las diez menos cuarto de la mañana siguiente, James oyó que llamaban al timbre. Sintióse como una vieja solterona, apartó la cortina de la sala que daba a la calle y miró. Ahí estaba Agatha Raisin. Volvió a asaltarle aquella vieja sensación de que lo estaba persiguiendo. Fue a la cocina y se sentó; el timbre siguió sonando hasta que se sumió en un bendito silencio.

Agatha caminó malhumorada y confusa por el pueblo. Un coche se detuvo a su altura y por la ventanilla asomó el rostro jovial de Bill Wong.

—¿Qué pasa, Agatha? ¿Dónde está James?

—No pasa nada y ni sé ni me importa dónde está James Lacey.

—Lo que significa que has vuelto a asustarle —comentó de buen humor Bill.

—No he hecho nada por el estilo y para tu información, voy a ver a la señora Josephs, la bibliotecaria. Tiene algo importante que contarme sobre la muerte de Paul Bladen.

Bill dejó escapar un pequeño suspiro.

—Agatha, cuando se comete un asesinato de verdad suelen salir a la luz un montón de escándalos de mal gusto que nada tienen que ver con el caso. Mucha gente resulta perjudicada. Si te pones a escarbar en las intimidades de un pueblecito inglés intentando que un accidente parezca un asesinato, conseguirás el mismo resultado, pero sin ninguna justificación. Déjalo. Dedícate a hacer buenas obras; vete al extranjero otra vez. Deja que Paul Bladen descanse en paz.

Luego se alejó en el coche. «Bueno, tanto da, voy a ir igual —pensó Agatha con

testarudez—. Me estará esperando».

La señora Josephs vivía al final de una calle formada por una hilera de casas que en el pasado habían pertenecido a obreros. La suya se veía pulcra y ordenada, con un diminuto jardín donde las forsitias caían sobre el seto y se derramaban hasta la calle en un estallido de esplendor dorado. Un mirlo cantaba en el tejado. Desde un campo que se extendía sobre el pueblo llegó el sonido de un cuerno de caza y, cuando Agatha se volvió para mirar hacia la colina, vio a la partida de caza que se desperdigaba por un prado, en una extraña perspectiva desenfocada desde su ángulo de visión.

Si lord Pendlebury formaba parte del grupo de cazadores, esperaba que se partiera el cuello. Con tan piadoso pensamiento, abrió la pequeña cancela de hierro forjado del jardín, se acercó a la de la casa y llamó al timbre. No hubo respuesta. Los sonidos de la partida de caza se desvanecieron en la distancia y un avión a reacción atronó en las alturas, desgarrando el cielo.

Agatha llamó otra vez, casi a punto de echarse a llorar, preguntándose melancólicamente si todos los vecinos de Carsely correrían a esconderse detrás de sus sofás en cuanto la vieran ante su puerta. Pero la señora Josephs le había pedido que fuera a visitarla, no tenía ningún motivo para desairarla. Agatha giró el pomo de la puerta, que se abrió con facilidad a un pequeño recibidor con una escalera.

—¡Señora Josephs! —gritó Agatha.

La casita tenía paredes gruesas y el silencio oprimió a Agatha, que echó un vistazo a las habitaciones de la planta baja: un saloncito, un pequeño comedor y, al fondo, un diminuto cubículo que hacía las veces de cocina.

Se quedó ante las escaleras y se cambió de pie de apoyo. Qué siniestras resultaban las escaleras, mal iluminadas. Tal vez la señora Josephs estaba enferma. Envalentonada por esa idea, Agatha subió. El dormitorio del piso de arriba, a la derecha, tenía la cama hecha y todo ordenado. El trastero estaba lleno de tristes trozos de porcelana rota, muebles viejos y maletas polvorientas. Ningún drama ahí.

«Ya que estoy, podría utilizar el lavabo —pensó Agatha—. Ah, ya sé qué ha pasado. Seguramente la señora Josephs quería que fuera a verla a la biblioteca. ¡Qué tonta soy!». Pero qué descuidada era ella también saliendo de casa y dejándose la puerta sin cerrar. Aquello debía de ser el lavabo. Abrió una puerta que tenía una ventana de cristal esmerilado.

La señora Josephs yacía cuan larga era en el suelo del baño y sus ojos miraban al techo, sin ver. A Agatha se le escapó un gemido. Se obligó a agacharse, le cogió el brazo y le buscó el pulso. Nada. Se dio la vuelta, bajó corriendo las escaleras y buscó el teléfono. Encontró uno en el saloncito y llamó a la policía y a una ambulancia.

El primero en llegar fue el agente Fred Griggs, el policía local. Parecía salido de un cuento infantil, enorme y con aquella cara rubicunda.

—Está muerta —dijo Agatha—. En el piso de arriba, en el lavabo.

Subió las escaleras tras el voluminoso agente. Fred miró con tristeza el cuerpo.

—Tiene razón —confirmó—. Lo sé con sólo mirarla. La señora Josephs era diabética.

—Así que no ha sido un asesinato —dijo Agatha.

—A ver, ¿qué le ha hecho pensar otra cosa? —Los ojitos del policía la miraron con suspicacia.

—Anoche, delante de todo el mundo en la Carsely Ladies' Society, dijo que tenía algo que contarme sobre Paul Bladen.

—¡El veterinario que murió! ¿Y qué tiene eso que ver con la muerte de la pobre mujer?

—Nada —murmuró Agatha—. Creo que esperaré fuera.

Al salir al jardín oyó el ulular de las sirenas, y al momento llegó a toda velocidad una ambulancia, seguida de dos coches de policía. Agatha reconoció al inspector jefe Wilkes y a Bill Wong. Había otros dos detectives a los que no conocía y una mujer policía.

—¿La encontraste tú? —preguntó Bill, y Agatha asintió, aturdida—. ¿A qué hora?

—A las diez —respondió—. Te dije que venía a verla.

—Vete a casa —le indicó Bill—. Ya pasaremos a tomarte declaración.

James Lacey estaba delante de la puerta de su casa, mirando a la calle. Había oído las sirenas. Desde que había ignorado la llamada de Agatha, se había dedicado a mirar fijamente el encabezamiento: «Capítulo dos», en su procesador de textos. Entonces vio a Agatha acercándose por la calle. Tenía la cara pálida.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, pero ella se desentendió agitando una mano y dijo:

—Más tarde.

Se sintió frustrado. Creía que Agatha tenía la clave para una excusa que le liberara de la escritura ese día. No debería haber eludido como un escolar su invitación a comer. Volvió a su máquina y la miró con rabia. Luego oyó un vehículo que entraba en la calle y aceleraba. Era un coche de policía. Miró con interés cómo se acercaba a la casa de Agatha y estacionaba delante. Reconoció a Bill Wong con otro detective y una mujer policía. Entraron en la casa.

Se había ganado a pulso su aislamiento, pensó con tristeza. La condenada Raisin debía de haberse metido en alguna buena y él había quedado excluido.

Dentro de su casa, Agatha respondió a todas las preguntas que le hicieron. ¿Cuánto tiempo había estado en la casa de la señora Josephs? ¿Sólo unos minutos? ¿La había visto alguien antes de entrar? El detective Wong, contestó ella. El inspector jefe Wilkes asintió, como si Bill ya hubiera confirmado ese dato.

—¿De qué ha muerto? —preguntó Agatha.

—Tendremos que esperar al informe del forense —respondió Wilkes—. Veamos, según tengo entendido habían acordado su visita anoche en la vicaría. ¿Qué fue exactamente lo que le dijo?

—Dijo: «Venga a verme mañana a las diez y le contaré todo sobre Paul Bladen» —respondió Agatha al momento.

—¿Algo más?

—Déjeme pensar. Creo que le comenté que tenía mejor aspecto y ella respondió algo extraño: «Me he cobrado mi venganza», dijo.

—¿Está segura?

—Completamente. Y añadió... —Agatha apretó los ojos mientras se esforzaba por recordar—: «Voy a recibir lo que por derecho me pertenece».

—Vaya —comentó Wilkes—. Muy críptico. Parece una novela.

—No me lo estoy inventando —le espetó Agatha—. Tengo muy buena memoria.

—A ver, la señora Josephs dijo: «Venga a las diez», y usted fue directamente a su casa. ¿No se le ocurrió llamarla antes por teléfono, aunque sólo fuera para confirmar la cita?

—No —replicó Agatha—, en este pueblo no utilizamos mucho el teléfono; nos vemos en persona.

—La señora Josephs debería haber estado trabajando en la biblioteca. ¿Por qué no fue allí?

—¡Porque ni se me pasó por la cabeza! —gritó Agatha, exasperada—. Qué co..., ¿de qué va todo esto? Ha muerto por causas naturales, ¿no?

—Es raro que lo diga usted precisamente; sé por el sargento Wong aquí presente que está más que dispuesta a creer que la muerte de Paul Bladen fue un asesinato.

Agatha clavó una mirada de reproche en Bill Wong.

—Me interesaba la muerte de Paul Bladen y estuve haciendo unas preguntas, nada más —se justificó, a la defensiva.

—¿Quién más asistió anoche al té de la vicaría?

—No se sirvió té. Sidra y queso. Puedo darle la mayoría de los nombres, pero es mejor que le pregunte a la señorita Simms, la secretaria, que toma nota de todas las que asisten a las reuniones.

Wilkes se levantó.

—Creo que esto es todo por ahora, señora Raisin. Seguramente volveremos a hablar con usted. No tiene planeado viajar a ningún sitio, ¿verdad?

—¿Qué? —Agatha le miró fijamente—. ¿Yo? ¿Que no viaje? Usted cree que ha sido un asesinato...

—Vamos, vamos, señora Raisin. Por el momento, tan sólo estamos investigando la muerte de una mujer diabética. Que pase un buen día.

Bill le guiñó el ojo a Agatha por detrás de la espalda de su superior y en silencio articuló las palabras: «Esta noche».

Una vez se hubieron ido, Agatha decidió volver a probar suerte con James y olvidarse del tema del romance. Lo que había pasado era demasiado emocionante para guardárselo para sí, pero él no respondió a sus llamadas a la puerta, aunque en cierto modo la consoló ver que esta vez su coche no estaba delante de la casa.

James se había acercado a Mircester. Para compensar a Agatha por el desplante, había pensado en comprarle flores y bombones, pero luego se le había ocurrido una idea mejor: si encontraba la dirección de la señorita Mabbs, tendría una excusa insuperable para visitarla.

Agatha fue al Red Lion y habló extensamente de la muerte de la señora Josephs con los parroquianos, pero sin enterarse de nada que no supiera ya. Volvió a casa un tanto achispada, se quedó dormida y no despertó hasta las cinco, cuando llamaron al timbre. Con los ojos llorosos y un poco de resaca, fue a abrir y se encontró con Bill Wong.

—¡Pasa! ¡Pasa! —exclamó Agatha—. Cuéntamelo todo, pero antes deja que me prepare un café bien cargado. He bebido demasiado en el *pub*.

—¿Por qué ahuyentaste a Lacey? —preguntó Bill entrando sin prisa en la cocina tras Agatha.

—Yo no le ahuyenté... Oh, bueno, puede que sí: le invité a comer ayer, encendí unas velas en la mesa del comedor y enseñé un poco de escote. Y él puso los pies en polvorosa.

Llamaron a la puerta.

—Ya abro —se ofreció Bill, y volvió al cabo de un momento seguido de James—. No levante la voz —le pidió—, nuestra Agatha tiene resaca. Ha estado ahogando sus penas en el *pub*. Se había puesto de tiros largos para recibir a un antiguo amor de Londres que venía a comer ayer, pero el caballero no se presentó y ella se olvidó de que había quedado con usted, que de todos modos salió corriendo.

—Oh —dijo James—. Por suerte no soy vanidoso; podría haber pensado que la comida estaba preparada para mí.

Bill sonrió, satisfecho.

—Nuestra Agatha suele tener peces más gordos a mano, ¿verdad que sí, Agatha? ¿Por qué no se presentó tu viejo amigo?

«Soy capaz de mentir tan bien como tú», pensó Agatha.

—Lo amenazaron con una fusión —contestó—. Pero va a llevarme al Savoy a cenar para compensar su falta.

James se sintió como un idiota. «Tengo que dejar de imaginarme que esta mujer me persigue», se dijo.

—Bueno —dijo Agatha, poniéndoles dos tazas de café delante—, cuéntanos, Bill. ¿Por qué no puedo abandonar el país?

—¿De qué va todo esto? —gritó James, exasperado—. Es por la muerte de la bibliotecaria, ¿no? En Harvey's no hablaban de otra cosa.

Agatha le contó la visita que había concertado con la señora Josephs y cómo

había encontrado su cadáver.

—Dime, Bill —le pidió—, ¿fue un asesinato?

—Estamos a la espera de recibir el informe del patólogo —respondió él—. Pero extraoficialmente puedo decirte esto: hay algo raro.

—¿El qué? —quiso saber Agatha.

—El equipo forense encontró huellas en las escaleras, desde el saloncito hasta el lavabo. La señora Josephs calzaba unos zapatos de calle de cuero marrón y las escaleras no tienen moqueta. Las marcas podrían proceder de sus zapatos; llevaba unas gruesas medias y se han encontrado un par de hebras en una grieta en los escalones.

Los ojos de Agatha brillaron.

—¿Quieres decir que alguien pudo matarla en el saloncito y luego arrastrarla escaleras arriba para dejarla en el lavabo?

—No acabo de entenderlo —intervino James—. Si alguien la asesinó, ¿por qué se tomó la molestia de subir el cadáver hasta allí?

—Sólo son especulaciones —repuso Bill—. Estoy hablando demasiado, y ninguno de los dos debe decir ni una palabra de todo esto.

Ambos asintieron como muñecas chinas.

—Parece que todo el mundo estaba al tanto de que era diabética y de que se inyectaba insulina. ¿Y si alguien le suministró una sustancia letal y luego la subió hasta el lavabo, donde ella guardaba sus jeringuillas, y la dejó allí con la intención de que pensáramos que había muerto mientras se estaba dando sus inyecciones habituales?

James negó con la cabeza, lo que irritó a Agatha.

—Sigue sin convencerme —dijo—. Hoy en día todo el mundo conoce los avances de la ciencia forense.

—Un asesino suele estar desesperado o perturbado —señaló Bill—. Le sorprendería saber lo poco que piensan lo que hacen.

—¿Los vecinos vieron entrar a alguien en la casa? —preguntó James.

—No, pero hay una calle que da a los jardines de atrás. La señora Dunstable, que vive en la otra punta de la hilera de casas, ha declarado que a eso de las ocho de la mañana le pareció oír un coche que se detenía en el otro extremo (no puede accederse en coche hasta el final). ¡Lo que pasa es que es sorda! Asegura que sintió las vibraciones de un vehículo; increíble, ¿no les parece?

—Sería un poco raro que se tratara de un asesinato —comentó James con cautela—. Después de lo que ella le había dicho a Agatha en presencia de todas esas mujeres, sólo serviría para despertar sospechas sobre la muerte de Paul Bladen.

—También pudo haberse suicidado —señaló Bill—. Todo el mundo coincide en que estaba muy deprimida tras la muerte de su gato. Las huellas en la escalera pudo hacerlas ella misma al arrastrarse al piso de arriba. Eso es cuanto sabemos por el momento: ahora tengo que volver al trabajo. Gracias por el café, Agatha.

Cuando Bill se marchó, Agatha volvió al salón, se sentó a la mesita baja y cerró los ojos.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó James.

—No, estoy pensando. Si yo hubiera asesinado a la señora Josephs inyectándole algo, no dejaría la sustancia entre los frascos y cajas de pastillas del lavabo. No soy una asesina muy lista; piensa en las marcas en la escalera. Así que me voy con el frasco o la ampolla que he utilizado en el bolsillo. Estoy sudando, presa del pánico. —Abrió los ojos—. Lo tiraré por la ventanilla.

—Es una idea —dijo James—. Y la carretera que nace al final de la calle de atrás va hacia la mansión de lord Pendlebury. Supongo que no hay nada malo en que echemos un vistazo. Llevaremos unas bolsas de basura para que la gente nos tome por voluntarios del ayuntamiento que colaboran en la limpieza del campo. Pero si encuentras algo siniestro, déjalo donde esté y llama a la policía; si no, creerán que lo has puesto tú.

Fueron en el coche de Agatha, que condujo hasta la calle trasera y se quedó dentro, sentada con el motor encendido, imaginándose que había cometido el asesinato. Entonces arrancó y de repente frenó.

—¿Por qué aquí? —preguntó James.

—Porque aquí es donde lo tiraré yo si fuera una asesina —respondió Agatha.

Empezaron a revisar el arcén derecho de la carretera arriba y abajo, allí donde habría ido a parar cualquier cosa que hubiera tirado un conductor. Afortunadamente, la gente de los Costwolds es muy cuidadosa con la basura, así que tras una hora de esmerado registro apenas encontraron nada, salvo una pluma rota y una sandalia.

—Está anocheciendo y tengo hambre —se quejó James.

—Probemos un poco más adelante, cerca de la finca —le rogó Agatha—. Sólo un rato más.

—Maldita sea, hace unos días le prometí a Freda Huntingdon que quedaríamos en el Red Lion a las siete. Además, está oscureciendo.

—Tengo una linterna en el coche —repuso Agatha, resuelta a retenerle cuanto le fuera posible.

—De acuerdo, un poco más.

Condujeron unos metros por la carretera y volvieron a bajarse. Agatha cogió la linterna y James hurgó con escaso interés entre los setos.

Cuando, tras media hora de paciente búsqueda a paso lento, Agatha exclamó de golpe: «¡Eureka!», James dijo con irritación:

—Como sea otro zapato o algo por el estilo... Freda estará...

—¡Ven! ¡Mira esto!

James se acercó a grandes zancadas y Agatha enfocó la linterna hacia unos arbustos y ortigas enmarañados en el arcén. Al fondo de la cuneta se veía un pequeño frasco marrón de farmacia.

—Vaya, que me parta un rayo —dijo él al tiempo que la abrazaba.

Agradeciendo la oscuridad, Agatha se ruborizó de placer.

—Quédate aquí y vigílalo —le pidió, emocionada—, voy a telefonar a Bill Wong.

James esperó, y siguió esperando. Miró su reloj y vio en la esfera luminosa que eran casi las ocho. «En realidad, no hace falta que me quede aquí», pensó. Cogió una vara que había cortado antes de un seto para ayudarse a hurgar, la clavó en la cuneta junto al frasco y ató su pañuelo en la punta, a modo de bandera. Ahora podía ir tranquilamente al *pub*, y la policía y Agatha no tendrían problemas en encontrar la marca. Salió a la carretera.

Agatha esperaba en la puerta de casa, mordiéndose las uñas. Bill había dicho: «Quédate donde estás», y eso era lo que había hecho. Pero James debía de estar preguntándose qué habría pasado.

Con un suspiro de alivio, vio asomar el morro del coche de policía por la calle y corrió hacia él. Dentro iban Bill y otro detective.

—Sube —le dijo el agente— y llévanos hasta esa pista que dices haber descubierto. No hemos encontrado a Fred Griggs. Es su noche libre.

Agatha no daba crédito cuando recorrieron la carretera y no vieron ni rastro de James. Peor aún, no recordaba exactamente dónde habían hallado el frasco, así que revisaron el arcén arriba y abajo durante un buen rato hasta que Bill finalmente descubrió la vara con el pañuelo atado en la punta.

—Al menos, ha marcado el punto —dijo Bill, agachándose. Iluminó con una potente linterna la zona que rodeaba a la vara—. No parece que haya nada, Agatha.

Agatha se asomó por encima del hombro del detective.

—Pero si estaba ahí —exclamó—. Dios, ¿dónde está James? Como se haya ido tan pancho a buscar a esa fulana al *pub*, lo mataré.

Bill y el otro detective registraron pausada y cuidadosamente los alrededores, pero no dieron con el frasco. Finalmente, Bill se irguió con un suspiro.

—¿Crees que Lacey está en el *pub*?

—Oh, estoy segura —contestó Agatha con rabia.

Era una noche bulliciosa en el Red Lion. El pueblo entero parecía haberse congregado en el *pub*. James se sorprendió cuando le palmearon el hombro y alguien le dijo en voz baja:

—Policía. ¿Sería tan amable de salir, señor Lacey?

Siguió al detective y, cuando se encontró ante un excepcionalmente serio Bill Wong y una hosca Agatha, le asaltó un sentimiento de culpa.

—Me temo que no habría tenido que irme —se excusó apresuradamente—, pero ¿no encontraron la vara con el pañuelo atado?

—La encontramos, sí, pero ni rastro del frasco —replicó Bill—. ¿A qué hora ha ido al *pub*?

—Justo pasadas las ocho. Había quedado con Freda..., con la señora Huntingdon.

—¿Le contó a la señora Huntingdon o a algún otro del *pub* lo que había

encontrado?

—Bueno... —James se removió, incómodo, y cambió de pie de apoyo.

El policía que le había hecho salir del *pub* había vuelto dentro, pero regresó junto a ellos a tiempo de escuchar la última pregunta de Bill.

—Si me permite hablar un momento con usted, señor... —Hizo un aparte con Bill mientras James Lacey miraba fijamente al suelo.

Bill volvió y miró a James.

—Bien, según tengo entendido usted le contó a la señora Huntingdon que había quedado con la señora Raisin y habían encontrado una pista sobre la muerte de la señora Josephs, que había un frasco de farmacia en la cuneta y que había dejado su pañuelo como señal de aviso para marcar el lugar. La señora Huntingdon comentó en voz alta entre los parroquianos: «Tenemos un auténtico sabueso entre nosotros. ¿Verdad que James es muy inteligente?», y luego contó lo del frasco.

—Mire —dijo James, desesperado—, yo no soy policía. Me he tomado esto como una especie de juego. Aunque es posible que clavara la vara en el lugar equivocado. Volvamos allá y echemos otro vistazo.

—Vayamos entonces —aceptó Bill—. Ya había pensado en ello y he pedido refuerzos.

Agatha no dijo una palabra a James y se subió en la parte de atrás del coche de Bill.

—Si es tan amable, señor —dijo un policía, e hizo subir a James a otro coche.

Cuando volvieron había policías por todas partes registrando los setos. En un momento dado, se oyó un grito triunfal y uno de los agentes, agachado a unos metros de donde James había clavado la vara, agitó emocionado un brazo: al apartar una mata de hierba alta, había un pequeño frasco de farmacia.

Lo recogieron cuidadosamente con unas pinzas, lo colocaron sobre una tela limpia y se lo enseñaron a Agatha.

—Estoy segura de que tenía otra forma —dijo Agatha—, y además éste no lleva etiqueta. Estoy convencida de que el que vi aún tenía un trozo de etiqueta.

—Puedes irte a casa, Agatha —dijo Bill—. Te avisaremos cuando te necesitemos.

—No sabe cuánto lo siento... —se disculpó James, desconsolado.

—Usted también, señor Lacey, váyase. Estaremos en contacto.

James miró a Agatha.

—Debes de pensar que soy un redomado imbécil.

Agatha abrió la boca para decir que sí, que pensaba que era un imbécil, pero le vino a la memoria el recuerdo de cómo le había ayudado a salir bien parada de su propia imbecilidad con el lavamanos, así que dijo:

—Volvamos caminando hasta mi casa, tomemos un café y pensemos un poco en lo sucedido.

Él la alcanzó mientras caminaban.

—Lo que creo —reflexionó Agatha— es que el asesino debía de estar en el *pub* y

que oyó a Freda. Entonces él, o ella, sale del local, echa a correr por la carretera, recoge el frasco, se esconde cerca y ve llegar a la policía, espera a que se marchen al *pub* para interrogarte y entonces deja otro frasco que se demostrará que contiene alguna sustancia inocua.

—Pero, para empezar, un asesino inteligente no habría tirado el frasco —objetó James.

Siguieron caminando en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Ya en la cocina de casa y mientras tomaban café, Agatha, que había permanecido demasiado rato en silencio tratándose de ella, dijo de repente:

—He estado pensando.

—¿Qué?

—Seguramente los asesinos inteligentes sólo existen en la ficción. Para quitarle la vida a alguien tienes que estar loco, al menos temporalmente. ¿Y si una mujer se hubiera enterado de que Paul iba a estar aquel día en la finca de lord Pendlebury? Cegada por la rabia, le golpea en la cabeza y luego le clava la jeringuilla sin saber siquiera que su contenido es letal. Él muere, ella huye. Ahora ha cometido un asesinato y está perturbada, además de muy asustada. Oye a la señora Josephs hablando conmigo en la vicaría y no puede permitirse que hable, y sabe que es diabética. Le inyecta Dios sabe qué, pero de nuevo le entra el pánico, imagina que si encuentran el cadáver en el lavabo darán por supuesta una muerte natural. Luego, oye a Freda en el *pub*. Más pánico. Va a recoger el frasco. Más pánico. Pone otro en su lugar.

Estuvieron hablando una hora más, hicieron una lista de las mujeres que estaban en la vicaría y de todas las que James recordaba haber visto en el *pub*. Entonces sonó el teléfono. Agatha fue a contestar, volvió y se sentó con gesto cansado a la mesa.

—Era Bill. La señora Josephs fue asesinada; alguien le inyectó una dosis de adrenalina en el flujo sanguíneo.

—¿Dónde puede conseguirse adrenalina?

—Al principio he pensado en Peter Rice porque los veterinarios disponen de ella, pero él no estaba en el pueblo. Bill dice que los granjeros suelen tener una reserva, aunque se inspeccionan regularmente los medicamentos que poseen para comprobar que están a buen recaudo.

—¿Y la señorita Mabbs? —dijo James de repente.

—¿Qué le pasa?

—Por eso vine a visitarte: encontré su dirección. Vive en Leamington Spa.

—Espera un momento. No estaba en la vicaría ni tampoco en el *pub* esta noche.

—No, pero podía andar merodeando por las cercanías. En cualquier caso, sabrá más de Paul Bladen que la mayoría. Trabajaba con él.

Agatha se decidió.

—Mañana le haremos una visita.

SEIS



Agatha y James no pudieron salir hacia Royal Leamington Spa hasta bien avanzado el día a raíz de otro suceso que conmocionó a Carsely: habían entrado a robar en la consulta del veterinario, causando considerables destrozos en el armario donde se guardaban los medicamentos. Fuera quien fuese había actuado con rapidez y eficiencia. Un cristal de la puerta de atrás estaba roto, lo que permitió que el ladrón introdujera la mano y la abriera.

—Así que seguramente la adrenalina procedía de ahí —dedujo Bill Wong, visiblemente agobiado—. Con la salvedad de que el agente Griggs afirmó haber comprobado todos los establecimientos en sus rondas sin haber detectado ninguna señal de robo hasta anoche.

—Seguramente ni siquiera se había fijado en el cristal roto —comentó James.

—Fred Griggs es un agente local concienzudo —repuso Bill.

—¿Quieres decir que alguien ha querido hacer creer a la policía que la adrenalina procedía de aquí? —preguntó Agatha.

—Podría ser. Pero ¡qué innecesariamente complicado! Y encima esto convierte en aún más sospechosa la muerte de Paul Bladen. No se nos ocurre nadie que quisiera matar a la señora Josephs.

Tomaron detallada declaración a Agatha y James sobre el hallazgo del frasco.

—El resultado del análisis del que encontramos después arroja trazas de un tranquilizante. Hemos comprobado los datos con el médico local y te asombraría saber cuántas mujeres toman tranquilizantes en esta civilizada época en que vivimos —comentó Bill—. Ahora debo decirles algo, a los dos. A veces, la policía parece muy lenta y dubitativa, pero es un modo más seguro de hacer las cosas que el que dos aficionados vayan por ahí removiéndolo todo. Por favor, no vuelvan a entrometerse.

—Si no nos hubiéramos entrometido, como dices —intervino Agatha, enojada—, habríais seguido creyendo que la muerte de Paul Bladen fue un accidente.

—Y la señora Josephs tal vez seguiría viva. Déjalo en nuestras manos, Agatha.

Cuando los policías se marcharon, James dijo con reticencia:

—Parece que no somos muy populares.

—No, creo que será mejor que lo dejemos —convino Agatha sin pensarlo—. Tal vez debería dedicarme a la jardinería.

—El jardín de la parte delantera se recuperaría con sólo un poco de dedicación —dijo James—. Ven y te enseñaré a qué me refiero.

Agatha fue la primera en salir por la puerta. Miró a la calle, vio a Freda Huntingdon en el umbral de la casa de James y se metió dentro tan deprisa que tropezó con él.

—He cambiado de opinión —dijo, cerró la puerta de golpe y volvió a la cocina—. Tómame otro café y te cuento. Mira —empezó cuando se sentaron—, tal como yo lo veo...

Llamaron a su puerta, un timbrazo urgente e imperioso.

—¿No vas a abrir? —preguntó él.

—Supongo que no me queda otra.

Agatha se puso en pie con desgana y pegó el ojo a la mirilla. Freda estaba en el umbral. Volvió a la cocina y se sentó.

—Un vendedor de ventanas dobles —mintió—. Son muy agresivos; no merece la pena abrirles.

El timbre sonó de nuevo con estridencia y Agatha hizo una mueca.

—Iré yo —dijo James, levantándose.

—No, siéntate, por favor. Creo que deberíamos ir a Leamington e interrogar a la señorita Mabbs. A eso no puede llamarse entrometerse, sólo le haríamos unas preguntas. Si supiéramos cómo era en realidad Paul Bladen, podríamos averiguar qué se oculta detrás de su muerte. Después de todo, ¿qué empuja a una persona a matar a otra?

—La pasión —contestó James—. Una de las mujeres a las que había dejado plantadas.

—O el dinero —dijo Agatha, recordando su desgraciada experiencia en Londres.

Pero James, que vivía tranquilamente instalado en la seguridad de sus ingresos privados y una pensión del ejército, negó con la cabeza.

—No tenía mucho que dejar, al menos no según los estándares actuales.

Llamaron al timbre una vez más.

—No —dijo Agatha con firmeza—. Espera, y quienquiera que sea ya se marchará. ¿En qué dirección de Leamington vive la señorita Mabbs?

Él sacó un cuaderno y pasó las páginas.

—Aquí está. La señorita Cheryl Mabbs, de veintitrés años, empleada sólo durante el breve periodo que la consulta permaneció abierta en Carsely, vive en el número 43 de Blackbird Street, en Royal Leamington Spa.

Agatha aguzó los oídos; no le llegó ningún sonido del exterior, aunque la casa estaba tan aislada que casi nunca oía nada.

—Subiré a maquillarme un poco —dijo— y nos vamos. Si vuelven a llamar al timbre, no hagas caso.

Arriba, se asomó por la ventana del dormitorio y vio con satisfacción cómo la figura delgada de Freda se perdía de vista. Se aplicó un poco de maquillaje, el suficiente para no ahuyentar a James otra vez, se roció unas gotas de Rive Gauche y bajó. Dio de comer a los gatos y, como el día no era especialmente frío, los dejó salir al jardín trasero.

—¿Por qué no pones una gatera? —preguntó James.

—Me han dado algunos sustos —explicó Agatha—, y cuando pienso en una gatera, me viene a la cabeza la imagen de un pequeño ladrón que entra arrastrándose por ella como una serpiente.

—Esas cosas no pasan. No le des más vueltas —dijo James, que sentía vagamente

que debía compensarla por haber abandonado su puesto la noche anterior—, te compraré una y te la instalaré.

Agatha le sonrió. Qué familiar se estaba volviendo su relación. Una ceremonia sencilla en la iglesia de Carsely. Demasiado mayor para ir de blanco; tal vez un traje de seda y un sombrero. Luna de miel en un lugar exótico. «Se casa la famosa detective Agatha Raisin», anunciarían los titulares de la prensa local.

James la miró con inquietud. Los pequeños ojos de Agatha mostraban un extraño destello vidrioso.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó—. Tienes el mismo aspecto que yo cuando sufro una indigestión.

—Estoy perfectamente —repuso Agatha, volviendo de golpe a la tierra—. Vamos.

Leamington, o Royal Leamington Spa, por dar el nombre completo que poca gente utilizaba, estaba relativamente cerca y llegaron en menos de una hora. El día se había encapotado y teñido de gris, pero aun así era extrañamente tibio. Aunque se hallaba en medio de la campiña, Agatha descubrió que Leamington tenía el aire de un pueblo costero como Eastbourne o Brighton, y le daba la impresión de que iba a ver el mar a la vuelta de cada esquina en la que doblaban.

James, para enojo de ella, dijo que quería echar un vistazo a los jardines antes de empezar su labor detectivesca. Agatha caminó a su lado, pisando fuerte e irritada, mientras él se deleitaba con plantas y flores. Se dio cuenta vagamente de que tenía celos del escenario y deseó que él le dedicara también alguno de aquellos elogios extasiados. Le miró de soslayo: James paseaba tranquilamente con las manos en los bolsillos, en paz con el mundo. Se preguntó qué pensaría de ella. De hecho, se preguntó qué pensaba de cualquier cosa. ¿Por qué no se había casado? ¿Era gay? Aunque, bien mirado, no podía olvidar cómo había abandonado aquella magnífica pista para salir corriendo en pos de una estúpida zorra como Freda Huntingdon.

En ese momento alzaba la mirada en embelesada admiración hacia las flores que caían en cascada de un cerezo.

—¿Vamos a pasarnos el día entero contemplando la naturaleza o vamos a hacer algo?

Él la miró, entre divertido y resentido. De repente, Agatha se lo imaginó acompañando a otra mujer que compartiera su mismo entusiasmo por el escenario, que se supiera todos esos nombres de condados de los que había hablado en la antigua casa señorial, y se sintió intimidada y ordinaria.

—Muy bien —dijo James afablemente—, vamos. —Sacó un pequeño callejero del pueblo y lo consultó—. Podemos ir andando —señaló—. No está lejos.

Se pusieron en camino.

—¿Dónde trabaja? —preguntó Agatha—. Ah, ¿y cómo has conseguido información sobre ella?

—No sé dónde trabaja, pero su dirección me la dio Peter Rice en Mircester. No es enfermera veterinaria, sólo una recepcionista.

Agatha empezó a preguntarse si iban a llegar alguna vez, pues el concepto «no está lejos» de James era muy distinto del suyo. Finalmente, llegaron a una larga calle llena de tiendas con pisos encima. Probablemente los comercios siempre habían estado allí. Los edificios, de estilo georgiano y destartados, tenían el estuco agrietado y fachadas mugrientas que databan de la época anterior a la promulgación de la ley de Aire Limpio, cuando el hollín lo cubría todo.

Eran las seis. La mayoría de las pequeñas tiendas habían cerrado y la calle estaba tranquila. Agatha recordaba los tiempos en que una calle como ésa reverberaba con los gritos de los niños que jugaban a la rayuela, a la pelota, a indios y vaqueros. Ahora, seguramente todos estaban dentro de sus casas, viendo la tele o videos, o jugando con videojuegos. Era triste.

El número 43 resultó ser una escalera entre dos comercios que llevaba a los pisos de arriba. En el rellano superior había una desvencijada puerta de madera y a su lado una hilera de timbres con nombres o tarjetas al lado de cada uno. No aparecía ninguna Mabbs en la lista.

—Debí de anotar mal la dirección —se lamentó James.

—No he caminado hasta aquí para nada —dijo Agatha con impaciencia, porque le dolían los pies, y llamó al timbre que le quedaba más cerca.

Al cabo de un momento abrió la puerta una jovencita flaca, con aspecto anémico y el pelo rubio pringado de fijador para que le quedara de punta.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—Buscamos a la señorita Cheryl Mabbs —explicó Agatha.

—Es el timbre 4 —indicó la chica—, pero no la encontrarán. Jerry y ella han salido.

—¿Adónde?

—Y yo qué sé. Normalmente van a comerse un plato de pescado y patatas fritas, y luego a la disco.

—¿Dónde está la disco? —preguntó James, sonriente, y la chica le devolvió la sonrisa.

—No es de su estilo —contestó—. Está calle abajo: Rave On Disco. Es imposible no verla. Si espera hasta un poco más tarde oírá el ruido.

—Bueno, hasta aquí hemos llegado —decidió James cuando volvieron a la calle.

—No, ni hablar. —Agatha le miró—. Podríamos comer un bocado y luego pasarnos por la discoteca.

Él se apartó un poco y dejó vagar la mirada en la distancia.

—Creo que preferiría volver a casa, Agatha. Como ha dicho la joven, las discotecas no son lo mío.

Agatha le miró fijamente.

—Pues yo diría que tampoco lo mío —replicó; todavía le dolían los pies.

Él se quedó quieto y la miró desde las alturas con educada incomodidad, a todas luces deseando que ella cediera.

—¿Cenamos y nos lo pensamos? —sugirió Agatha.

—Sí, supongo que tengo hambre. Pero es un poco temprano para cenar. Busquemos un *pub*.

Delante de unas copas, a las que más tarde seguiría una humilde cena en un restaurante indio, Agatha pensó que cuanto más tiempo pasaba con James, menos parecía saber sobre él. James daba la impresión de poseer un fondo insondable de temas impersonales de los que hablar, de política a jardinería, pero nunca desvelaba lo que pensaba en realidad sobre nada en concreto.

Sin embargo, finalmente aceptó ir a la discoteca. Volvieron a Blackbird Street y a medida que se acercaban oyeron el sordo *dum, dum, dum* de la música disco. Rave On Disco era en realidad un club, al que pudieron acceder sin problemas tras pagar una modesta entrada.

—Diviértase, abuela —le dijo el gorila a Agatha, que le clavó una mirada furiosa y le espetó:

—Que te den.

Y entonces se dio cuenta de que el semblante de James había adoptado de nuevo su típica expresión hermética.

La disco estaba atestada de cuerpos que se retorcían bajo luces estroboscópicas. Seguida de cerca por James, Agatha se abrió paso a codazos hasta una barra acolchada de plástico negro que había en un rincón. James pidió un agua mineral para Agatha, que era la que conducía, y un *whisky* con agua para él.

—¿Cuánto es? —le gritó al camarero, un joven pálido con la cara demacrada y cubierta de granos.

—Corre a cuenta de la casa, oficial —dijo el camarero.

—No somos policías.

—En ese caso, pague, jefe. Tres libras por cada bebida. Seis en total, caballero.

—¿Conoces a Cheryl Mabbs? —preguntó James—. Somos amigos suyos.

El camarero señaló con el dedo.

—Está ahí, en aquella mesa; es la del pelaco naranja y rosa.

Entre las machacantes luces de discoteca y los cuerpos que giraban sin parar, distinguieron un destello de rosa y naranja en un rincón del fondo.

—Bébetela —dijo James, y se bebió de un trago el *whisky*.

—No me apetece —gritó Agatha por encima del alboroto—. El agua, mejor para los peces.

Los ojos de James habían adoptado esa mirada inexpresiva que Agatha había acabado por interpretar como una señal de desaprobación.

—Más vale que nos abramos paso bailando —propuso él—. Llamaremos menos la atención.

Se mezcló entre los cuerpos que bailaban, agitando alegremente los brazos en el aire y girando como un derviche. Agatha intentó imitarle pero se sintió ridícula. Los adolescentes interrumpían sus bailes y animaban a James. «Ya, para no llamar la

atención —pensó Agatha—; ¡si la discoteca entera nos está mirando!». Tras unos cuantos giros más, James se detuvo ante la mesa de Cheryl y recibió una calurosa ovación de los clientes.

Era una señorita Mabbs muy distinta a la jovencita tranquila y pálida con bata blanca que Agatha había visto por primera vez en la consulta del veterinario. Tenía el pelo rociado de pintura rosa y naranja, peinado con lo que Agatha sólo podía calificar de crestas. Llevaba una chaqueta de cuero negra con tachuelas sobre una camiseta amarilla con algún lema que Agatha era incapaz de leer en aquella penumbra. A su lado había un joven, también con chaqueta de cuero y cara de zorro borracho.

—¡Señorita Mabbs! —exclamó Agatha—. Estábamos buscándola.

—¿Quién coño es usted? —replicó la joven, que cogió su copa, de un color tan desagradable como su pelo, apartó con la nariz el pequeño parasol de papel que llevaba encima y bebió por una pajita.

—Soy Agatha Raisin —se presentó, tendiéndole la mano.

—¿Y qué? —farfulló Cheryl.

—La conocí en la consulta del veterinario de Carsely. Llevé allí mi minino.

—¿Así que le llevó el chomino? —preguntó el acompañante de Cheryl con una risotada—, ¿y qué, hubo suerte?

Cheryl se rio tontamente.

—Escucha —dijo James con el tono autoritario de las clases altas—, ¿podemos ir a un sitio más tranquilo para hablar?

—Pírese —le espetó Cheryl, pero el joven le puso una mano en el brazo y sus ojos de zorro brillaron en dirección a James.

—¿Y nosotros qué sacamos?

—Diez libras y una copa —ofreció James.

—Vale —aceptó él—. Vamos, Cher.

Al poco todos estaban sentados en un *pub* lóbrego y tranquilo, tal vez uno de los pocos que quedaban en Gran Bretaña sin una tragaperras ni una gramola ni hilo musical. Unos cuantos ancianos se sentaban a las mesas de los rincones. El bar olía a humedad, cerveza rancia y viejo.

—¿Qué quieren saber? —preguntó Cheryl Mabbs.

—Es sobre Paul Bladen —explicó Agatha con impaciencia—. Por lo visto, parece que fue asesinado.

El interés asomó por primera vez a la cara de la chica.

—Y yo que creía que nunca pasaba nada emocionante en ese pueblucho de mierda. Yo prefiero una vida más cosmopolita, ya sabe —dijo, como si Leamington Spa fuera París—. ¿Y quién lo hizo?

—Eso es lo que queremos averiguar —declaró James—, ¿alguna idea?

Ella frunció el ceño en un gesto horroroso y dio un largo trago a su copa de *brandy* y sidra de peras Babycham.

—Podría haber sido cualquiera —contestó por fin.

—Y también está lo de la señora Josephs —añadió Agatha, y le contó lo del asesinato.

—Ya le dije que cargarse a su viejo gato le traería problemas —dijo Cheryl—. A él no le gustaban los gatos, eso es una verdad como un templo. Odiaba a esas pequeñas bestias. Pero engatusaba a las viejas con una invitación; siempre estaba sacando a cenar a una u otra.

—¿Por qué? —preguntó Agatha.

—¿Por qué iba a ser? —respondió Cheryl—. Por su dinero, supongo; ¿qué otra razón podría haber?

—¿Y para qué quería el dinero? —preguntó James lanzando una mirada comprensiva a Agatha, que en ese momento fulminaba a Cheryl—. Porque dejó una buena herencia.

—Ésa era mi impresión, nada más. Iba tras esa Freda Huntingdon; les pillé dale que te pego.

—¿Dónde? —preguntó Agatha, clavando una mirada triunfante en James.

—En la misma mesa de reconocimiento. Ella tenía las faldas levantadas hasta las orejas y él los pantalones bajados, en los tobillos. Casi me muero de risa. Pero ¿con las demás? Creo que no llegó más allá de cogerlas de la mano e invitarlas a cenar por ahí. Claro que tuvo que darle mucha coba a la señora Josephs, ¿no? Me refiero a que esa mujer le puso las cosas difíciles por lo del gato. Y luego estaba esa otra rarita, Webster, sí, así se llamaba.

Agatha volvió a fruncir el ceño. Calculó que Josephine Webster, la dueña de la tienda de flores secas, era seguramente más joven que ella.

—Ninguna de esas mujeres es tan mayor —objetó.

Cheryl se encogió de hombros.

—Para mí todas parecen tener un siglo —repuso Cheryl con la insensibilidad característica de los jóvenes.

—¿Y en Mircester también se dedicaba a esos coqueteos? —preguntó James.

—Por entonces yo no le conocía —respondió Cheryl—. Vi el anuncio de empleo en que se pedía una recepcionista para un veterinario y lo conseguí.

—¿Y qué va a hacer ahora?

—Trabajar en una residencia canina, en las afueras de Warwick. —La expresión de Cheryl se ablandó repentinamente—. Me gustan los animales. Mucho más que la gente.

—Lo único que hemos sacado de esa encantadora pareja —dijo James cuando volvían en coche a Carsely— era lo que esperábamos: que se dedicaba a engatusar a las señoras de Carsely...

—Y se tiraba a una —añadió Agatha con una sonrisa malévola.

—Debo confesar que me sorprendió mucho enterarme de eso de Freda —comentó

él con incomodidad—. ¿Crees que nuestra señorita Mabbs ha podido inventárselo?

—Ni por asomo —dijo Agatha, regodeándose.

—Ya, bueno, supongo que ahora deberíamos concentrarnos en la señorita Webster. Luego tenemos que visitar a la señora Mason. ¿Y quién era la otra a la que viste en el funeral?

—Harriet Parr.

—Las iremos a ver a todas mañana —decidió James—. Pero más vale no contarle a Bill Wong lo que estamos haciendo.

—Pese a todo —dijo Agatha—, no dejo de pensar que la clave de todo está en su exesposa. Ella debía de conocerle mejor que nadie. ¿Y quién era la mujer que contestó el teléfono la noche que llamé y dijo ser su mujer? Apostaría a que era nuestra señora con las faldas hasta los ojos, Freda Huntingdon.

—¿Te importaría olvidarte de Freda? —le pidió él.

Agatha le miró de soslayo cuando se acercaban a las luces naranjas de una rotonda. Su expresión era lúgubre. Maldita Freda, pensó con amargura Agatha, al tiempo que pisaba con más fuerza el acelerador y lanzaba el coche a toda velocidad hacia casa a través de la noche.

—¿Crees que hay un señor Parr, que está casada? —preguntó James el día siguiente mientras Agatha y él recorrían el pueblo para proseguir sus pesquisas.

—Apostaría a que no. Hay un montón de viudas por aquí; los hombres no viven mucho.

—Seguramente sólo les pasa a los casados —repuso James.

Se metió las manos en los bolsillos y empezó a silbar algo, una melodía compleja, seguramente Bach u otro pelmazo antiguo por el estilo, decidió Agatha.

La señora Harriet Parr vivía en un moderno bungalow en las afueras del pueblo. Cuando llegaron a su puerta, Agatha dijo de repente:

—Esto es una pérdida de tiempo.

—¿Por qué?

—No recuerdo haber visto a la señora Parr en la vicaría y si no estaba allí para oír lo que me dijo la señora Josephs, ¿cómo podría estar involucrada?

—Tal vez la señora Josephs fue por ahí contándolo.

—Oh, bueno, hagámoslo de una vez.

La señora Parr les abrió la puerta. Agatha empezó diciendo que no se conocían, pero que al señor Lacey y a ella les gustaría hacerle unas preguntas, y al momento se encontraron acomodados en un acogedor salón. Agatha contó seis gatos. Producía cierta sensación de claustrofobia ver tantos gatos juntos en una habitación. Le dio la impresión de que al menos algunos de ellos estarían mejor en el exterior.

La señora Parr era una mujer de constitución pequeña, de pelo negro rizado y una figura de reloj de arena extrañamente anticuada. Agatha concluyó que probablemente llevaba corsé. Tenía las mejillas curtidas y rojizas y una boca pequeña y fina que, al hablar, dejaba al descubierto unos dientes afilados.

Pasó un buen rato antes de que Agatha pudiera empezar a hacer preguntas, pues la señora Parr se dedicó a presentarles a cada gato. Después, la mujer se desvivió por James, le preguntó si estaba cómodo y le puso unos cojines en la espalda, hasta que finalmente corrió a buscar el té y «unos bollos especiales que preparo».

—No hay señor Parr —susurró Agatha.

—A lo mejor está trabajando —aventuró James.

La señora Parr volvió con una bandeja llena. Una vez servido el té y elogiada la esponjosidad de los bollos, Agatha dijo:

—A propósito, nos gustaría que nos contara lo que sabe sobre Paul Bladen.

La taza de la señora Parr tintineó sobre el platillo.

—Pobre Paul —dijo. Dejó la taza y el platillo en la mesita y se toqueteó los ojos con un pañuelo de papel arrugado—, tan joven y tan valiente.

—¿Valiente?

—Iba a fundar un hospital veterinario. Tenía grandes sueños; dijo que sólo podía explicármelos a mí. Yo era la única con la imaginación suficiente para compartir su visión. —Entonces se abrió la puerta principal—. Mi marido —susurró la señora Parr—. No...

Se abrió la puerta del salón para dar paso a un hombre alto y delgado de mediana edad, con la cara gris y una nuez prominente que oscilaba sobre el cuello rígido de la camisa.

—Son unos vecinos del pueblo, querido —explicó la señora Parr—. La señora Raisin y el señor Lacey. Los dos viven en Lilac Lane. Están probando mis bollos.

—¿A qué han venido? —preguntó el señor Parr bruscamente.

—Estábamos haciendo unas preguntas sobre Paul Bladen, supongo que lo conocerá, el veterinario al que encontraron muerto.

—Fuera de aquí —siseó el señor Parr, y mantuvo la puerta abierta—. ¡Fuera!

—Sólo estábamos... —empezó Agatha, pero no pudo pronunciar ninguna palabra más.

—¡Fuera de aquí! —gritó el hombre, esta vez a pleno pulmón, con la cara enjuta rezumando rabia—. Y no vuelvan. Déjennos en paz.

—Lamento mucho haberle molestado tanto —se disculpó James educadamente cuando él y Agatha pasaron por delante del irritado marido.

—¡Vete a la mierda, pijo gilipollas! —gritó el señor Parr, y escupió de lleno en la cara de James.

Siguió un silencio aterrador, salpicado sólo por los sollozos de la señora Parr. James se limpió lentamente la cara con un pañuelo. El señor Parr había empezado a temblar, espantado ante la enormidad de su acto. James puso sus grandes manos sobre los hombros del señor Parr y lo zarandeó, y con cada zarandeo, soltaba una palabra:

—No... vuelva... a... hacerme... eso... en... su... vida. —Entonces lo soltó de golpe y salió a grandes zancadas, con Agatha pegada a él—. Sí que estamos

removiendo porquería, Agatha —dijo con un suspiro, y se volvió para mirar el pulcro bungalow—. ¿Sabes? A veces, cuando volvía a casa de permiso, miraba las casitas como ésta desde el tren e imaginaba vidas acogedoras y tranquilas. Pero qué espantosos dramas emocionales se esconden tras las fachadas de estas casas con nombres tranquilizadores como Mon Repos o Shangri-La, qué caldos de cultivo para el asesinato.

—Oh, sí, es un lugar bastante animado; el campo, me refiero —convino Agatha de buen humor—. Me parece que estamos en el buen camino; es posible que la señora Parr tuviera un lío con Bladen. Veamos ahora qué nos cuenta Josephine Webster.

—Tal vez antes deberíamos visitar a Freda Huntingdon.

—¿Qué? ¿A esa zorrita? ¿Cómo puedes mirarle a la cara sin sonrojarte? —preguntó Agatha.

Él se paró y la miró, se metió las manos en los bolsillos y se balanceó ligeramente sobre los talones. Un leve destello de malicia brilló en sus ojos.

—Por el contrario, Agatha, me parece que la imagen de Freda Huntingdon con la falda levantada hasta las orejas resulta bastante atractiva.

Agatha siguió caminando. Muy bien, le harían una visita a Freda; De repente tenía la convicción, como en una reacción instintiva, de que era la asesina. Ella, Agatha Raisin, lo probaría. La policía se la llevaría a rastras y la condenarían a cadena perpetua. La apartarían para siempre de la sociedad y James no volvería a ver a Freda en su vida.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó James en tono quejumbroso desde algún lugar a sus espaldas—. Creía que no tenías muchas ganas de ver a esa mujer.

—He cambiado de opinión y he pensado que, después de todo, me apetece visitar a la querida Freda —le espetó Agatha.

Droon's Cottage, la casa que había comprado Freda, se hallaba en la parte de atrás del pueblo, sobre una elevación. Era una vivienda de estilo georgiano, con una espléndida glicina que caía sobre la puerta estilo Regency y cuyas flores empezaban a brotar.

—El timbre no funciona —indicó James, y Agatha frunció el ceño con desagrado ante esa demostración de lo bien que conocía la casa de Freda.

Doris Simpson, la mujer que limpiaba para Agatha, abrió la puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ésta, convencida de que esa excelente mujer de la limpieza era de su exclusiva propiedad, aunque Doris sólo iba a su casa un día a la semana.

—Limpio la casa de la señora Huntingdon, Agatha —repuso Doris, y Agatha pensó que al menos debería haber tenido el detalle de dirigirse a ella como «señora Raisin» delante de James.

—¿Está en casa? —preguntó él.

—No, James, ha ido a la finca de lord Pendlebury. Tiene un caballo y él se lo

guarda en sus cuadras. Oh, y Bert me ha dicho que te dé las gracias por los libros que le prestaste —añadió antes de despedirse.

—Nos acercaremos a la casa de Pendlebury y hablaremos con ella allí —decidió James.

—No sabía que conocías a Bert y Doris Simpson —comentó Agatha.

—A veces tomo una copa con ellos en el Red Lion. ¿Vamos andando hasta la casa de Pendlebury? Hace un bonito día.

Para cuando llegaron a Eastwold Park, Agatha maldecía sus pobres pies de mujer madura. Llevaba unos zapatos de ante negro y tacón bajo que hasta ese día le habían parecido de una comodidad milagrosa. Pero se habían desgastado de llevarlos por casa y en las breves caminatas entre su coche y las tiendas, a resultas de lo cual les habían salido unos rebordes y bultos de los que hasta entonces no había sido consciente.

Al acercarse a la puerta de la mansión, sintió que se encogía su alma de clase obrera. La sensación se intensificó con el olor a judías cocidas que llegaba desde la cocina y que le trajo vividos recuerdos de las sórdidas calles de Birmingham: bebés chillones, corpulentas mujeres agresivas y una pequeña Agatha que alimentaba el sueño de llegar a tener algún día una casa en los Costwolds. Sus padres parecían condenados desde siempre, pensó Agatha, a comer judías de lata o pescado con patatas fritas.

La señora Arthur abrió la puerta.

—Tiene compañía —señaló—. Están en las cuadras.

—Ya lo encontraremos —dijo James.

Agatha cojeó tras él hacia las cuadras. Freda y lord Pendlebury estaban fuera, hablando. Freda vestía una chaqueta de amazona de *tweed*, pantalones de montar y unas botas nuevas. Parecía recién salida de un anuncio satinado de *Country Life*.

—¡James! —gritó en cuanto le vio, corrió hacia él y le besó en la mejilla.

Agatha deseó no haber ido. Lord Pendlebury se acercó sigilosamente.

—¿Qué significa esto, joven? Estaba disfrutando de la compañía de esta preciosa dama antes de que nos interrumpiera. —Y dedicó a Freda una mirada de bobo. Entonces vio a Agatha—: ¡Buen Dios! —exclamó—. ¡Esta mujer otra vez!

Freda rio entre dientes y se colgó del brazo de James, sonriéndole.

—Hemos estado indagando sobre la muerte de Paul Bladen —empezó Agatha en un tono áspero y elevado—, y tenemos entendido que usted se enrolló con él.

—¡No me diga!

Freda miró a Agatha con repugnancia y entonces volvió la mirada en silencio hacia los dos caballeros, suplicándoles ayuda.

—Váyase de aquí, bruja, ¡fuera! —le espetó lord Pendlebury.

—Demasiado brusca, Agatha —murmuró James—. ¿Por qué no te vas a casa y lo dejas en mis manos? Iré a verte más tarde.

Con la cara roja, Agatha dio la vuelta y salió de allí mientras sentía las miradas de

todos clavadas en su espalda. ¿Por qué había sido tan franca? ¡Maldita Freda! Seguramente James abandonaría la investigación, y todo por culpa de esa zorra.

Le dolían los pies y se alegró de llegar a casa y ser recibida por el afecto poco exigente de sus gatos. Decidió que más le valía olvidarse de James y hacer unas preguntas por su cuenta a Josephine Webster. El teléfono sonó y, para su asombro y escarnio, reconoció la voz de Jack Pomfret.

—Escucha, Agatha —dijo en tono marrullero—. Lo reconozco, lo enfoqué de la manera equivocada. Sí, tú lo descubriste: me arruiné en España. Pero he montado un pequeño y rentable negocio y...

Agatha colgó y se dio cuenta de que temblaba de rabia. ¡Qué desfachatez! Casi le asustó que aquel hombre insistiera en sacarle dinero. «Piensa en otra cosa —se dijo—. Piensa en Josephine Webster». Y quedaba además la señora Mason, que también había asistido al funeral.

Pero estaba demasiado turbada para pensar con claridad. Pensó en servirse una copa, pero finalmente optó por no hacerlo: no iba a convertirse en una de esas personas que se toman una copa en cuanto algo las inquieta. Así que encendió el televisor y se dedicó a mirar sin prestar excesiva atención un culebrón americano hasta que logró relajarse. Una hora más tarde sonó el timbre y se puso en pie de un salto, nerviosa, casi temiendo que Jack Pomfret la hubiera seguido hasta el campo. Pero era James Lacey quien estaba en la puerta.

—Siento lo ocurrido —se lamentó—, pero entraste demasiado fuerte, Agatha. Freda sabe que no te cae bien, así que no va a aceptar de buena gana que tú la interrogues.

—¿Y tú le has sonsacado algo? —quiso saber ella.

—Cuando conseguí librarme del babeante Pendlebury mantuve una charla con ella. Dice que tuvo un pequeño lío con Bladen, pero que no fue a más. Señaló, con todo su derecho, que es una mujer soltera y libre, y que puede hacer lo que le plazca. Fue bastante franca acerca del asunto.

—Pero ¿por qué en la consulta? —preguntó Agatha—. Los dos tienen casa y cama propias. ¿No te sugiere eso que se trató más de un acto pasional que de un lío sin importancia?

—Bueno —repuso él con torpeza—. Freda es una chica peculiar.

—Será más bien una mujer madura peculiar, ¿no?

—No discutamos por ella; no creo que sea motivo de preocupación. Probemos con Josephine Webster.

Contenta de tener una excusa para estar otra vez con él y lejos del teléfono, Agatha lo acompañó a la tienda de Josephine Webster. En realidad no se trataba de una auténtica tienda: era una casa adosada de la calle principal y ella utilizaba lo que habría sido el salón para exhibir sus mercancías. El local era oscuro y estaba saturado del olor a canela y jengibre de los jabones de hierbas y perfumes. De las vigas del techo pendían ramos de flores secas y en las paredes colgaban sombreros de paja

adornados también con flores secas.

La pulcra señorita Webster estaba sentada en un rincón de la sala, haciendo cuentas. Resuelta a mostrar más tacto, Agatha compró una pastilla de jabón de sándalo, hablaron sobre la Carsely Ladies' Society, del tiempo y por fin llegaron al tema de Paul Bladen.

—Una muerte muy desgraciada —comentó la señorita Webster, mirando a Agatha por encima de unas gafas de montura dorada—. Un lamentable accidente.

—Pero ahora, a la vista del asesinato de la señora Josephs —intervino James—, la policía empieza a sospechar que alguien pudo haber asesinado a Paul Bladen.

—Eso es absurdo. No me lo puedo creer.

—Hay una unidad móvil de la policía desplegada en las afueras del pueblo —señaló él—, y no creo que se deba sólo a la señora Josephs.

La cara de la mujer adoptó una expresión crispada y hermética.

—Estoy muy ocupada. Si no quieren comprar nada más, les ruego que se vayan.

—Pero usted debía de conocer bien a Paul Bladen —insistió Agatha—, la vi en su funeral.

—Asistí para ofrecer mis condolencias, pero no me caía bien —replicó ella—. Las vecinas del pueblo fuimos sólo por una cuestión de respeto. Las de fuera, como usted, sin duda acudieron movidas por una vulgar curiosidad. Si quiere mi consejo, deje que la policía se ocupe de la investigación.

—Siempre lo mismo, nos echan con cajas destempladas —comentó James ya en la calle—. Lo único que conseguimos es que nos insulten. ¿Qué me dices de la señora Mason?

—Al menos, ella nos recibirá bien —dijo Agatha—. Vive en las viviendas de protección oficial.

—¿Qué tal los pies?

—Ahora bien. Me he cambiado de zapatos.

La señora Mason ciertamente los recibió con calidez: más té y bollitos, cotilleos sobre el pueblo. Pero Agatha empezó a removerse, inquieta. En el pueblo se estaba llevando a cabo una gran investigación por asesinato y era muy raro que la señora Mason no lo mencionara.

—Hay un montón de policías por todas partes —tanteó Agatha.

—Sí, la pobre señora Josephs. Me cuesta creerlo; yo pienso que se quitó la vida. Estaba muy afectada por lo de su gato.

—Eso fue un acto infame por parte de Bladen —intervino James—. Claro que por eso ahora la policía cree que lo asesinaron.

Siguió un largo silencio mientras la señora Mason lo miraba fijamente, envarando su corpulenta figura.

—Eso es absurdo —dijo por fin—. Nadie asesinaría al señor Bladen.

—¿Por qué?

—No era el tipo de persona a la que asesinan. Era un hombre resuelto y con ideas

propias. Una buena persona.

—No tan buena con el gato de la señora Josephs.

—Eso fue eutanasia. Me contó que el viejo gato se moría de dolor.

Agatha se inclinó hacia delante.

—Pero piénselo un momento, señora Mason, sólo imagine que alguien asesinó a Paul Bladen. ¿Se le ocurre algún móvil?

—No, no se me ocurre. Y no quiero mezclarme en estos asuntos, señora Raisin. No me apetece; no es decente. A lo mejor así es como se comporta la gente en la ciudad, pero...

—¿Ni siquiera quiere saber quién asesinó a la señora Josephs?

—Sí, me gustaría, pero eso le compete a la policía.

No pudieron sonsacarle nada más y regresaron a casa de Agatha.

—Me gustaría probar otra vez con la exesposa, la señora Bladen —comentó ésta—. Pero sin duda nos cerrará la puerta en las narices.

—¿Qué te parece —propuso él— si volvemos a visitar a Bunty Vere-Dedsworth? A lo mejor nos ayuda a convencer a Greta Bladen para que hable.

—Pues vamos —aceptó Agatha con entusiasmo, temiendo que si se quedaban más tiempo en Carsely, Freda se presentara ante su puerta en cualquier momento.

SIETE



Estaban a punto de salir cuando sonó el teléfono. Agatha se sobresaltó y lo miró como si fuera una serpiente siseante. ¿Era Freda? ¿O era Bill Wong para pedirles que se ocuparan de sus asuntos y dejaran la investigación en manos de la policía? Bill siempre había tenido la desagradable habilidad de adivinar qué se traía ella entre manos.

Cogió el teléfono y contestó en un tono dubitativo:

—¿Diga?

—Escúchame, Agatha —dijo la voz de Jack Pomfret con seriedad—, esto es ridículo. Yo...

—¡Desaparece de mi vida y déjame en paz! —gritó ella, y colgó el teléfono. Entonces se irguió y se secó las palmas húmedas de las manos en la falda—. Está loco —murmuró—. Podría matarle.

—¿A quién? ¿Estás bien, Agatha?

Ella sacudió la cabeza como si quisiera despejársela y suspiró.

—Es un antiguo conocido. Está intentando sacarme dinero. Quiere montar un nuevo negocio y que lo pague yo. Sabe que he descubierto que quería estafarme, pero está loco y sigue llamando. Me siento humillada; y amenazada.

El teléfono sonó otra vez y Agatha se sobresaltó.

—Permíteme —dijo James, que cogió el auricular y escuchó. Acto seguido dijo en un tono gélido—: Soy el marido de Agatha Raisin; me ocupo de todos sus asuntos financieros. Una llamada más por su parte e indicaré a la policía que examine de cerca sus transacciones económicas. —James miró el aparato antes de colgar y sonrió.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Agatha.

—Ha chillado asustado y ha colgado. No volverás a saber de él.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque, mi querida Agatha, vivimos en un mundo chapado a la antigua, por más duras e independientes que se hayan vuelto las mujeres. Ahora cree que tiene que tratar con un marido furioso. Vamos, pareces demasiado alterada para conducir.

Al subir al coche de James, Agatha sintió una calidez que se filtraba por todo su cuerpo. Había dicho que era su marido. Vaya, tenía que encontrar el modo de contárselo a Freda Huntingdon.

El día amenazaba tormenta; sombras de grandes nubes recorrían los campos, en los que el maíz susurraba bajo el esquivo sol. El corazón de Agatha cantaba, y su voz también:

—Oh, qué mañana más espléndida.

—Es la tarde —dijo James. Luego encendió la radio, lo que constituía un reproche directo, y Agatha se sumió en el silencio.

La casa señorial seguía respirando el mismo aire tranquilo y acogedor. Daba más

la sensación de haber surgido del propio paisaje que haber sido construida sobre él.

—Así que han vuelto —dijo Bunty, que parecía encantada—, precisamente iba a tomar un café.

—Necesitamos su ayuda —explicó James cuando todos se hubieron acomodado en la confortable cocina.

Esbozó brevemente lo sucedido y le explicó que estaba convencido de que Greta Bladen podría ayudarles. Bunty escuchó con atención, los ojos centelleantes de interés.

—Como ya les comenté, conozco a Greta —dijo—. En este pueblecito nos conocemos todos. La telefonaré y le pediré que venga. —Salió y volvió al cabo de un momento anunciando que Greta ya estaba de camino—. Más vale que me dejen hablar a mí —les pidió—. Puede ser muy suspicaz.

Y suspicaz pareció Greta cuando entró en la cocina y se detuvo en seco al ver a Agatha y a James.

—Greta, no puedes escabullirte cada vez que la gente te hace preguntas sobre la muerte de Paul —dijo Bunty con firmeza—. Ese hombre no te caía bien, pero no querrás que un asesino campe a sus anchas por los Costwolds. Siéntate y tómate un café. Mira, todos creemos que si conociéramos un poco mejor a Paul Bladen, tal vez podríamos adivinar cuál de los sospechosos pudo haberlo hecho.

—Entre los cuales me cuento yo —soltó Greta con amargura, pero se sentó y se quitó el abrigo corto—. Bueno, es una historia aburrida —continuó—. Como ya se habrán dado cuenta, yo era diez años mayor que Paul. Cuando lo conocí, él era veterinario en Leamington Spa, donde yo vivía. Por entonces, yo tenía un perro al que quería con devoción, del modo en que sólo aquellos que no son amados pueden querer a los animales.

Agatha, que había estado pensando en sus gatos, bajó la mirada a la taza de café.

—Llevé el perro al veterinario para que le pusiera unas inyecciones. Paul era encantador y, cuando me invitó a salir, no pude sentirme más afortunada. Mis padres habían muerto y me habían dejado una casa y una razonable suma de dinero. Fue lo que en las novelas románticas llaman un cortejo apasionado. Al poco de casarnos, una mañana encontré muerto a mi perro; el día anterior, el animal estaba fuerte y sano. Paul se mostró muy comprensivo, le practicó la autopsia y estableció que había muerto de un ataque al corazón. Sólo años más tarde sospeché que lo había envenenado. Por raro que parezca tratándose de un veterinario, lo cierto es que odiaba a perros y gatos. Me contó sus sueños de abrir un hospital veterinario, dijo que le pondría mi nombre y yo le di una considerable suma de dinero para que empezara.

»A lo largo del año siguiente, me entretuvo con cuentos sobre la parcela de terreno que había comprado y en la que habían empezado a trabajar los contratistas. Yo me emocionaba y le pedía que me la enseñara, pero él me decía que quería que fuera una sorpresa. “Al menos, dime dónde está”, le pedí, y me contó que en Chimley Road, en las afueras de Mircester. Empezó a volver tarde a casa y siempre se

excusaba diciendo que era porque se acercaba a ver las obras al salir del trabajo. Luego me anunció que nos mudábamos a Mircester para estar cerca del nuevo hospital. Esta vez no me pidió dinero; dijo que ya tenía una casa preparada, pero que tenía que prometerle que no me acercaría por Chimley Road hasta que él estuviera preparado para darme la sorpresa.

»Yo estaba muy enamorada de él. —Greta suspiró—. Y así iban las cosas hasta que me encontré con su socio, Peter Rice, en una fiesta. Hay que decir que yo ya conocía a Peter; éramos viejos amigos, así que me pareció que no pasaba nada si le preguntaba si seguirían con la consulta cuando se inaugurara el nuevo hospital veterinario.

»Y entonces me preguntó: “¿Qué hospital veterinario?”. Yo se lo conté todo, él me miró con expresión de pena y me dijo que por qué no me acercaba a Chimley Road y echaba un vistazo. Alarmada, fui al día siguiente. Allí sólo había una larga hilera de casas adosadas; ni rastro de ninguna obra nueva.

»Se lo eché en cara a Paul, que empezó diciendo que la cosa no había salido bien allí, así que estaba construyendo en Leamington, y cuando le repliqué que no le creía, finalmente me contó la verdad: jugaba, era un jugador empedernido. No sólo había dilapidado en el juego todo el dinero que le había dado, sino que necesitaba más para pagar sus deudas. Me negué y él se puso furioso. Me soltó que sólo se había casado con una vieja bruja como yo por mi dinero. Sí, en aquel momento lo habría matado. Pero lo que quería era desembarazarme de él, así que conseguí que aceptara la separación y el divorcio posterior. En caso contrario, le amenacé, se lo contaría todo a Peter Rice.

—Entonces —concluyó James—, una de sus amantes pudo haberle matado al enterarse de que la estafaba.

—Eso difícilmente puede ser razón suficiente para asesinar a nadie —objetó Bunty.

—Oh, por supuesto que lo es —repuso Agatha pensando en Jack Pomfret.

—Bien, ya tienen lo que querían de mí —declaró Greta con voz cansada—, ¿puedo irme?

—Claro, querida —dijo Bunty—. Pero tienes que entender lo importante que es descubrir quién cometió ese acto tan espantoso.

Greta se levantó.

—¿Por qué?, ¿por qué es tan importante? Murió sin sufrir. Era un hombre cruel y un inútil.

—Pero también está el asesinato de la señora Josephs —señaló Agatha sin alterarse—. Debe de haberlo leído.

—Sí, pero ¿qué tiene que ver con Paul?

—Ella me dijo que me lo contaría todo sobre él —explicó Agatha—, y al día siguiente estaba muerta.

Greta negó con la cabeza, perpleja.

—No puedo hacerme a la idea de que la muerte de Paul no fuera un accidente. No conozco a esa señora Josephs..., quiero decir que no la conocía. Pero seguramente su muerte no tiene nada que ver. —Se le quebró la voz—. He hecho cuanto he podido por ustedes. Por favor, no vuelvan a molestarme.

Tras su marcha se hizo un largo silencio.

—Pobre mujer —dijo por fin Bunty.

—Sí, tal vez. —Agatha entrelazó los dedos con fuerza alrededor de la taza de café—. Por otro lado, seguramente es quien tenía más razones para matar a Paul. Debe de conocer el Immobilon y es posible que tuviera acceso a la adrenalina si él había dejado medicamentos en casa cuando la abandonó.

—Te olvidas del robo en la consulta —observó James.

—La policía parece creer que se cometió después de la muerte de la señora Josephs.

—Tantas mujeres, tantas sospechosas —se lamentó James—. Pero ya le hemos robado demasiado tiempo, Bunty.

Le dieron las gracias y se marcharon.

—Sabemos una cosa —dijo Agatha ya en el coche—. Es el dinero, y no la pasión, lo que parece estar en el fondo de todo este asunto. Mira, Jack Pomfret no me sacó dinero, ¿no? Pero el simple hecho de que intentara engañarme, el hecho de que tenga la caradura de llamarme, hace que me entren ganas de matarle, me produce temor y a la vez un odio visceral, ¿lo entiendes?

—Sí, creo que sí. Si alguna de esas mujeres, cualquiera de nuestras sospechosas, me refiero, menos Greta, le dio dinero, eso constituiría un móvil. Podríamos pasarnos por Mircester y preguntarle a Peter Rice qué ha sido de la cartilla de ahorros de Paul Bladen.

Agatha estuvo de acuerdo, encantada ante la perspectiva de pasar más tiempo en compañía de James.

La consulta vespertina del veterinario de Mircester estaba cerrando. Esta vez Peter Rice les saludó con bastante amabilidad, pero torció el gesto cuando le preguntaron si conservaba alguna de las cartillas de Paul Bladen.

—Me deshice de todos sus papeles y prendí una hoguera con ellos —dijo—. He puesto la casa en venta y difícilmente podría deshacerme de ella con toda esa basura. Le pregunté a Greta si quería algo, pero no quiso nada, así que di su ropa a la beneficencia y lo que quedaba en la casa se vende con ella.

—¿Cuál era su banco? —preguntó James.

—El Cotswold and Gloucester. Pero, por lo que sé, el director de un banco no está autorizado a revelar información sobre las cuentas de sus clientes, ni aunque hayan fallecido.

—¿No habrá advertido si últimamente Paul había recibido grandes sumas de dinero de mujeres? —quiso saber Agatha.

Él se rio con ganas.

—Ya no era tan joven como para ejercer de gigoló de mujeres mayores. Los abogados sólo me entregarán el dinero que quede una vez hayan cobrado sus honorarios y pagado los costes del funeral. Me temo que se ha llevado consigo a la tumba sus transacciones bancarias. Pero ¿por qué lo pregunta? No le habrá estado timando, ¿no?

—Sólo era curiosidad —contestó Agatha—. Me refiero a que todo esto es muy extraño, ahora que se ha descubierto que alguien asesinó a la señora Josephs. Es decir, eso hace que la muerte de Paul Bladen parezca también un asesinato.

—Pues a mí no me lo parece —replicó Peter—. Lord Pendlebury me pidió que acabara la operación y le dije que no volvería a tocar el Immobilon en mi vida.

—Vamos a comer algo —sugirió James cuando salieron de la consulta.

Eligieron un *pub* cercano, no el del lavamanos que había destrozado Agatha, y empezaron a hablar de las sospechosas, o mejor dicho, Agatha habló de ellas, mientras un cariacontecido James fruncía el ceño ante la cerveza.

—Me parece que no has escuchado una palabra de lo que he dicho —se quejó Agatha, enojada.

—Tan sólo a medias. La verdad es que estaba pensando en cometer un delito.

—¿Tú?

—Sí. Estaba pensando en robar el Cotswold and Gloucester Bank.

—Pero eso es imposible. Habrá sofisticadas alarmas antirrobo, rayos láser, sensores y Dios sabe cuántas cosas más.

—Tal vez no. Acabemos la bebida y este bocado, y acerquémonos a echar un vistazo.

El banco era una tienda remodelada en una calle lateral con viejos edificios de estilo Tudor cuyos aleros salientes llenaban el cielo nocturno sobre sus cabezas.

—Alarma antirrobo, claro —dijo James—. Echaremos un vistazo por atrás a ver si podemos entrar.

Una callejuela corría paralela a la parte de atrás del banco y las tiendas. Había una sucesión de garajes y altas vallas de madera, todas con un aire cerrado e inexpugnable. James fue contando las casas.

—Ésta es la parte de atrás del banco —señaló—; antes era un jardín. Seguramente, no habrán conectado la alarma a la puerta de madera de esta pared.

Se sacó del bolsillo una pequeña cartera con tarjetas de crédito. Agatha reprimió el impaciente comentario que estaba a punto de hacer: que sólo en las películas había visto a alguien abrir una cerradura con una tarjeta de crédito. Él escogió una. Agatha se dio la vuelta y miró la calle, iluminada con farolas de vapor de sodio, lo que confería un aire irreal a la situación y, pensó con espíritu más práctico, le teñía los labios de un tono morado. Oyó un clic y se dio la vuelta: la puerta estaba abierta.

—Asombroso —dijo.

—Entremos antes de que alguien nos vea —susurró James.

Agatha le siguió dentro. Él cerró la puerta tras ellos y sacó un bolígrafo linterna.

—Ya lo has hecho antes —le acusó Agatha.

Él no respondió y siguió adelante por un estrecho sendero entre dos parcelas de césped.

—Mira —murmuró—, ahí: una cocina en la parte de atrás.

—¿Para qué quiere un banco una cocina?

—Es donde se prepara el té el personal. Un vestigio de cuando el local era una tienda. Ahora, déjame ver... —El delgado rayo de la linterna recorrió parpadeando el edificio, arriba y abajo—. No veo ningún indicio de que hayan colocado una alarma —dijo—. Voy a probar. Prepárate para salir pitando por si acaso.

—Pero tal vez no oigamos ninguna alarma —dijo Agatha, devorada por los nervios—. Puede que sólo suene en la comisaría.

—¿Dónde está tu espíritu aventurero? —se burló él.

Volvió a sacar la tarjeta y Agatha rezó para que esta vez no pudiera abrir la puerta. Se imaginaba coches patrulla que irrumpían en tropel por la calle, agentes con megáfonos, la mirada de reproche de Bill Wong. Pero lo único que oyó fue la voz de James que decía tranquilamente:

—Está abierta. Vamos.

El corazón le latía con tal fuerza que estaba segura de que sus pulsaciones se oírían a kilómetros de allí. La puerta de la cocina se cerró tras ellos y el rayo de la linterna se desplazó raudo a izquierda y derecha. James abrió una puerta que conducía más allá de la cocina y se encontraron en una sala cuadrada llena de mesas y ordenadores.

—La oficina —dijo James—, que es lo único que nos hace falta. Menos mal. ¿Ves esa puerta de ahí? Es la que da al banco propiamente dicho, donde está el dinero.

Agatha se estremeció. Encima de la puerta se veía la caja de una alarma y una luz roja les iluminaba constantemente desde allí, como un ojo furioso.

—Bien —dijo él—, ponte cómoda. Esto podría llevarnos cierto tiempo. En esta oficina no hay ventanas salvo la que da al banco, lo que nos viene bien porque si no podrían ver la luz de la pantalla del ordenador desde la calle.

Agatha se sentó en un rincón y aguardó, demasiado asustada para mirar lo que él hacía, aunque notó que un monitor cobraba vida parpadeando y oyó el sonido apagado de cajones que se abrían y cerraban.

Había sido un día muy largo y el miedo la hizo caer en un suave sopor. Se le cerraron los ojos. Se despertó cuando James le zarandeó los hombros.

—¡Nos han descubierto! ¡La policía! —empezó a gritar Agatha.

—Chiss. He localizado su cuenta —dijo James en voz baja.

—Muy bien. ¿Podemos salir ya de aquí?

—Sí; he tomado notas. Ahora con sigilo.

Mientras Agatha le seguía por fin a través del sendero del jardín, pensó que encima de las tiendas contiguas debía de vivir gente, personas que en ese momento estarían observando a las dos figuras que recorrían el patio y que cogerían el teléfono,

pero al echar una mirada hacia atrás, todo estaba tan oscuro y silencioso como antes.

Sólo cuando estuvieron a salvo en el exterior, se dio cuenta de que el miedo la estaba afectando físicamente.

—Tengo que encontrar un lavabo..., y rápido —dijo jadeando.

—¿Te encuentras mal?

—No, tengo que hacer pis —repuso Agatha—. Una marea de pis está a punto de desbordarse y salirme por los ojos.

—Volveremos al *pub* —sugirió él—. No está lejos.

Agatha maldijo su propia vulgaridad, pero volvió al *pub* casi a la carrera.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Se sentía estupendamente: el miedo ya no la acogotaba y había ido al baño.

—¿No quieres saber qué he descubierto?

—Sí, claro.

—Escucha. En el breve periodo que Paul Bladen estuvo en Carsely recibió varios ingresos en su cuenta: uno de veinte mil libras, uno de quince mil, uno de nueve mil, uno de cuatro mil, cuatro ingresos de cinco mil y uno de quinientos. Eso, sin contar su salario.

—¿Quién los realizó?

—Ahí está el problema: no está especificado. He estado pensando. Me gustaría entrar en su casa; podíamos hacerlo esta noche.

—Hora de la última ronda, por favor, señoras y caballeros. Si son tan amables... —gritó el camarero.

—¡Qué tarde es! —exclamó Agatha—. Bueno, podríamos empezar mañana por la mañana temprano y...

—No, esta noche. —Miró el abrigo rojo cereza de Agatha—. Necesitamos ropa oscura.

«¿Qué clase de monstruo he despertado?», pensó Agatha, mirando la animada cara de James. Todavía estaba a tiempo de decirle que fuera solo y, aun así, no podía negar la emoción de la aventura, una aventura que podría desembocar en... Se movían a tientas en la oscuridad, en la casa de Paul Bladen. «¿Qué es esto?», decía ella y él la agarraba con fuerza. «Nada —respondía sin soltarla—. Tu perfume huele de maravilla, oh, Agatha», y acercaba los labios a los suyos.

—¡Agatha! Deja de soñar despierta y vamos —dijo James secamente.

Agatha apartó la imagen de ensueño de su mente y parpadeó, vagamente irritada por que la hubiera despertado antes de llegar a besarla.

De vuelta en casa, Agatha se cambió y se puso unos pantalones negros y un suéter también negro. Se preguntó si él querría que se ennegreciera también la cara. Mejor esperar a ver. James llamó a la puerta a la una de la madrugada. También se había puesto unos pantalones y un suéter negros.

—Menudo escándalo se armaría si nos descubrieran —comentó él jovialmente—. Sólo espero que nadie me haya visto venir a tu casa a esta hora de la noche.

Agatha pensó en Freda y deseó con toda su alma que sí le hubieran visto. James, que en el *pub* sólo había bebido agua mineral, prefirió conducir de nuevo. Agatha se acurrucó en el asiento del pasajero y soñó que emprendían su luna de miel.

—Sólo como precaución —decidió James—, aparcaremos a una calle de distancia e iremos andando.

La casa de Paul Bladen se alzaba silenciosa y cerrada en una calle de villas victorianas. Agatha recordó su última visita y se alegró de haber huido a la carrera. James miró a ambos lados de la tranquila calle, bordeada de cerezos en flor. Sopló una suave brisa y las flores llovieron sobre ellos.

—¿No es una pena —se lamentó James— que tanta belleza sea tan fugaz?

—Gran verdad —dijo Agatha con un filo de ironía—. Pero si te quedas aquí mucho más tiempo admirando las flores, alguien acabará por descubrirnos.

Él emitió un leve suspiro y Agatha se preguntó si no preferiría estar con alguien que compartiera su amor por la belleza.

—Creo que, dado que no hay nadie a la vista, podríamos ir directamente a la puerta principal —observó James en voz baja—. El porche es oscuro y cuando llegemos ahí quedaremos bien ocultos.

—Entonces ¿para qué nos hemos molestado en ponernos ropa oscura si no vamos a colarnos por detrás? —preguntó Agatha.

—Porque podría tardar un poco en abrir la puerta y, si vamos vestidos de negro, es más difícil que un transeúnte ocasional nos vea desde la calle.

Una vez a cubierto en el porche, enfocó el rayo de su bolígrafo linterna a la puerta y al instante la apagó.

—Cerradura de cilindro —constató, satisfecho—. Y un bonito cristal de colores en la puerta. Me pregunto si Peter Rice sabe que hoy en día las vidrieras victorianas se pagan bien.

—Termina de una vez —le apremió Agatha, que miraba nerviosa hacia atrás, por encima del hombro.

Y entonces oyeron el sonido de unos pasos lentos que se acercaban por la calle, y se envararon.

—Quédate muy callada en el rincón, con la cara vuelta hacia la pared, y no te muevas —ordenó James en voz baja.

Se quedaron petrificados. Los pasos se acercaban, deteniéndose de vez en cuando.

—Vamos, *Spot* —dijo una voz irritada de hombre. Alguien que paseaba al perro.

Agatha notaba el sudor que le corría por la cara. Y entonces, para su horror, oyó el leve golpeteo de unas patas a sus espaldas y sintió que un perro le olisqueaba los tobillos, mientras los pasos del dueño se acercaban por el sendero del jardín.

—Sal de ahí —gritó el hombre.

«Por favor, Dios mío —suplicó Agatha—, sácame de ésta y nunca más volveré a

ser mala». El perro se alejó sin hacer ruido.

—Voy a ponerte la correa —dijo la voz del dueño.

Se oyó entonces un clic metálico y luego los pasos se alejaron lentamente por el jardín y al momento por la calle.

—¡Fiuuu! —suspiró Agatha—. Ha estado cerca. Deberíamos haber fingido que éramos una pareja de tortolitos —añadió, esperanzada—. Así, si nos hubiera visto, se habría largado.

—Todo lo contrario —replicó James—, nada enfurece más a un urbanita que la visión de una pareja besuqueándose en una propiedad ajena. —Sostenía en la mano un manojo de delgadas herramientas metálicas.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó Agatha—. No serás un ladrón jubilado, ¿verdad?

—Eran de un colega del regimiento. Ahora, no molestes mientras trabajo.

Agatha se quedó a su lado, pero no paraba de moverse. Esperaba que el desodorante que tanto anunciaban y que se había puesto funcionara. Él fue probando una herramienta tras otra hasta que se oyó un suave clic. Al momento, Agatha se encontró en el recibidor donde le había entrado el pánico la noche que Paul Bladen la había abordado.

—Bien —dijo James con voz tranquila—, entra bastante luz de las farolas de la calle y las cortinas no están corridas, así que ahora buscaremos una especie de estudio o mesa de trabajo.

Agatha abrió una puerta del recibidor.

—Yo echaré un vistazo por este lado —señaló—. Tú mira por el otro.

Veía vagamente que las ventanas de la habitación en la que había entrado daban al jardín de la parte de atrás y, más allá, a unas vías de ferrocarril. Se movió cautelosamente en la penumbra, palpando en busca de una mesa. Parecía que estaba en el salón: sofá, mesita, sillones. De repente, un tren nocturno de pasajeros que se dirigía a Oxford circuló estruendosamente por la vía que había al fondo del jardín y luego se detuvo. Agatha se agachó. Las luces de los vagones brillaban y penetraban en la sala. Había pocas personas dentro; unas leían, otras miraban al vacío. Entonces, con un silbido, el tren arrancó, aceleró poco a poco y finalmente se perdió rugiendo en la noche.

Agatha se levantó, se abrió paso con piernas temblorosas hasta la puerta y tropezó con algo que cayó con estrépito mientras ella maldecía en voz alta.

James entró y le dijo en tono exasperado:

—Procura no hacer ruido, Agatha. He encontrado el estudio, ven. Está al otro lado del recibidor.

—No pasa nada. No me he hecho daño —replicó ella con sarcasmo—. Acabo de volcar algo.

La linterna apuntó hacia abajo. Un revistero de estilo Canterbury yacía de lado, y los papeles y revistas se habían esparcido por el suelo.

—Creo que Rice lo habría tirado de todas formas —se quejó James, recogiénolas y colocándolas en su sitio tras poner en pie el revistero—. No aumenta mucho el valor de la vivienda.

Atravesaron el recibidor con sigilo y entraron en el estudio. James se acercó a una mesa que había junto a la ventana y abrió con cuidado los cajones.

—Aquí no hay nada —masculló—. Quizá más abajo. —Abrió otro cajón y sus dedos encontraron algo al fondo. Sacó una carpeta—. Vamos al recibidor para que pueda iluminarla con la linterna.

El delgado rayo de luz descubrió cartillas, una libreta de depósito y extractos de cuentas metidos en una carpeta de cartón.

—Podemos sacarla de aquí y llevárnosla a casa —dijo James.

—¿No la echarán en falta? —preguntó Agatha.

—No. Rice dijo que había quemado todos los documentos y la carpeta estaba metida al fondo del cajón de abajo. En todo caso ya la habría echado en falta.

Agatha, encantada de estar de nuevo en la calle al aire fresco, corrió alegremente por el sendero del jardín, tropezó con algo y se cayó de bruces. Se oyó entonces un taco de Agatha, el ladrido de dolor de un perro y luego aquella maldita voz que gritaba:

—¡Spot!

El perro corrió hacia su dueño y James ayudó a Agatha a ponerse en pie.

—¿Qué están haciendo ahí? —se oyó la voz del dueño del animal.

Ambos se acercaron caminando a la puerta del jardín, donde un hombre sostenía un pequeño perro blanco bajo la farola; en su cara asomaba la sombra de la sospecha.

—¿Le ha dado una patada a mi perro? —preguntó, iracundo.

—Mi esposa tropezó con él en la oscuridad —explicó James con frialdad.

—¿Ah, sí? ¿Y qué están haciendo aquí a estas horas de la noche? —preguntó el dueño del perro.

—No veo qué puede importarle a usted, pero mi esposa y yo estábamos viendo nuestro nuevo hogar. Acabamos de hacer una oferta por esta casa y me gustaría aprovechar la ocasión para advertirle que debe llevar ese animal suyo atado con correa e impedir que se meta en propiedades privadas. Vamos, Agatha.

Agatha, plenamente consciente de lo extraños que debían de parecer con sus atuendos negros, pasó junto al hombre esbozando una débil sonrisa. Sintió que los ojos de éste les taladraban la espalda mientras se dirigían hacia el coche.

—Vamos a casa —dijo James—. No veo la hora de echar un vistazo a esas cuentas bancarias. Qué tipo más horrible. ¿Qué clase de hombre va por ahí paseando a su perro a estas horas de la noche? Seguramente será un maníaco sexual.

Agatha se rio entre dientes.

—Seguramente no es más que un respetable insomne del extrarradio, o puede que su perro sea incontinente, y ahora se estará preguntando qué clase de gente va a ver su propia casa en plena noche.

—Todo es culpa tuya —observó James—. Deberías mirar por dónde pisas.

—¿Cómo iba a saber yo que el maldito perro estaría ahí? —replicó Agatha.

—No lo sé. Parece que nunca llevas el calzado adecuado; siempre vas cojeando o tropezando.

—¿Estamos teniendo nuestra primera pelea? —preguntó Agatha con ternura.

Siguió un largo silencio.

—Lo siento; estoy un poco tenso —dijo James al fin—. No debería desahogarme contigo. La verdad es que no estoy acostumbrado a perpetrar allanamientos de moradas.

—Estás perdonado.

—No era una disculpa —repuso él—, sólo una explicación.

—Y entonces ¿por qué has dicho que lo sentías?

Siguieron riñendo todo el trayecto de vuelta, pero ninguno de los dos quería irse a sus respectivos hogares hasta haber examinado el contenido de la carpeta. Fueron a casa de James; una vez allí, él encendió la chimenea y se sentó en un sofá a un lado del fuego, mientras que Agatha se acomodó en el de enfrente.

—Ah, aquí está la cuenta de depósitos —dijo él—. ¡Dios bendito!

—¿Qué?, ¿qué has encontrado?

—Hizo efectivo un cheque de Freda por valor de... veinte mil libras.

—Mira tú lo que nos trae el movimiento de liberación de la mujer —se burló maliciosamente Agatha—. Pocas veces la mujer paga al hombre.

—Los otros son de... déjame ver: quince mil libras de la señora Josephs, nueve mil de la señorita Webster, cinco mil de la señora Parr, cuatro ingresos más, todos de cinco mil, de Freda, y quinientos de la señorita Simms. Oh, y cuatro mil libras de la señora Mason.

—¡Freda! —exclamó Agatha, triunfante—. ¿Te das cuenta de que sus ingresos a Bladen ascienden a cuarenta mil libras? Cualquier mujer a la que le hubieran timado esa suma tendría ganas de matar a alguien.

Él pareció incómodo.

—Conozco a Freda bastante bien. Parece ser muy rica...

—Nadie es tan rico —insistió Agatha.

Él se estiró y bostezó.

—Estoy cansado. Más vale que lo dejemos por esta noche. Deberíamos llevar todo esto a la policía mañana, ¿no crees?

Agatha pareció horrorizada.

—¿Y explicarles cómo lo hemos conseguido?

—Podríamos decir que estábamos viendo la casa.

—Y los de la inmobiliaria declararán que nunca hemos hablado con ellos. Mañana visitaremos a todas estas mujeres. Más habría valido que dejaras a Freda en mis manos.

Agatha pensó con rabia en cómo podía disuadirle de ver a Freda a solas, pero

optó por consultarlo con la almohada. Sin embargo, los acontecimientos se desarrollaron de tal modo que fue ella quien finalmente se enfrentó a Freda.

A la mañana siguiente se despertó de un sueño profundo con el sonido del timbre repicando en sus oídos.

Se puso una bata, se calzó unas zapatillas y fue a abrir. Allí estaba Freda, con su ruidoso perro acurrucado en los brazos.

—¿Está aquí James? —preguntó rápidamente—. Nadie contesta en su casa.

—No —contestó Agatha—, pero pase y mantenga a ese perro suyo alejado de mis gatos.

—Sí, me parece que quiero intercambiar unas palabras con usted.

Freda siguió a Agatha hasta la cocina. Ésta se atisbo en el espejo del recibidor: pelo despeinado, cara sin maquillar. Freda era distante y frágil, como una figura de un cuadro de Fragonard. Se sentó a la mesa de la cocina, dejó el perro en el suelo y cruzó sus largas piernas. Agatha abrió la puerta trasera y dejó que sus gatos salieran al jardín.

—Ha estado yendo por todas partes con James —dijo Freda—. Es un hombre un poco maleable; no debería abusar de su bonhomía.

—¿Qué insinúa?

—Todas las brujas del pueblo le han estado acosando, ¿verdad? Le he advertido de que estas aterradoras mujeres menopáusicas a veces se hacen una idea equivocada de las cosas. Déjelo en paz.

—Escuche, asesina —siseó Agatha—, el hecho de que se haya dejado follar por Paul Bladen en la mesa de su consulta no la convierte en Cleopatra. Además, tuvo que pagar para hacerlo, ¿no? Cuarenta mil libras para ser exactos.

El timbre de la puerta sonó y Freda se levantó disparada como un resorte y corrió a abrir, con su perro ladrando tras ella. Agatha la siguió y llegó a tiempo de ver cómo Freda se echaba en brazos de James, sollozando.

—Esta mujer horrible me acusa de asesinato.

—A ver, calma —dijo él—, nadie te acusa de nada. —Se soltó de su abrazo y miró a Agatha—. ¿Le has preguntado por el dinero?

A Freda se le escapó un grito ahogado.

—No tiene ningún derecho a hurgar en mis asuntos privados. La denunciaré a la policía.

Salió corriendo por la puerta y siguió corriendo por la calle, con el perro pegado a los talones.

—¿Qué le has dicho, Agatha? —quiso saber James.

—Empezó ella, insultándome, dijo que... —Agatha se mordió el labio. No quería que James pensara que era una de esas mujeres menopáusicas con fantasías—. En cualquier caso, es una mujer perversa, así que le dije lo del dinero. Entonces llamaste

a la puerta y corrió a abrir.

—Maldita sea. Más vale que te vistas, Agatha, y lo mejor será que luego nos pasemos por la inmobiliaria para ver la casa de Bladen; así podremos llevarle la carpeta a Bill Wong como si acabáramos de encontrarla.

Mientras iban en coche a Mircester, Agatha comentó de repente:

—¿Estaría Bladen chantajeándolas? Quiero decir, todos esos pagos tienen un valor relativo, dependiendo de quien los hiciera. Quinientas libras son una fortuna para la señorita Simms.

—Sí, pero es soltera, igual que la señorita Webster, y Freda es viuda. A Freda no pareció importarle mucho que nos enteráramos de que había tenido un lío con Bladen, así que, ¿cómo iba a chantajearla?

En la agencia inmobiliaria no les dieron la llave, sino que una chica llamada Wendy se ofreció a acompañarles. Era una jovencita alegre tirando a pija y un poco boba que habló sin parar con Agatha y James mientras recorrían las habitaciones de la casa y se preguntaban cómo quitársela de encima para simular que habían encontrado la carpeta. Al final, James dijo:

—Nos gustaría quedarnos a solas para hablar en privado.

Para alivio de Agatha, Wendy respondió:

—Muy bien, cierren ustedes y dejen las llaves en la oficina cuando acaben.

Decidieron realizar un registro completo de la casa, con la esperanza de encontrar cartas o documentos, pero no había nada. En el jardín de atrás vieron un viejo bidón de aceite con agujeros a los lados que a todas luces había sido utilizado para quemar la porquería del jardín. De mala gana, James hurgó con una vara entre los contenidos.

—Aquí es donde Rice quemó los documentos —dijo—, pero no hemos tenido suerte. Se lo tomó en serio: no ha dejado ni la punta de un papel legible o sin chamuscar. Bueno, vayamos a ver a Bill Wong.

Ya en comisaría, Bill Wong examinó detenidamente los documentos bancarios y las cartillas, y luego les miró con suspicacia:

—Un hombre llamó en plena noche para informar de que había visto a dos personas vestidas de negro en la casa de Paul Bladen; le dijeron que la habían comprado. ¿No serían ustedes, verdad?

—¿Nosotros? —exclamó James—. Si hubiésemos sido nosotros y hubiéramos encontrado esta carpeta, la habríamos traído inmediatamente.

—Ya. Tienen que dejar de entrometerse. Sí, lo sé, debería estarles agradecido por esto, y todas estas mujeres serán interrogadas... por la policía. Si me entero de que han proseguido con sus pesquisas de aficionados, me veré obligado a investigar más a fondo la identidad de esa pareja que fue vista en la casa de Bladen anoche. ¿Ha quedado claro?

—Sí, muy claro —dijo Agatha, ofendida.

—Así es como nos lo agradece —se quejó a James mientras volvían en coche a Carsely.

—En cierta manera, me siento aliviado —dijo él—. Bueno, ahora volveré a escribir.

Siguió un largo silencio. Entonces Agatha dijo:

—Tengo que pagar mi suscripción de la Carsely Ladie's Society y eso significa que debo ver a la señorita Simms. ¿Quieres acompañarme? Bill no puede prohibirnos que hagamos unas preguntas, preguntas propias de buenos vecinos. Maldita sea, ¡no puede impedir que hablemos con nuestros vecinos!

—¿Y cómo va a enterarse? —añadió James—. Me refiero a que todo el mundo visita a todo el mundo en Carsely.

—La señorita Simms trabaja hasta última hora de la tarde —recordó Agatha—. Probemos primero con la señora Mason.

OCHO



Era un típico día inglés. Lloviznaba sin parar y las flores caídas de los cerezos flotaban a lo largo de los arroyuelos que corrían entre los viejos adoquines de Lilac Lane. Habían recuperado fuerzas con un café y unos sándwiches, y, con una falta de entusiasmo que ninguno de los dos aceptaba reconocer ante el otro, Agatha y James salieron para hablar de nuevo con la señora Mason.

Ésta les recibió con calidez, y dado que obviamente creyó que se trataba de una mera visita social, les resultó difícil ir al grano.

—Debe comer uno más de mis famosos bollos, señor Lacey —le ofreció la señora Mason—. Y ésta es mermelada de fresas casera, no de las que se compran en la tienda. Pronto volverá a ser temporada de fresas. Espero que acabe de una vez este tiempo tan desagradable, ¿no? —Miró maliciosamente a James—. Usted y la señora Raisin se están convirtiendo en la comidilla del pueblo. El otro día le dije al vicario que no tardaríamos en leer las amonestaciones.

James la miró con estupefacta incredulidad y casi se olvidó de cuál era el motivo de la visita.

—Señora Mason —empezó Agatha—, no es nuestra intención entretenerla más, pero nos gustaría saber por qué le entregó al señor Bladen una suma tan generosa de dinero.

La señora Mason parpadeó.

—Eso no es asunto suyo.

Agatha echó un vistazo al salón. Cuatro mil libras eran mucho dinero para que alguien como la señora Mason se deshiciera de él.

—Hemos venido a avisarla de que la policía está a punto de investigarlo —señaló James.

—Entonces hablaré con ellos cuando vengan. Pero ¿cómo se han enterado?

—Agatha y yo estuvimos visitando la casa de Paul Bladen, que está en venta, y casualmente encontramos unos antiguos extractos bancarios y una libreta. Se lo entregamos todo a la policía.

La señora Mason escrutó a James con ojos repentinamente astutos.

—Así que la señora Raisin y usted fueron a ver una casa juntos. Vaya, vaya, parece que al final sí tenemos un amor en ciernes. Resulta estimulante, la verdad. Demuestra que uno nunca envejece.

Y eso, tal como había previsto, tuvo el efecto deseado: James se levantó y se encaminó a la puerta. Agatha le siguió fuera, desanimada. James se subió al coche sin abrirle la puerta y miró malhumorado la lluvia que chorreaba por el parabrisas. Agatha se acomodó en el asiento del pasajero.

—Malditas cotillas —exclamó James, dando un golpe al volante—. Tú y yo: es absolutamente ridículo.

—Sí, para partirse de risa —convino Agatha secamente, aunque le dolía en lo más

íntimo—. Sólo lo ha dicho para librarse de ti, y lo ha conseguido.

La cara de James se iluminó.

—Oh, lo ha dicho por eso. Qué ingenuo por mi parte.

—Eres hipersensible con este tema —observó Agatha—. Creo que piensas que todas las mujeres con las que te cruzas van detrás de ti.

Él se rio con torpeza.

—Vayamos a ver a la Webster.

Josephine Webster estaba hablando con una pareja de turistas americanos empapados que intentaban regatear el precio de un ramo de flores secas.

—El precio está marcado —insistía la señorita Webster, exasperada—. Esto no es un bazar.

—En las tiendas de antigüedades se puede regatear el precio —informó James a los americanos con amabilidad—, pero en la mayoría de las otras tiendas se espera que se pague el precio marcado.

—¿Seguro?

La pareja de americanos entabló una amigable conversación con James acerca de su visita. La señorita Webster volvió a su mesa y Agatha se asomó por la ventana a la calle principal. No le apetecía abordarla mientras los turistas estuvieran en la tienda.

—No me gusta perder el tiempo con americanos —comentó la señorita Webster con mordacidad una vez se hubieron marchado—; se quejan de todo.

—No es culpa suya —explicó James—; sienten que deben protegerse. Mucha gente cree que los turistas americanos están forrados de dinero. Esa pareja ha ahorrado durante toda su vida para hacer este viaje. Tienen que ser prudentes con sus gastos, y seguramente en su país les han advertido de que los extranjeros se dedican a engañarles.

—Pero nosotros no somos extranjeros —replicó la señorita Webster—. Somos británicos.

James sonrió.

—Hablando de dinero, nos preguntábamos por qué le había pagado una suma tan generosa a Paul Bladen.

La señorita Webster empalideció y luego se ruborizó.

—¡Salgan de aquí! —gritó con un agudo chillido—. ¡Fuera!

Cogió un ramo de flores secas variadas y lo blandió ante ellos como un ama de casa que espantara gatos con su escoba.

—No estamos avanzando nada —dijo James con pesimismo una vez fuera de la tienda—. ¿Quieres volver a ver a la señora Parr?

—Mientras ese marido suyo no ande por allí... —dijo Agatha.

La señora Parr no les abrió. La cortina se movió y vieron el borrón fugaz de una cara detrás del cristal, pero la puerta principal siguió cerrada.

—Nos estamos quedando sin gente —se lamentó James—. Tal vez podría intentarlo con Freda. Si fuera solo...

—No —se apresuró a decir Agatha—. ¿Por qué no le hacemos otra visita a la señorita Mabbs? Le diremos que estamos al corriente de que esas mujeres entregaban sumas de dinero al veterinario y le haremos más preguntas.

—Oh, muy bien. Pero no quiero esperar a que abra la discoteca.

—Podemos encontrarla en su lugar de trabajo, en una residencia canina en las afueras de Warwick. La buscaré en las Páginas Amarillas.

Tras conseguir el nombre y la dirección de una residencia canina entre Leamington Spa y Warwick, partieron. La lluvia amainaba poco a poco, dando paso a un sol amarillo pálido. Encontraron la residencia sin mayores dificultades. Los perros ladraban y aullaban lastimeramente, y el aire húmedo olía a perro mojado.

Fueron al despacho, ubicado en una caseta de leña, y preguntaron por Cheryl Mabbs. El hombre que estaba detrás del mostrador les miró con suspicacia.

—¿Son amigos suyos?

—Sí —dijo James.

El hombre se levantó. Era pequeño y fornido, con el pelo gris y gafas sin montura.

—Entonces ya saben dónde encontrarla —les espetó—. Fuera.

—Si supiéramos dónde está —replicó James—, no estaríamos preguntando por ella. ¿Trabaja aquí o no?

Agatha tuvo una repentina inspiración. Se puso delante de James y dijo en un tono zalamero:

—Me temo que le hemos confundido, pero no queremos ir por ahí pregonando que somos asistentes sociales.

—Oh. —El hombre se sentó al instante—. ¿Por qué no lo han dicho antes? Aunque aún estoy enfadado con ustedes. Fueron quienes me la recomendaron, asegurando que se había rehabilitado.

Agatha fingió estar harta del tema, aunque el corazón le latía con fuerza.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—No se lo han dicho todavía, ¿verdad que no? ¡Puaj! Para eso es para lo que sirve la burocracia: Inglaterra entera está llena de chupatintas. Robó el armario de los medicamentos, eso hizo.

—¿Guardaba adrenalina? —preguntó rápidamente James.

—Sí, claro, pero la verdad es que más le habría valido reventar el armario de un médico o un farmacéutico, a no ser que quiera evitar el moquillo y la hiperqueratosis de las almohadillas plantares. Llamé a la policía inmediatamente, fueron a su guarida y encontraron el material. O lo que quedaba. Había estado trapicheando con pastillas en una discoteca de Leamington, afirmando que era una nueva clase de éxtasis. Creo que a estas alturas los jóvenes de Leamington pueden considerarse desparasitados a fondo.

James y Agatha se morían de ganas por saber cuáles eran los antecedentes de Cheryl Mabbs, pero, como supuestos asistentes sociales, se daba por sentado que los

conocían.

—Es una estúpida —continuó el hombre—. A propósito, me llamo Bob Picks. Tenía mucho talento con los animales. ¿Por qué se empeñaría en destrozar su carrera? Hay que ver cómo son los jóvenes de ahora.

Y allí lo dejaron, sacudiendo la cabeza por los pecados de la juventud.

—Bien —dijo Agatha cuando salieron—, de aquí pudo proceder la adrenalina. ¡Maldita sea! No podemos informar a la policía o Bill Wong se enterará de que seguimos investigando.

—Demasiadas sospechosas —musitó James—. Te diré lo que vamos a hacer: visitaremos su cuchitril. Puede que ya haya salido bajo fianza o que ese encantador novio suyo esté allí.

Agatha asintió, aunque de repente se sintió deprimida. No se le iba de la cabeza la reacción horrorizada y conmocionada de James a la menor insinuación de un idilio entre ambos. El sol brillaba e iluminaba los mechones grises del cabello de su acompañante y le marcaba las arrugas que bajaban desde ambos lados de la nariz. En ese momento, no había ni rastro de su atractivo, pero a Agatha eso tampoco le consoló demasiado.

Condujeron hasta Blackbird Street y aparcaron delante del bloque donde vivía la señorita Mabbs. Subieron las escaleras y esta vez llamaron al timbre correcto. Esperaron un largo rato y finalmente escucharon que alguien se acercaba a la puerta. Se abrió una rendija.

—Ah, son ustedes —dijo Jerry, el novio de la señorita Mabbs—. ¿Qué quieren?

—¿Dónde está la señorita Mabbs?

—En la trena.

—¿Podemos entrar? Nos gustaría hacerle unas preguntas.

La puerta se abrió un poco más y su cara de zorro les miró fijamente.

—No será gratis.

James suspiró.

—Diez libras, como la última vez.

—Hecho. Pero no aquí. Nos vemos en el *pub*. En The Fevvers.

—¿The... qué? —preguntó James mientras bajaban a la calle.

—Quería decir The Feathers —dijo Agatha.

—El *pub* de los viejos, el local al que fuimos la otra vez. Estoy harto del agua mineral; esta vez probaré el zumo de tomate.

El *pub* estaba igual de aburrido y polvoriento que en su última visita. Las motas de polvo flotaban en los rayos de sol que se filtraban a través de las ventanas. Un viejo dormitaba sobre su cerveza en el rincón. James pidió un zumo de tomate y un *gin-tonic* para Agatha.

El tiempo pasó mientras hablaban con desgana de las sospechosas. A Agatha le habría gustado tratar acerca de la posibilidad de que Freda fuera la asesina. Después de todo, era quien había «donado» una mayor suma de dinero. Pero la cara de James

se tensaba ante la simple mención del nombre de Fedra. James pidió otra ronda de bebidas y las llevó a la mesa.

—No creo que nuestro joven amigo vaya a bajar —concluyó—. A lo mejor deberíamos subir y probar otra vez.

En ese momento se abrió la puerta del *pub* y entraron seis chicos. Cuero negro y tejanos, cortes de pelo al cepillo, rostros enjutos de chicos malos. El líder de la pandilla los vio y los señaló con la cabeza.

—Problemas —dijo James.

—No me gusta tu cara —le espetó el cabecilla, de cuya mano tatuada colgaba una cadena de bicicleta—, y voy a arreglártela.

Agatha miró desesperada a su alrededor en busca de ayuda. El camarero había desaparecido y el viejo seguía dormido.

James echó la cabeza hacia atrás y gritó:

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Asesinato!

Fueron gritos espantosos, ensordecedores y paralizantes, auténticos aullidos. Y el resultado fue el mismo que si hubiera lanzado una granada de mano en medio del grupo. Corrieron todos hacia la puerta y salieron entre empujones, chocando entre sí, mientras los gritos de James proseguían. El viejo se despertó y le miró, desconcertado.

—Está bien —dijo Agatha, lívida—, ya se han marchado.

James le sonrió.

—Nada como un buen grito pidiendo ayuda, es lo que digo siempre. Vámonos y ajustemos cuentas con el joven Jerry.

—¿Qué tiene esto que ver con él? Oh, ya, crees que Cheryl Mabbs cometió los asesinatos y que él ha mandado a sus amigos para silenciarnos.

—Una idea romántica. Pero más bien creo que el joven Jerry llamó a sus amigos y les dijo que había un gilipollas rico en el *pub* con un montón de billetes a su disposición. Me muero de ganas de verle otra vez.

Una vez más llegaron ante la desvencijada puerta y una vez más James llamó al timbre.

—¿Quién es? —se oyó la voz cautelosa de Jerry.

—Le he sacado la pasta a ese pringado —dijo James con voz ronca.

La puerta se abrió de par en par. Al verlos, Jerry intentó cerrar, pero James cargó con el hombro, entró y abofeteó a Jerry con fuerza a un lado de la cabeza y luego al otro. Entonces lo agarró del codo y le dijo:

—A tu piso. Es hora de que tengamos una charla.

—No me haga daño —chilló Jerry—. Yo no he hecho nada.

—¿Dónde está?, ¿cuál es tu puerta? —preguntó James.

Jerry señaló una puerta abierta y James lo empujó dentro.

—Y ahora, antes de que me ponga en serio contigo, dime, ¿por qué mandaste a tus colegas a que nos calentaran?

—Yo no he sido.

Había un radiador de una barra encendido delante de una chimenea vacía. James le retorció el brazo a la espalda y luego le empujó la cara hacia la barra del radiador.

—Habla mientras todavía tengas cara.

—Vale, vale, se lo contaré.

James obligó a Jerry a sentarse en una silla y se quedó en pie ante él.

—Llamé a Syd y le dije a los chicos que podían sacar un buen botín a una pareja que estaba en The Fevvers, nada más. Mire, no sé nada de Cheryl. Nada —gritó cuando James se le acercó más—. Le digo la verdad, lo juro por Dios. Fue idea suya lo de robar los medicamentos de la perrera. Para sacar un poco de pasta. Dijo que los colgados de la disco comprarían lo que fuera. Es la verdad.

Siguió hablando sin parar, suplicando y dando explicaciones. Resultó que todavía no conocía a Cheryl cuando ella trabajaba en Carsely. James se apartó por fin, asqueado.

Una vez abajo, Agatha recorrió la calle con la mirada, nerviosa.

—Deberíamos llamar a la policía —sugirió.

—Yo no lo haría. —James abrió la puerta del coche—. Se acabaría sabiendo todo. Es más, lo mejor que podemos hacer es irnos de aquí por si el tipo de la residencia canina se ha enterado de que somos unos impostores.

De vuelta en Carsely, James dijo:

—Prepararé un bocado y luego iremos a hacerle una visita a la señorita Simms.

Agatha se animó.

—Me acercaré a casa, daré de comer a los gatos y los soltaré en el jardín. Han estado encerrados casi todo el día.

Los gatos le dieron una bienvenida entusiasta. Agatha se sentó y se quedó mirándoles mientras comían. Se sentía débil y temblorosa, casi al borde de las lágrimas. En el *pub* se había asustado. Bill Wong tenía razón: debía dejar este tipo de asuntos en manos de la policía. Pero si abandonaba la investigación, James la abandonaría a ella y se pondría a escribir otra vez.

Dejó los gatos sueltos en el jardín, se quedó un momento viendo como jugueteaban y luego fue a casa de James.

—He preparado algo de comer —dijo él al abrir la puerta—, pasa.

Agatha miró con ilusión la cocina. Era alegre y cálida. En la ventana había un gran jarro con narcisos y, en el centro, una mesa cuadrada y bien fregada, y unas elegantes sillas con respaldo de cuero. La cena consistió en jamón frío y una excelente ensalada con una botella de blanco Mâcon fresco.

Agatha le examinó a hurtadillas mientras él comía con la atención ensimismada que James le dedicaba a todo y a todos, salvo a ella.

—Es hora —dijo James finalmente, apartando su plato— de que cada uno escriba

por separado todo lo que sabemos de todos. Quienquiera que fuera el asesino de Paul Bladen y la señora Josephs, lo hizo presa del pánico o de la rabia, sin pensar. Pero primero, veamos qué podemos sonsacarle a la señorita Simms.

La mujer vivía en las viviendas de protección oficial, cerca de la señora Parr. Les abrió la puerta y les dijo animadamente:

—Acabo de bañar a los niños. Estaré con ustedes dentro de un momento.

—No sabía que tuviera hijos —susurró Agatha cuando se quedaron solos.

—Debe de ser madre soltera —dedujo James—, es algo bastante frecuente en estos tiempos.

La sala de estar era un caos de juguetes tirados y libros ilustrados. Un viejo televisor parpadeaba en un rincón. El mobiliario era del tipo que se compra a plazos y envejece y se cae a trozos antes de terminar de pagarlo. La señora Simms volvió saltando sobre los tacones absurdamente altos que siempre llevaba.

—¿Algo de beber? —ofreció.

Tanto James como Agatha negaron con la cabeza. Agatha miró a James y éste a ella, que fue la que finalmente habló:

—Sabemos que dio quinientas libras a Paul Bladen, ¿por qué?

—Vaya, no me parece una pregunta muy amable, la verdad —se quejó la señorita Simms—, y además, a ustedes ¿qué les importa?

Agatha suspiró.

—Sólo queremos saber quién asesinó a Paul Bladen y a la señora Josephs. Pensamos que si averiguamos por qué le dio el dinero, tal vez nos serviría de ayuda. Otras mujeres le dieron miles y miles de libras, pero no quieren hablar de ello.

Se le endureció la mirada.

—¿Había otras?

Agatha asintió.

La señorita Simms suspiró, se recostó en el sofá bajo y cruzó las piernas. Su falda se arrugó y dejó al descubierto el borde de una braga de encaje morado. «Qué poco conozco en realidad a la gente que vive en este pueblo —pensó Agatha—. Ni siquiera sabía que la señorita Simms tuviera hijos. Es por el coche. La gente de los pueblos se desplaza en coche y por eso tiene menos curiosidad por sus vecinos. Y luego está la televisión. Aun así, es curioso que todos sigan hablando de los viejos tiempos, cuando tenían que entretenerse por su cuenta. Si se lo pasaban tan bien, ¿por qué corrieron a comprarse televisores en cuanto pudieron?».

La voz de la señorita Simms interrumpió sus pensamientos.

—Más vale que se lo cuente, porque ya sólo me sirve para hacerme mala sangre cuando recuerdo cómo me engañó ese bastardo. Me llevó a un restaurante pijo de Broadway y me contó toda la historia de ese hospital veterinario que pensaba abrir. Me dijo que si le daba algo de dinero, le pondría mi nombre, y que traería a Lady Di para inaugurarlo. Bebí demasiado y... bueno, la cosa se puso un tanto apasionada; antes de darme cuenta, le había extendido un cheque con todo lo que tenía en la

cuenta de ahorros. Al cabo de un tiempo, dejó de venir a verme. Yo me preocupé; no es agradable que la abandonen a una de ese modo. Le pregunté por el hospital y me dijo que estaba demasiado ocupado para hablar de eso, así que le pedí que me devolviera el dinero y entonces se puso desagradable y me espetó que yo se lo había dado por mi propia voluntad. Me sentí una completa estúpida. Trabajo en una empresa de ordenadores en Evesham y la escuela de los niños se lleva una gran parte de mi salario. Se lo conté a la señora Bloxby. Ella me dijo que rogara a Dios pidiéndole consejo y así lo hice, y ¿saben qué?

—No, ¿qué? —preguntó James.

—Al día siguiente, Dios me envió un nuevo novio con un buen empleo en una empresa textil que me paga una asignación, por así decirlo.

—Entonces pronto se casará, ¿no? —dijo James.

Ella rompió a reír.

—Él está casado, lo cual ya me va bien. No me gusta tener a un hombre agarrado a mis faldas a todas horas.

—¿Sabe la señora Bloxby cuál ha sido el resultado de sus oraciones? —preguntó Agatha con curiosidad.

—Ooh, sí. Ella dice que los caminos del Señor son inescrutables.

La esposa del vicario, reflexionó Agatha, era el tacto en persona.

—Estaba tan enfadada con ese Paul Bladen que podría haberle matado —exclamó la señorita Simms—. Pero no lo hice, aunque le deseo suerte a quienquiera que lo hiciera.

—Pero también murió la señora Josephs.

La señora Simms pareció entristecerse.

—La había olvidado. Pobre mujer. ¿Qué me dicen ahora de una copa?

Ahora que ya no había peligro de que los echaran con cajas destempladas, los dos aceptaron de buena gana el ofrecimiento, y la señorita Simms sacó una botella de excelente *whisky* de malta obsequio de su caballeroso amante. Agatha satisfizo su tasa de socia de la Carsely Ladies' Society y la señorita Simms anotó primorosamente el pago en un libro mayor.

—¿Y ustedes qué? ¿Van a casarse? —preguntó, desinhibida.

James dejó la copa sobre la mesa.

—En ese aspecto no hay ningún peligro —contestó con voz controlada—; soy un solterón empedernido.

La señorita Simms se rio.

—Yo no lo diría con tanta seguridad. Cuando nuestra señora Raisin quiere conseguir algo, nada puede detenerla. El otro día, la señora Harvey, la de la tienda, dijo que pronto oiríamos las campanas de boda.

—Debía de referirse a otros —repuso Agatha, ruborizada de vergüenza.

Una vez ambos se hubieron despedido de la señorita Simms, se sentían cohibidos mientras caminaban por la calle. Agatha estaba cansada y tenía ganas de llorar.

—Creo que iré a acostarme —anunció con una vocecita muy distinta a su tono contundente habitual.

—No te lo tomes tan mal —dijo él con voz amable—. Seguirán cotilleando sobre nosotros y, cuando vean que no pasa nada, el cotilleo morirá solo.

«Pero es que yo quiero que pase algo», se lamentó el corazón de Agatha, y, para su espanto, una inmensa lágrima se le escapó de un ojo y rodó por la nariz.

—Has tenido muy mal día —dijo James—. Tengo una idea: nos acercamos al Red Lion y te invito a un vaso de leche de los que se toman antes de acostarse, pero bien cargado.

Agatha le dedicó una sonrisa llorosa.

El *pub* estaba dichosamente tranquilo; sólo había algunos parroquianos en la barra. Se llevaron las bebidas a la mesa que estaba junto a la chimenea, en el mismo instante en que Freda entraba con un hombre. Ella llevaba un traje entallado verde claro y una blusa de seda blanca, y parecía tan fresca como una lechuga. Su acompañante era un individuo de mediana edad, de cara rubicunda y pelo plateado, que llevaba un *blazer* y pantalones de franela. Freda volvió ligeramente la cabeza y vio a James y a Agatha. A continuación susurró algo a su acompañante, que soltó una sonora carcajada, «ja, ja, ja», y les miró con insolencia.

Agatha se fijó en que el semblante de James se había vuelto inexpresivo y que su cuerpo se había tensado. «Por favor, Dios mío, que no sea celoso», rogó Agatha, a la par que se preguntaba por qué seguía pidiéndole cosas a Dios, en el que no creía del todo.

—Creo que estoy cansado —dijo James bruscamente.

Salieron juntos y fueron caminando en silencio a su casa. Agatha le deseó buenas noches con tristeza. Al menos los gatos se alegrarían de verla de nuevo en casa. Abrió la puerta y dio un paso hacia dentro al tiempo que encendía la luz del recibidor. Había un sobre blanco cuadrado sobre el felpudo. Al abrirlo, comprobó que contenía una única hoja de papel con un simple mensaje mecanografiado: «Deje de meter las narices donde no la llaman o no volverá a ver a sus gatos».

Agatha dejó escapar un gemido de miedo. Corrió a la cocina y abrió la puerta trasera.

—*Hodge, Boswell* —llamó, pero no le respondió más que la oscuridad y el silencio. Encendió las luces exteriores de atrás y la parcela de jardín se desplegó ante ella. No había gatos.

Entró, cogió el teléfono y llamó a la policía.

Las ventanas del dormitorio de James daban a la fachada principal de la casa. Se desvistió, se acostó y apagó la luz. Cuando estaba a punto de cerrar los ojos, una luz azulada parpadeó por todo el techo del dormitorio, y oyó el ruido de un coche que pasaba por la calle. Encendió la luz otra vez y se vistió de nuevo. En el momento en

que salía por la puerta, vio llegar otro coche de policía.

Corrió a casa de Agatha, esperando que se encontrara bien, temeroso de que al animarla a involucrarse en la investigación la hubiera puesto en peligro. El agente Griggs se encontraba de guardia en la puerta.

—Pase, señor Lacey —dijo—. Necesitará a alguien que la consuele.

—¿Qué ha pasado?

—Se han llevado a sus gatos.

James se sintió tan aliviado de que no le hubiera pasado nada a Agatha que estuvo a punto de decir: «¿Sólo eso?», pero reprimió el comentario a tiempo.

La sala de estar de Agatha parecía llena de policías de paisano y de uniforme.

Bill Wong levantó la mirada cuando entró James. Rodeaba con el brazo los hombros de Agatha mientras ésta sollozaba en silencio. Agatha nunca se había tenido por una amante de los gatos; de hecho, a veces lamentaba haber asumido la responsabilidad de cuidar de aquel par. Pero en ese momento sólo podía pensar en que los habían matado o bien los habían encerrado en alguna parte, donde los maltratarían y estarían asustados.

—Más vale que se siente y nos cuente todo lo que han hecho hoy —le pidió Bill a James—. Agatha no está en condiciones de ofrecernos un relato coherente. Empiece por el principio y siga hasta el final, y no se olvide de nada.

Lo único que James obvió decir en su relato es que se habían hecho pasar por asistentes sociales. Con voz monótona, describió las entrevistas que habían realizado, el viaje a Leamington, el descubrimiento del robo de medicamentos, incluida la adrenalina, perpetrado por Cheryl Mabbs, y el asalto en el *pub*.

Luego se calló, esperando un sermón, pero Bill se limitó a decir:

—Mañana mecanografiaremos su declaración para que la firme. Tendremos que interrogar a todos los vecinos de Lilac Lane para averiguar si vieron a alguien u oyeron algún coche mientras se encontraban en el *pub*.

Se volvió hacia Agatha y la interrogó de nuevo con amabilidad, tomando notas para confirmar el relato de James. Éste se dirigió despacio a la cocina y preparó un poco de café. Los agentes espolvoreaban la puerta delantera de la casa por si había huellas dactilares, examinaban la calle en busca de marcas de neumáticos y registraban el jardín delantero. Se sentó a la mesa de la cocina y, mientras oía el murmullo de voces en la otra habitación, pensó que se había retirado al campo para disfrutar de paz y tranquilidad.

Finalmente, James se levantó, volvió a su casa, buscó su saco de dormir, metió su pijama, un cepillo de dientes y un neceser con artículos de afeitado en una bolsa, y volvió a la casa de Agatha.

Bill y los demás se marchaban en ese momento.

—Dormiré en la planta baja esta noche —le informó James, y Bill asintió.

La señora Bloxby, la mujer del vicario, estaba sentada con Agatha cuando él entró en el salón.

—El amable señor Wong me llamó —explicó—. Qué incidente más espantoso. Agatha no debería quedarse sola.

—No lo estará —la tranquilizó James—. Dormiré aquí abajo. No llores, Agatha; los gatos son supervivientes natos.

—Si es que todavía están vivos —sollozó ella.

—Me alegro de que se quede, señor Lacey —dijo la señora Bloxby—, pero llámeme si necesita algo.

James la acompañó a la puerta y luego volvió junto a Agatha.

—A la cama —le indicó con amabilidad—, te subiré algo para que duermas.

Agatha se enjugó los ojos y subió pesadamente las escaleras. Una parte de sí misma le decía que hacía muy poco habría creído que merecía la pena cualquier sacrificio para que James se quedara a dormir bajo su mismo techo y la cuidara, pero otra parte lloraba por sus mascotas perdidas.

Cuando ya estaba acostada, se abrió la puerta y entró James con una bandeja.

—*Whisky*, agua caliente y un par de aspirinas —dijo—. Estaré abajo. Tómalo.

Se sentó al borde de la cama, le acercó el vaso a los labios y esperó hasta que se hubo tragado las aspirinas.

Una vez se hubo marchado, Agatha permaneció despierta mientras le caían lágrimas por los rabillos de los ojos. Todo el mundo le parecía siniestro ahora, incluso James. ¿Qué sabía de él? Un hombre llegaba a un pueblo, decía ser un coronel jubilado y todos le creían. Pero la verdad era que Bunty conocía a su familia y ella misma, Agatha, había conocido a su hermana el año anterior. Sin embargo, qué aterrador y poderoso se había mostrado al abofetear a aquel Jerry. Despiadado, ésa era la palabra que lo describía.

Poco a poco la venció el sueño, que vino plagado de pesadillas. En ellas, Freda atormentaba a sus gatos y se reía mientras James observaba; Bill Wong la invitaba a cenar y servía a los gatos, asados, en una bandeja; la señorita Webster trabajaba afanosamente en su mesa, con los dos gatos de Agatha disecados y tiesos delante de ella.

Al despertar por la mañana, la luz del sol entraba a raudales en su habitación y desde el piso de abajo llegaba olor a café y un murmullo de voces. Miró el reloj que tenía junto a la cama. ¡Las diez!

Se duchó, se vistió y bajó. La cocina estaba llena de mujeres: la mayoría de la Carsely Ladies' Society, la señora Harvey, del ultramarinos, y la señora Dunbridge, la mujer del carnicero, a las que James servía café.

La rodearon en cuanto entró y todas expresaron su comprensión entre murmullos. El mármol de la cocina estaba cubierto de regalos: pasteles, mermelada y flores. Incluso había ido la señorita Simms.

—Me tomé el día libre en el trabajo —dijo.

—Es muy amable por su parte —se lo agradeció Agatha—, pero no sé qué pueden hacer.

—El señor Lacey ha tenido una idea estupenda —explicó la señora Bloxby—: estamos organizando una búsqueda. Pueden haber dejado a sus gatos en cualquier lugar del pueblo, así que organizaremos un registro casa por casa. Usted quédese aquí sentada tranquilamente con el señor Lacey, y ya le informaremos si descubrimos algo.

Agatha salió rápidamente de la cocina, subió al lavabo y se echó a llorar a moco tendido. Toda su vida había salido adelante sola, había sido una mujer agresiva y resuelta a llegar a la cima en su profesión de relaciones públicas; toda su vida había estado sola. Tanta amistad y ayuda la hacían sentirse frágil.

Cuando volvió abajo, con los ojos enrojecidos pero ya serena, sólo quedaban James y la señora Parr.

—La señora Parr me ha explicado una historia en términos muy parecidos a la que nos relató la señorita Simms —señaló James—. Bladen le contó lo del hospital veterinario y aseguró que le pondría su nombre. Su marido descubrió que faltaba dinero y se puso como una fiera.

—Supongo que yo habría hecho lo mismo —dijo Agatha lentamente al recordar su cena en el restaurante griego—. Me explicó sus planes y dije que colaboraría, pero estaba pensando en un cheque de veinte libras. Y él estaba más que dispuesto a acostarse conmigo, pero me entró el pánico y salí corriendo. ¿Se acostó con él, señora Parr?

La mujer negó con la cabeza.

—Nunca lo habría hecho; no fue así como me engañó. Yo me sentí muy halagada porque me dijo que era la única mujer que le comprendía. No soy muy feliz en mi matrimonio y él hizo que me sintiera atractiva. Debería de habérselo contado antes, pero me sentía como una idiota. Cuando murió, todavía estaba un poco enamorada de él, pero después del funeral se me aclararon las ideas y comprendí lo que ese hombre había hecho.

—La señora Mason me dijo lo mismo mientras estabas arriba, Agatha —le explicó James—. Era un jugador compulsivo, señora Parr, y por eso necesitaba el dinero.

—Pero eso es lo raro —comentó Agatha—. No se gastó ni un penique. Quiero decir que lo que les sacó a las señoras de Carsely seguía en sus cuentas.

—Me uniré a la búsqueda —anunció la señora Parr—. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Gracias por todo esto, James —dijo Agatha una vez se quedaron solos, y los ojos volvieron a llenársele de lágrimas.

—Vamos, vamos, ya no es momento de llorar. Sentémonos y repasemos lo que sabemos hasta ahora. En lugar de pensar que, por poner un ejemplo, fue Freda quien lo hizo porque fue quien dio más dinero, a quien deberíamos buscar es a alguien con la personalidad adecuada para cometer un asesinato.

—¿Quién sabe lo que puede hacer cualquiera cuando lo provocan?

—Tú no matarías a nadie, Agatha, ¿verdad que no? —«Salvo a Freda», pensó ella—. Lo que tenemos que hacer —prosiguió— es redactar una lista de sospechosas, nos las repartimos, seguimos a cada una y observamos lo que hacen durante el día, a quién ven y si detectamos algo extraño en su comportamiento. Sabemos que las mujeres que le dieron dinero a Bladen fueron la señora Parr, la señora Mason, Freda, la señorita Webster, la señora Josephs y la señorita Simms. Y no debemos olvidarnos de la exmujer de Paul, Greta. Además, hay una vertiente del caso que no hemos examinado. Bladen fue asesinado en las cuerdas de lord Pendlebury y, cuando Bob Arthur encontró el cadáver y fue corriendo a avisar, dijo: «Parece que alguien se lo ha cargado». ¿Por qué dijo eso? ¿Por qué no se le pasó por la cabeza que había sufrido un ataque al corazón o algo así? He visto otro detalle interesante en las cuentas bancarias de Bladen: no hay grandes retiradas de dinero, así que debía de tener efectivo para pagarse la comida y las diversiones. ¿Cómo pagó la cuenta del restaurante griego?

—En efectivo.

—Bien. ¿Qué me dices de la señora Arthur? Es una posibilidad.

—La cosa se pone cada vez más fea —dijo Agatha—. ¿Por dónde empezamos?

—Yo empezaré con Freda. No, no frunzas el ceño; mis motivos están únicamente relacionados con la investigación. Tú empezarás con la señora Parr.

—¡Oh, vamos! Esa mujer sería incapaz de matar una mosca.

—Está aterrorizada por su marido; Bladen pudo enterarse. Es posible que no nos lo haya contado todo; tal vez la chantajeaba. Y así tú también estarás ocupada. Quieres recuperar a tus gatos, ¿no? —Agatha hizo una mueca—. En cualquier caso, me pondré manos a la obra y nos encontraremos aquí, ¿te parece bien a las seis de la tarde? Nada mejor que moverse para olvidar las penas, Agatha.

Cuando se fue, ella se quedó en la cocina, y guardó los regalos en los armarios. Además de pasteles y tarros de mermelada, había un gran ramo de flores secas, pero dudaba que fueran de la Webster. Agatha las colocó en un jarrón y subió a aplicarse el maquillaje que las lágrimas le habían corrido.

Iba a salir pero se entretuvo en el recibidor. La parte de atrás de la puerta principal seguía cubierta de una capa de polvo de un dedo de grosor y un rayo iluminó un diminuto objeto de color que destacaba en la áspera estera de tono coco del felpudo. Se agachó, lo miró y lo recogió. Asombrada, le dio la vuelta para observarlo desde todos los ángulos y se le iluminó el rostro: era un diminuto pétalo seco. Debía de haber caído del ramo de flores que le habían traído. Lo tiró chasqueando los dedos y abrió la puerta.

Entonces se quedó petrificada.

De repente se vio la noche anterior, recogiendo el sobre del felpudo y abriéndolo, sacando la carta y desplegándola. No le cupo duda de que algo pequeño y brillante había caído de su interior.

NUEVE



Agatha se sentía rara e incómoda mientras caminaba aturdida bajo el sol brillante. Dos policías hacían preguntas en las casas de Lilac Lane. La gente la saludaba con la mano y la llamaba al pasar por delante, pero ella no los oía. Agatha Raisin ya no pensaba en quién había asesinado al veterinario o a la señora Josephs, lo único que quería era recuperar a sus gatos.

Al acercarse a la tienda de Josephine Webster vio una mano blanca que le daba la vuelta al rótulo que había tras la puerta, de «Abierto» a «Cerrado». Claro, mediodía en el pueblo. Puesto que el registro estaba en marcha, si la señorita Webster tenía los gatos, los ocultaría en la tienda o en el piso de encima.

Agatha volvió a casa, subió al coche, aparcó un poco lejos de la tienda y esperó, sin prestar atención a la gente que pasaba por la calle principal, concentrada únicamente en Josephine Webster. Y entonces la vio salir, pulcra y arreglada como siempre, se metió en el coche, que estaba aparcado delante de la tienda, y arrancó. Agatha la siguió, resuelta. La señorita Webster condujo dirección a Moreton-in-Marsh y allí cogió la Fosse Way. Agatha dejó que un coche se interpusiera entre el suyo y el de su presa. La señorita Webster se encaminó a Mircester; su pequeño coche rojo ascendió y descendió los montes Costwolds por la antigua vía romana que se extendía recta como una flecha.

Agatha la siguió hasta un aparcamiento de varias plantas, estacionó su coche a una distancia prudencial, esperó a que la señorita Webster se bajara del vehículo cerrara la puerta, y entonces ella salió del suyo.

Josephine Webster se dirigió primero a Boots, la farmacia, probó varias muestras de perfume y se compró un frasco. Luego fue a una tienda de ropa. El día era muy fresco para esa época y Agatha temblaba mientras esperaba en la calle. Al final, se arriesgó a asomarse por el escaparate. La señorita Webster se estaba mirando por delante y por detrás ante un espejo, probándose un vestido rojo escotado. Dijo algo a la dependienta y desapareció en el probador. Al cabo de diez minutos, salió con una bolsa. De allí dirigió sus pasos a una tienda de lencería y Agatha volvió a quedarse helada y tuvo que moverse sin parar en la acera hasta que la señorita Webster reapareció con otra bolsa en la que se leía el nombre de la tienda.

Cuando entró por el alto pórtico georgiano de la biblioteca pública, Agatha empezaba ya a desesperarse. Todo estaba resultando muy inocente. El temor a perder a sus gatos no había hecho sino confundirla: probablemente, aquel pequeño pétalo se había desprendido del ramo que le habían llevado por la mañana. Pero la testarudez, la resolución y la tenacidad que tantos éxitos le habían proporcionado en los negocios se adueñaron de nuevo de ella. Esperó fuera durante media hora y luego entró con cautela. Ni rastro de la señorita Webster.

¿La habría descubierto y se había escapado por la puerta de atrás? En su frenética búsqueda de una salida trasera de la biblioteca, Agatha casi se dio de bruces con

Josephine Webster, que estaba sentada en una silla de cuero de una de las salas, leyendo tranquilamente, con las bolsas de la compra al lado.

Agatha se metió en la sección contigua, cogió un libro al azar de las estanterías y simuló que leía. Le sonaban las tripas. Tenía que comer algo, pero no se atrevía a salir de la biblioteca. Al cabo de dos horas, el crujido de las bolsas la avisó de que su presa estaba a punto de partir. Esperó un momento, se levantó con cautela y asomó la cabeza. Josephine Webster desaparecía en dirección a la salida. Agatha la siguió; el corazón le latía con fuerza ahora que se reanudaba la persecución.

La señorita Webster caminaba alegremente, al parecer libre de cualquier preocupación. Entró por la puerta del hotel Mircester's Palace. Agatha se acercó a la entrada y la vio enfilarse un pasillo junto a la recepción bajo un rótulo que rezaba «lavabos».

Se compró un periódico en un quiosco del vestíbulo, se sentó en un sofá y se parapetó detrás del diario, bajándolo de vez en cuando para cerciorarse de que la señorita Webster no se le escapaba.

Transcurrida una hora entera, la vio salir. Llevaba puesto el vestido nuevo e iba muy maquillada. Sin duda, había dejado las bolsas de la compra y el abrigo en el guardarropa. Agatha subió el periódico cuando la señorita Webster cruzó el vestíbulo envuelta en una nube de perfume y lo bajó justo a tiempo de verla entrar en el bar.

Tensa y hambrienta, dejó a un lado el diario, se asomó con cuidado por la puerta del bar y retiró la cabeza rápidamente. La señorita Webster estaba sentada hablando con Peter Rice, el feo y pelirrojo Peter Rice, el socio de Bladen, que debía de haber entrado en el hotel y luego en el bar mientras Agatha concentraba toda su atención en esperar a Josephine Webster.

Volvió a sentarse en el vestíbulo, su mente trabajando frenéticamente. Tal vez se tratara de una cita inocente. Un momento... La señorita Webster tenía un gato: podría haberlo llevado a Mircester para que lo visitaran y haber entablado amistad con Peter Rice. Eso no tenía nada de raro. Pero... Greta Bladen había comentado que Peter Rice era un viejo amigo.

Miró alrededor y vio un rótulo que indicaba el restaurante del hotel. Se dirigió hacia allí; el personal preparaba las mesas para la cena, pero el *maître* ya había llegado. Agatha le preguntó si el señor Rice había hecho una reserva para la cena y él lo comprobó. Sí, el señor Rice había reservado mesa para dos. A las ocho. Agatha comprobó la hora: las seis y media. Aquellos dos no saldrían del hotel. Tenía que ver como fuera a Greta Bladen y luego volver al hotel para vigilarlos.

Se encaminó hacia una cabina situada en la calle que llevaba al aparcamiento y telefoneó a James, pero no obtuvo respuesta. Decidió probar suerte y se metió en el coche, rezando para que Greta estuviera en casa.

Greta abrió la puerta y frunció el ceño al ver que era Agatha.

—Tengo que hablar con usted —le suplicó ésta—. Mire, me han amenazado. Alguien se llevó mis gatos para que dejara de investigar y creo que he averiguado

quién fue.

Greta suspiró, pero abrió la puerta del todo.

—Pase. No acabo de entenderla bien... ¿Me está diciendo que alguien intenta que no investigue la muerte de Paul?

—Sí.

—Bueno, yo no tengo sus gatos.

—¿Podría explicarme lo que sabe sobre Peter Rice?

—¿Peter? Oh, él no puede tener nada que ver con esto. Lo conozco desde hace siglos.

—Hábleme de él de todos modos.

—No puedo decirle gran cosa. En los viejos tiempos, vivía a dos puertas de mi casa, en Leamington. Éramos amigos, jugábamos a tenis, pero nunca hubo nada romántico entre nosotros. Me refiero a que nunca pensé que abrigara ese tipo de intenciones, así que agradecía su compañía. Entonces apareció Paul.

»Creí que Peter se alegraría de que por fin hubiera encontrado la felicidad, pero montó un numerito muy desagradable. Dijo que había pensado pedirme que me casara con él. Yo estaba tan enamorada de Paul que me volví insensible. No era más que mi querido Peter, comportándose de una manera muy extraña. La siguiente vez que lo vi se disculpó por su reacción y dijo que se mudaba a Mircester.

—¿Y no volvió a verle? —le preguntó sin ambages Agatha.

—Bueno, pues claro que sí. Nos reencontramos cuando montó el negocio con Paul y, como ya le expliqué, fue Peter quien me sugirió que fuera a comprobar la obra de su supuesto hospital veterinario. Mucho tiempo después le conté cómo me había engañado Paul. Cuando me divorcié fuimos a cenar un par de veces, pero no surgió nada entre nosotros; la verdad, creo que nunca lo hubo.

—Entonces ¿cómo se explica la escenita que montó cuando le dijo que iba a casarse con Paul?

—Oh, eso. Creo que Peter es ese tipo de persona que habría sentido celos si cualquiera de sus amigos íntimos, hombre o mujer, se casara. Era un hombre muy solitario. Ahora que lo pienso, creo que yo era su única amiga en Leamington.

—¿Por qué decidió abrir consulta en Carsely? —preguntó Agatha—. Quiero decir que hay montones de pueblos más cerca de Mircester, y más grandes.

—Déjeme pensar... comentó algo al respecto un día que me lo encontré en la plaza. «Voy a darle a tu ex algo útil que hacer», dijo. «Creo que lo mejor será que separemos nuestros caminos profesionales. Le he dicho que abra una consulta en Carsely, así me lo quito de encima»; y yo le pregunté: «¿Por qué en Carsely?», y me explicó que una amiga suya tenía una tienda allí y que le había dicho que era un buen sitio para los negocios.

—Josephine Webster —dedujo Agatha—. Así que ésa es la relación. Creo que ya sé dónde están mis gatos.

Se levantó para marcharse. Tenía los ojos desorbitados y le temblaba la cara.

—Si sospecha de alguien —dijo Greta—, acuda a la policía.

Agatha se limitó a gruñir y se dirigió a su coche.

En la carretera hacia Mircester, no paró de darle vueltas a la cabeza. Josephine Webster podía haber avisado a Peter Rice sobre la señora Josephs. Podía haber estado en el *pub* y oír a Freda contándole a todo el mundo el hallazgo de aquel frasco y luego avisar a Rice, o también podría habérselo llevado ella misma.

Echó un vistazo al salpicadero: eran las ocho. Peter Rice estaría sentándose a cenar. Fue directa a la consulta del veterinario y aparcó delante, bajó del coche y sacó una barra metálica para cambiar las ruedas. La consulta era un edificio bajo situado al fondo de un pequeño aparcamiento. Había una luz encendida sobre la puerta. Agatha se dirigió a uno de los lados del edificio, que estaba a oscuras pero lo bastante iluminado desde fuera para distinguir una puerta lateral acristalada. No tenía el tiempo ni la experiencia para imitar las técnicas de allanamiento en casas ajenas de James Lacey, así que rompió uno de los cristales de la puerta con la barra metálica.

Una avalancha de ladridos histéricos la saludó. Con determinación, sin hacerles caso, quitó los cristales que quedaban con las manos enguantadas, extendió la mano y abrió la puerta desde dentro. Varios ojos centellearon en su dirección en la oscuridad y, en algún lugar, entre los ladridos y gañidos, oyó unos maullidos quejumbrosos.

—De perdidos al río —murmuró, y encendió la luz—. Chisst —susurró con desesperación a las jaulas de animales.

Su mirada recorrió la estancia y allí, en una misma jaula, vio a *Hodge* y *Boswell*. Con un grito de alegría, corrió el pestillo y la abrió. Los ladridos y aullidos se acallaron de golpe y Agatha, que había metido las manos en la jaula para coger sus gatos, percibió que se cernía un peligro inminente. Oyó una pisada amortiguada y se dio la vuelta.

Josephine Webster sonrió al camarero del restaurante cuando éste le apartó la silla para que tomara asiento. Peter Rice se acomodó frente a ella. El *maître* se inclinó entre ambos, les dio las cartas e hizo algunas sugerencias. Cuando uno de sus asistentes hubo tomado nota, recogió las enormes cartas encuadernadas en cuero e inesperadamente preguntó:

—¿Les acompañará la otra dama?

—¿Qué otra dama? —preguntó Peter Rice.

La señorita Webster se rio y comentó:

—¿Una de las de tu harén, Peter?

—Antes vino una señora y preguntó si usted había reservado mesa para esta noche.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó el veterinario.

—Mediana edad, pelo castaño lacio, con un peinado caro, e iba vestida con bastante elegancia.

—No, no nos acompañará —respondió Peter—. No nos sirva todavía; tengo algo que hacer en la consulta. Sirva una copa a la señorita Webster y cuide de ella hasta que yo vuelva.

James Lacey estaba preocupado. Había llamado a casa de Agatha varias veces sin obtener respuesta. No había podido sonsacar mucha información de Freda. Su amigo de pelo plateado había permanecido a su lado todo el tiempo y James no dispuso ni de un momento para hablar con ella en privado.

Intentó retomar la escritura de su libro, de alguna manera para hacer tiempo hasta que volviera Agatha, pero al final se puso a redactar notas sobre el caso. Y en éstas estaba cuando de repente dio un grito, se fijó en uno de los personajes e intentó ver cómo encajaba en las pruebas de las que disponía. Su empeño se vio interrumpido por el timbre: eran Bill Wong y el inspector Wilkes.

—¿Dónde está Agatha? —preguntó Bill.

—¿No ha vuelto? Habíamos quedado a las seis. ¿No está ahí su coche?

—No, y empiezo a preocuparme. Tendremos que preguntar si alguien la ha visto salir del pueblo.

—Saldré e intentaré encontrarla —decidió James—. Tenga, échele un vistazo a mis notas, Bill, y vea si llega a la misma conclusión que yo.

James fue directamente a la tienda de Josephine Webster. Estaba a oscuras, como también el piso superior, y sus llamadas y timbrazos no obtuvieron respuesta. Una cabeza se asomó por la ventana contigua al piso de encima de la tienda y una voz masculina dijo:

—Es inútil que llame y aporree hasta despertar a los muertos. Se fue a Mircester a mediodía.

James volvió al coche y confió a Bill sus sospechas de que Agatha podría estar en Mircester. De repente supo con certeza adonde había ido y rogó para no llegar demasiado tarde.

Agatha se irguió despacio.

Peter Rice estaba en el umbral, mirándola. Ella se fijó de nuevo en lo fuerte que era aquel cuerpo que sostenía una cabeza desproporcionadamente pequeña. Había dejado la barra metálica en el suelo, al lado de la puerta rota. Su mirada voló hacia allí, buscando un arma.

—Ni se le ocurra —le advirtió, y se sacó una pequeña pistola automática del bolsillo—. Pase a la sala de reconocimiento, señora Raisin —le indicó—. Allí no nos molestarán.

Aunque el miedo la paralizaba y tenía la sensación de que se le iba a aflojar la vejiga, al pasar por delante de la jaula de sus gatos le dio una patada e intentó enviarles un mensaje telepático para que escaparan. Rice apagó la luz de la sala en donde estaban los animales y encendió la de la pequeña sala de reconocimiento.

—¿Cómo supo que había sido yo? —preguntó sin dejar de apuntar a Agatha con la pistola.

—En realidad, no lo sabía —contestó ella—, pero adiviné que Josephine Webster era quien se había llevado mis gatos y dejado esa nota. La seguí y la vi con usted. No puede dispararme; la policía encontrará mi cadáver y descubrirá que fue usted.

—Señora Raisin, ha entrado por la fuerza en mi consulta. Vi la luz y a una figura dentro que se abalanzó hacia mí, me pareció, con la intención de atacarme. Así que le disparé. Estaba defendiendo mi vida y mi propiedad.

—He dejado una nota diciendo dónde estaría —mintió Agatha.

Él hizo una pausa, escrutándola con la mirada, y luego sonrió.

—No, no lo ha hecho, o ese Lacey ya estaría aquí. En todo caso... —Levantó la pistola un par de centímetros.

—Fue por Greta, ¿verdad? —dijo Agatha.

—En cierto sentido. Pero en aquella época no pensaba en matarle; ni siquiera lo pensé cuando ella me contó cómo la había engañado. No, sólo se me ocurrió cuando empezó a engañarme a mí; ah, entonces sí me enfurecí. Aquel famoso hospital veterinario suyo: una excusa muy convincente para estafar a mujeres crédulas. Tomamos una recepcionista, una buena chica. Paul también la cautivó. La chica convencía a los clientes de que pagaran en efectivo, cuanto más mejor, y luego le daba a él el dinero. ¿Se quedaba ella una parte? Por supuesto que no. Todo iba para ese hospital que, ni que decir tiene, llevaría el nombre de la recepcionista. Yo me había tomado unas largas vacaciones para ir a pescar; es una costumbre saludable. Había contratado a un joven veterinario para que me sustituyera durante mi ausencia y para que trabajara con Paul, porque éste se ocupaba básicamente de los casos de caballos y animales de granja. Al regresar, comenté que el negocio había bajado considerablemente. Sospeché del veterinario temporal, pero un día, hablando con una de nuestras clientas en la plaza, mientras nos quejábamos de los impuestos y los tributos de las empresas, la mujer me dijo: «Supongo que por eso cobra tanto en efectivo; para evitar los impuestos. La chica siempre lo pide así». Entonces acorralé a la recepcionista, que se vino abajo y confesó que sólo había robado por un bien mayor, a saber, la creación de aquel hospital ficticio. La eché, pero a Paul no, qué va. Quería que me devolviera el dinero, pero también quitármelo de encima. Josephine había dicho que Carsely era un buen pueblo para los negocios, así que le dije que abriera una consulta allí y que engañara a las mujeres con sus cuentos, si quería, pero que cada céntimo que sacara sería para mí. Y en el caso de que algo le sucediera, le obligué a testar en mi favor. Le dije que, como no me pagara hasta el último céntimo, le denunciaría a la policía.

Agatha permanecía rígida; por el rabillo del ojo vio que sus gatos habían entrado en la sala y estaban a su lado.

—Aun así, ni siquiera entonces le habría matado. Sin embargo, una de sus víctimas fue la señorita Josephine Webster, de la que yo me había enamorado. Ella

acudió a mí, llorando, y me contó entre sollozos toda la historia. Yo sabía que él había ido a la mansión de Pendlebury y mi intención era insultarle, romperle la nariz de un puñetazo, nada más. Al llegar, no había nadie en las cuadras aparte de Paul. Le vi con la jeringuilla, sabía qué contenía, en qué consistía la operación; entonces algo se adueñó de mí y, cuando me di cuenta, él estaba muerto. Me escabullí sin que me vieran y creí que estaba a salvo. Me puse furioso al descubrir que había hipotecado la casa dos veces, así que, en lugar de sacar algún provecho de su muerte, perdí dinero. Los precios de la vivienda están por los suelos. Josephine y yo teníamos previsto anunciar nuestro compromiso en cuanto todo este follón hubiera amainado; ella sabía lo que yo había hecho.

»Fue entonces cuando apareció la señora Josephs. Dijo que Paul la había engañado y que se lo iba a contar a la policía. Por lo visto, Paul le había dicho que yo le había obligado a embaucar a las mujeres para sacarles el dinero. Le prometí que le devolvería el suyo, pero entonces Josephine me telefoneó y me contó que usted, zorra entrometida, estaba a punto de enterarse de todo por boca de la señora Josephs. Josephine me dijo que la mujer era diabética. Aun así, no pretendía llegar hasta el final si ella se comportaba con sensatez. Intenté devolverle el dinero, pero la estúpida vieja se negó a aceptarlo y aseguró que iría a la policía después de hablar con usted. Le pinché la adrenalina y murió al instante. Me entró el pánico; la subí a rastras con la esperanza de que cuando la encontraran en el lavabo pensarán que se había tratado de un suicidio o de un accidente y tiré el frasco vacío por la ventanilla del coche, como si al desembarazarme de él, me desprendiera también de la mancha del asesinato. Pero usted tuvo que meterse de nuevo, usted y ese Lacey. “Quítale los gatos”, me sugirió Josephine, “eso hará que cierre la boca”. Menudo lío. Menudo lío de mierda. Pero voy a casarme con Josephine y nada va a impedirlo.

Hodge saltó a la mesa de reconocimiento y se quedó allí mirando a uno y otro. De repente, Agatha olió su propio miedo, rancio y acre, y el animal también lo detectó. Se le hinchó la cola como a una ardilla.

—Así que, señora Raisin, tengo que acabar con esto. Le aconsejo que no se mueva y acepte lo inevitable.

Su dedo empezó a apretar el gatillo. Agatha se tiró bajo la mesa mientras el disparo resonaba inofensivamente por encima de su cabeza. Una mano carnosa la sacó a rastras de allí debajo. Jadeando. Rice la arrojó contra la pared, pero *Hodge* le saltó a la cara, bufando y arañando. Presa del pánico, el veterinario intentó zafarse del animal de un disparo, pero erró el tiro, que dio de lleno en un armario con frascos.

Agatha intentó empujar la mesa de reconocimiento contra el estómago de su atacante mientras éste se zafaba del felino y lo arrojaba volando por la sala. Había visto hacer cosas así en las películas, pero aquella mesa estaba sujeta al suelo. Así que se lanzó hacia un lado en el momento en que él disparaba otra vez, se golpeó el tobillo y cayó al suelo.

Cerró los ojos. Se había acabado; la muerte, por fin. Y de repente la voz de Bill

Wong, como caída del cielo, ordenó:

—Deme el arma, señor Rice.

Se oyó otro disparo y un grito de Bill. Agatha chilló:

—¡Oh, no!

Y entonces sintió unas manos fuertes que tiraban de ella y la voz de James Lacey en su oído, que le decía:

—No pasa nada, Agatha. No mires. Rice se ha disparado a sí mismo. No mires. Ven conmigo; vuelve la cara.

Agatha se levantó, agarrada a él, oculta la cara en el *tweed* áspero de su chaqueta.

Tres horas más tarde, Agatha, bañada y envuelta en su bata, se sentaba en el salón de su casa con los gatos en el regazo, y recibía las atenciones de James.

—Bill Wong se pasará a vernos —le anunció él—. ¿Está agradecido porque hayamos resuelto dos crímenes? En absoluto.

—¿Hayamos? —preguntó Agatha—. Fui yo la que descubrió lo de Rice.

—Yo había llegado más o menos a la misma conclusión —explicó James—, aunque tardé un poco más en adivinar que Josephine Webster estaba implicada. ¿Qué te llevó a ella?

Agatha le contó cómo había encontrado aquel trocito de pétalo seco en el felpudo.

—Tendrías que haberme avisado —exclamó James— o haber acudido a Bill Wong.

—Sólo pensaba en los gatos —se justificó Agatha—. Es curioso, ¿no? Cuando desaparecieron creí que se me partía el corazón, pero aquí están, ronroneando, dos animales a los que hay que cuidar y alimentar y que ahora no parecen más que un fastidio cotidiano.

—Aunque, por lo que has contado, *Hodge* te salvó la vida —señaló James—. Me pregunto si habrán detenido a Josephine Webster. No sé si todavía seguiría sentada en el restaurante del hotel, esperando. Bill y su jefe fueron directamente allí mientras nosotros íbamos a comisaría a hacer esas interminables declaraciones.

—¿Así que lo habías descubierto todo tú solo? —preguntó Agatha.

Él echó otro leño al fuego y se sentó.

—Cuando acabé de anotar lo que había hecho y dicho todo el mundo, Peter Rice parecía el sospechoso más obvio. Era lo bastante fuerte para subir a rastras por las escaleras el cuerpo de la señora Josephs, sabía dónde estaría Bladen el día que fue asesinado, y sabía también lo de la operación al caballo. Uno siempre imagina que los asesinos planean todo minuciosamente, pero en el caso de Rice todo fue cuestión de suerte y de pánico. Lo único que tenía que haber hecho era permanecer callado y dejar que la señora Josephs le acusara ante la policía: la policía no se habría creído que los flirteos y las tácticas de engaño de Paul Bladen tuvieran nada que ver con él. Creo que fuimos nosotros, con tanto fisgoneo, la causa de que perdiera los nervios.

—No digas eso —le rogó Agatha—, nos convierte a ambos en directamente responsables de la muerte de la señora Josephs.

—La verdad es que seguramente le habría entrado el pánico en cualquier caso.

Llamaron a la puerta.

—Será Bill —dijo James—, dispuesto a leernos la cartilla.

El policía venía solo.

—Es una visita extraoficial —declaró, y se dejó caer pesadamente en el sofá al lado de Agatha—. Sí, hemos detenido a Webster. Cuando él intentó matarte, Agatha, el tiempo debió de parecerse interminable, alargarse como una vida entera, pero allí estaba ella, bebiendo martinis donde él la había dejado. Lo negó todo, pero cuando la llevamos a comisaría y le dijimos que Rice te lo había confesado a ti, se vino abajo. Es una crueldad, pero en ese momento aún no le habíamos dicho que estaba muerto.

»Llevaba varios meses liada con Rice, hasta que Paul Bladen llegó a Carsely. Y antes de conocer a Rice, era virgen. Piénsenlo bien, en estos tiempos y virgen. Creo que su lío con Rice hizo que se sintiera una *femme fatale*, así que cuando le pareció que Bladen también la cortejaba, la muy tonta se lo creyó a pies juntillas. La noche que nevó, en la que tú habías quedado con él en Evesham, ella fue a su casa y le dio el cheque. Y Bladen, muy agradecido, se la llevó a la cama. Aunque no hubiera nevado, seguramente él no se habría presentado a la cita contigo, Agatha. Fue ella la que contestó el teléfono cuando llamaste.

»Sin embargo, Bladen siguió con sus engaños. Le pidió más dinero, ella se asustó y le dijo que no podía dárselo. Entonces dejó de interesarle y la arrepentida señorita Webster volvió a brazos de Peter Rice y le contó todo acerca de Bladen. Así que, para Rice, la historia se repetía. Por lo que nos has contado en tu declaración. Agatha, creo que él había estado profundamente enamorado de Greta. Paul se la había arrebatado y ahora volvía hacerle lo mismo, esta vez con Josephine. Pero —¿qué te puso sobre la pista?

—Encontré un pétalo de flor seca en el felpudo —reveló Agatha con orgullo—, y me di cuenta de que seguramente había caído de la nota sobre los gatos. Las flores secas apuntaban a Josephine Webster.

Bill parecía desconcertado.

—Algo así no se nos habría pasado por alto.

—Eso fue lo que pensé yo —convino James—. Alguien te trajo un ramo de flores secas a la mañana siguiente, Agatha; podría haber caído de él.

—¿Por qué iban a examinar a fondo el felpudo? —exclamó Agatha, exasperada—. Tus hombres registraron el exterior, donde habría estado quienquiera que hubiera echado el sobre, así como el jardín de atrás porque quien se llevó los gatos debió de entrar por el callejón que hay entre mi jardín y el de James. Nadie se preocupó por el felpudo.

—Creo que al final descubrirás que procedía del ramo, Agatha. A mi juicio, acertaste por casualidad, y con consecuencias casi fatales para ti. Esta noche no voy a sermonearte sobre la locura que supone que unos aficionados interfieran en nuestro trabajo. Que me parta un rayo —se rio—, supongo que se trata de un caso de

aficionados primerizos que se proponen atrapar a otro aficionado primerizo.

Agatha le miró, furiosa.

—En cualquier caso, me alegro de que haya terminado. Voy a hacer un curso de formación especial, así que no nos veremos en unas semanas. —Bill se puso en pie—. ¿Te ha visitado el médico, Agatha? —Ella negó con la cabeza—. Pues más vale que mañana te pases por la consulta. Vas a estar hecha polvo cuando reacciones.

—Estaré bien —aceptó Agatha.

Dedicó a James una mirada de adoración, él le devolvió otra de perplejidad; entonces se puso en pie y dijo:

—¿Quieres que vaya a buscar a la señora Bloxby para que te haga compañía esta noche, Agatha?

—No —contestó ella, decepcionada porque no se hubiera ofrecido a ir a buscar su saco de dormir—. Estaré bien tras una buena noche de sueño.

Una vez se hubieron marchado, Agatha se levantó y se fue a la cama, con los dos gatos trotando tras ella. Sonrió antes de sumirse en el sueño: todo había acabado y había sobrevivido. Se sentía estupendamente. No le hacía falta visitar a ningún médico. ¡Hacía falta algo más que un asesino para desanimar a Agatha Raisin!

DIEZ



Los días que siguieron fueron magníficos para Agatha, a pesar de que James le mandó una nota en la que le decía que iba a encerrarse a escribir durante unas semanas.

Mucha gente la visitó para que les contara cómo había resuelto los asesinatos de Paul Bladen y la señora Josephs, y Agatha se dedicó a hilar su historia y embellecer los detalles, de manera que cuando dio una charla en la Carsely Ladies' Society, se había convertido en un melodrama, una aventura de sangre y fuego.

—Hace que parezca todo muy emocionante —la alabó la señora Bloxby después de la charla—. Pero ándese con cuidado: la realidad puede tardar un poco en asentarse, y entonces podría sufrir mucho.

—No he mentido —replicó Agatha acaloradamente.

—No, claro que no ha mentido —convino la señora Bloxby—. Me gustó especialmente esa parte en la que usted le dice a Peter Rice: «Dispárame si te atreves, malvado».

—Oh, bueno —murmuró Agatha, removiendo los pies y evitando la mirada firme de la esposa del vicario—, tal vez me haya permitido alguna licencia poética.

La señora Bloxby sonrió y le tendió una bandeja.

—Tome un trozo de pastel.

Desde ese momento, Agatha se sintió sumamente incómoda. Su versión de los sucesos, que se había convertido en una historia de aventuras muy colorista, había acabado pareciéndole real. Mientras volvía andando a casa desde la vicaría, reparó en lo oscuro que parecía el pueblo y en que la luz que había junto a la parada de autobús se había fundido otra vez.

Las lilas florecían en Lilac Lane, susurraban bajo el viento nocturno, y sus penachos asentían como si cotillearan sobre Agatha mientras ella se apresuraba para llegar a casa, pensando que el olor de las flores le recordaba a un funeral.

Al entrar, los gatos no acudieron a recibirla; no pudo reprimir un grito de temor y corrió a la cocina, donde los encontró acurrucados juntos en su cesta, delante de la estufa, felices en su mutua compañía, profundamente dormidos, ajenos a una dueña asustada que quería que se despertaran y le hicieran compañía.

Alargó la mano para encender el hervidor eléctrico y de golpe hubo un apagón.

Preso del pánico, tanteó por la cocina en busca de una linterna, hasta que una voz interior sensata le dijo que no se trataba más que de otro de los frecuentes apagones que sufría el pueblo. Se obligó a calmarse, recordó que tenía velas en el cajón de la cocina, encontró una y la encendió con el mechero. La sostuvo en alto y encontró un candelero. «Más vale que me acueste», pensó.

Así era como se acostaban en los tiempos en que se construyó esa casa las personas que subían por esas mismas escaleras, mientras las sombras se proyectaban

frente a ellas al ritmo de la llama ondulante de la vela. Muchas generaciones atrás. Muchos muertos por el camino; sólo había que pensar en cuántos habrían exhalado su último aliento en esa misma habitación. Su bata, colgada detrás de la puerta, parecía un hombre ahorcado. Unas caras la miraban fijamente desde el precioso papel pintado floreado. Un sudor frío recorría todo su cuerpo.

Se obligó a bajar hasta el teléfono del recibidor. Dejó la vela en el suelo, se sentó ella misma en el suelo, se puso el aparato en el regazo y marcó el número de James Lacey.

La voz de él sonó vivaz y práctica.

—¿Puedes pasarte por aquí? —le pidió.

—Estoy concentrado escribiendo. ¿Es importante?

—James, estoy asustada.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Es sólo que la reacción sobre la que me había estado advirtiendo todo el mundo ya ha llegado.

—No te preocupes —la tranquilizó él—. La ayuda está en camino.

Agatha se quedó donde estaba. Ahora que él venía, el miedo había desaparecido, pero decidió que sería mejor que siguiera pareciendo tan asustada como antes. Tal vez debería arrojarse en sus brazos. Tal vez él la abrazaría con fuerza y diría: «Agatha, obsequiemos a esos cotillas y casémonos». Tal vez la besaría. ¿Cómo serían sus besos?

Esa fantasía de color de rosa se alargó hasta que se dio cuenta de que había transcurrido un buen rato.

Claro, seguramente él estaría recogiendo el pijama, el neceser, pero aun así... Llamaron al timbre y el ruido la sobresaltó. Sí, se arrojaría a sus brazos.

La señora Bloxby dijo con amabilidad:

—Vamos, vamos, señora Raisin. Ya sabía yo que esto acabaría pasando.

Agatha abrió los ojos y retrocedió confusa. Había visto una figura oscura en el peldaño de la puerta y había creído que era James. La esposa del vicario traía una bolsa para pasar la noche.

—El señor Lacey me telefoneó y he venido todo lo deprisa que he podido. El médico está de camino.

Abrumada, casi enferma por la decepción, Agatha dejó que la señora Bloxby la condujera a la cocina. La luz regresó y todo recuperó la normalidad.

Una vez sedada y acostada, después de que el doctor se hubo marchado y mientras la señora Bloxby dormía en la habitación de invitados, sólo fue capaz de pensar, medio mareada, que James era una mala bestia y un cabrón.

Agatha sufrió un largo y terrible periodo de ataques de pánico y pesadillas; se alegraba de recibir visitas durante el día y de la compañía de los miembros de la

Carsely Ladie's Society, que hicieron turnos para dormir en su cuarto de invitados por la noche, y ni una sola de ellas mencionó a James Lacey. A Agatha le hería en lo más íntimo su rechazo.

Y entonces los miedos remitieron y los largos días soleados mejoraron su ánimo.

En un pueblo tan pequeño era inevitable que acabara cruzándose con James. Él le sonrió con amabilidad y se interesó por su salud, le explicó que estaba escribiendo con fluidez y que trabajaba mucho. Dijo que podrían comer «algún día», ese comentario tan típico que no suele significar absolutamente nada. Agatha le clavó una mirada dolida y amarga con sus pequeños ojos de oso, pero respondió con educación y frialdad, y pensó que eran casi como una pareja que hubiera tenido un lío en el pasado del que ahora uno de ellos se arrepentía.

Y entonces, una mañana, cuando se acercaba la hora de comer, sonó el timbre de Agatha, que ya no corría a la puerta esperando ver a James. En el umbral estaba Bill Wong.

—Oh, eres tú —dijo Agatha—. Debe de hacer siglos que volviste de ese curso tuyo.

—Sí, hace tiempo —confirmó Bill—, pero surgió otro caso que implicaba trabajar en colaboración con la policía de Yorkshire, así que he estado viajando un poco. ¿No vas a invitarme a entrar?

—Claro. Podemos tomar café en el jardín.

—¿Está Lacey por aquí? —preguntó mientras la seguía a través de la casa.

—No —contestó Agatha en tono sombrío—. A decir verdad, aparte de naderías del tipo «Cómo estás» y «Hace un tiempo espléndido» en el mostrador del ultramarinos, no puede decirse que le haya visto.

—Qué raro. Creía que erais uña y carne.

—Pues ya lo ves, no lo somos —le espetó Agatha. Había comprado una mesa y sillas de jardín nuevas.

Siéntate, Bill. Iba a preparar algo de comer: pollo frío y ensalada, ¿te apetece?

—Lo que tengas. A tu jardín no le vendrían mal unas flores. Y así tendrías algo en que ocuparte.

—Puede. Voy a por la comida.

Mientras comían, Bill le contó el caso en el que estaba trabajando y finalmente sacó el tema de Peter Rice.

—Si piensas en esos dos, Rice y Webster, es raro —comentó—. No es que fueran Romeo y Julieta, pero había pasión, pasión auténtica. Un hombre que se cree demasiado feo para conseguir a una mujer y una mujer virgen: he ahí una combinación explosiva. Cuando Rice se enteró de que ella se había estado acostando con Bladen, debió de romperle el corazón, o casi. La historia se repetía: primero Greta, luego Josephine. Pero de repente Josephine vuelve a sus brazos y a ella no le sorprende que haya matado a Bladen. Ahora están más unidos que nunca por el crimen, máxime tras la muerte de la pobre señora Josephs. —Miró a su alrededor.

»Cuando uno conduce por estos preciosos pueblecitos de los Costwolds, cuesta imaginar cuánto horror, pasión y rabia pueden cernirse bajo las vigas de estas antiguas casas. Mira, Agatha, Lacey es un bicho raro. Algunos de esos tipos del ejército lo son. Sólo tiene cincuenta y tantos, lo cual no es ser muy viejo en estos tiempos.

—Vaya, gracias —repuso Agatha con aspereza.

—Si estuviera casado, sería un blanco más fácil, pero estos militares solteros... bueno, es como si acabaran de salir de un monasterio. No muestres interés y ya verás como te busca.

—Ya no siento ningún interés por él —afirmó Agatha sin alterarse.

—Pues a mí me parece que sientes demasiado y que es eso lo que le ahuyenta —señaló Bill.

—Oh, no me digas, mírate, tan joven y tan sabio. ¿Y qué tal va tu vida amorosa?

—Bastante bien. ¿Conoces el supermercado Safeways de Mircester?

—Sí.

—Hay una bonita cajera que se llama Sandra. Estamos saliendo.

—Me alegro —dijo Agatha, que se sintió vagamente celosa.

Cuando Bill se hubo ido, Agatha se acercó en coche al Batsford Garden Centre que se hallaba al fondo de Bourton-on-the-Hill y estuvo mirando flores y plantas. También tenían árboles crecidos. Un jardín instantáneo, ésa era la solución. Pero sólo unas pocas cosas, para empezar. Algo para los bordes alrededor del césped en el jardín trasero y un cesto colgante de flores para el de delante. Decidió que empezaría plantando unos pensamientos y alegrías de la casa.

El trabajo era relajante, los gatos jugaban a su alrededor al sol y estaba tan absorta en lo que hacía que tardó unos instantes en darse cuenta de que alguien llamaba al timbre.

Si fuera... Pero Agatha dio un paso atrás al abrir la puerta y encontrarse ante Freda Huntingdon.

—¿Qué quiere? —preguntó malhumorada.

—Enterrar el hacha —contestó Freda—. Venga al *pub*; tengo ganas de coger una buena. Estoy harta de los hombres.

En la cabeza de Agatha, la curiosidad se enfrentó con el desagrado y ganó la primera.

—¿Qué ha pasado?

—Venga al *pub* y se lo contaré.

La simple idea de que pudiera tener algo que ver con James fue acicate suficiente para que Agatha acompañara a Freda. Ésta pidió dos ginebras dobles y ambas se sentaron.

—Estoy pensando en vender la casa —le confió Freda—. Nada ha salido bien desde que me he instalado aquí.

—¿Se refiere a Bladen?

—Bladen y todo lo demás. Mire, George, mi marido, era mucho mayor que yo, pero estaba forrado. Viajábamos mucho, a lugares exóticos. Pero me tenía muy vigilada y yo solía pensar mucho en la libertad que podría disfrutar si él se moría de golpe y me dejaba el dinero. Pues bien, sucedió. Después tuve un par de líos que salieron mal, así que pensé, a la mierda, me instalaré en los Costwolds, me compraré un *cottage* muy mono y buscaré un nuevo marido. Le eché el ojo a Lacey. Lamento haberme comportado como una furcia, pero la verdad es que me gustaba, aunque no había la menor esperanza. El lío con Bladen me desconcertó: creía firmemente que él estaba coladito por mí y me tragué toda esa basura sobre el hospital. Cuando George vivía, yo me creía la lista, la mundana, la astuta, pero era él el que de verdad tenía el cerebro. Entonces apareció Tony, ese tipo con el que me vio en el *pub*. No es ningún Adonis, pero sí tenía buenos negocios, al estilo de Gloucester. Su esposa vino a verme ayer. ¡Su esposa! Y me había jurado que era viudo. —Freda lloriqueaba consternada—. No soy más que una vieja estúpida.

—Necesita otra ginebra doble —dijo Agatha, siempre práctica.

James Lacey releyó lo que había escrito y gruñó. Gracias a su experiencia en el caso de Bladen se le había ocurrido escribir una novela de misterio. Con qué facilidad habían fluido las palabras, con qué rapidez las miles de pequeñas palabras verdes se habían ido acumulando en la pantalla de su procesador de textos. Pero de repente era como si la niebla se hubiera disipado: estaba leyendo páginas que eran una simple basura.

Era un día caluroso, tenía todas las ventanas de la casa abiertas de par en par. Desde la vivienda de al lado le llegaba el sonido de voces y el tintineo de vasos y porcelana. Salió al jardín y se asomó por encima del seto. Bill Wong y Agatha estaban sentados comiendo, absortos en su conversación. Le habría gustado unirse a ellos, pero se había mostrado frío con Agatha, la había desairado y ahora se había apartado de ella. Volvió dentro y dio vueltas por la casa, lamentándose de su desdicha. Más tarde oyó que Bill se iba y al poco vio a Agatha marcharse en el coche.

Por la tarde salió al jardín y empezó a arrancar malas hierbas de los parterres. Oyó movimientos en el jardín de Agatha y, una vez más, se asomó. Ella estaba plantando una hilera de pensamientos. James estaba convencido de que no tenía ni idea de jardinería. Si no hubiera sido tan estúpido podría haberse pasado a charlar, pero ¡de verdad! ¡Todas esas mujeres esperando que les propusiera matrimonio! Y hasta la propia Agatha, ¡el modo en que lo había mirado!

Por otro lado, casi la habían matado. No era la primera vez que malinterpretaba sus miradas. Todo era culpa de aquella maldita esposa del capitán de Chipre: no debería haberse liado con ella. Menudo escándalo. Ella le había perseguido, había coqueteado con él, pero cuando estalló el escándalo, él había sido el único culpable, la bestia que la había seducido y había intentado arrebatársela a su noble y gallardo

marido.

Se acomodó para leer una historia de detectives de Reginald Hill, que juzgó deprimentemente buena.

Empezaba a anochecer cuando oyó unos ruidos extraños en la calle, como si alguien cantara estrepitosamente. Perplejo, salió y se sentó a tomar el fresco de la noche en el umbral. Dando tumbos por la calle, abrazadas, cantando el clásico de Sinatra *I Did It My Way*, venían Agatha y Freda Huntingdon.

Cuando llegaron a su altura, dejaron de cantar.

—¡Hombres! —exclamó Freda, con hipo.

Y Agatha Raisin sonrió maliciosamente y le hizo a James Lacey el signo de la victoria, aunque del revés.

James se metió en casa y cerró de un portazo mientras, riendo y gritando, la inverosímil pareja seguía su camino.



MARION CHESNEY (Glasgow, Escocia, 1936). M. C. Beaton es el seudónimo tras el que se esconde Marion Chesney cuando escribe novelas policíacas y de misterio.

Trabajó para varios periódicos y revistas como crítica teatral, editora de moda, reportera de sucesos y reportera jefe de la sección «Mujer». Después de casarse y tener un hijo, la familia emigró a Estados Unidos, donde tras unos inicios difíciles conseguirían trabajo en el nuevo periódico sensacionalista de Rupert Murdoch: The Star.

Ansiosa por pasar más tiempo en casa con su hijo pequeño, Marion comenzó a escribir novelas de forma prolífica. Un curso de pesca durante las vacaciones le inspiró su primera novela policíaca que daría lugar a la serie del detective Hamish Macbeth. De vuelta a Escocia, Marion y su esposo compraron una granja para dedicarse a la cría de ovejas, pero posteriormente se mudaron a la apacible región de los Cotswolds, donde, en 1992, nacería Agatha Raisin, la carismática investigadora de una de las series de novelas de misterio más populares en el Reino Unido, y de la que hasta la fecha se han publicado más de veinte títulos.

Notas

[1] Thomas Beecham (1879-1961) fue un prestigioso director de orquesta inglés, famoso, además de por su música, por su lengua mordaz, que ha dejado un buen repertorio de frases célebres e ingeniosas. El doctor Johnson (1709-1784) es un clásico de las letras inglesas, objeto, además, de una biografía que ha pasado a la historia de la literatura, *Vida de Samuel Johnson*, escrita por su amigo James Boswell, en la que de paso inmortalizó a su gato *Hodge*. <<

[2] Últimos versos del muy popular poema «The Listeners» (1912), del escritor inglés Walter de la Mare (1873-1956), en el que un misterioso viajero llega a un mansión aislada una noche de luna, nadie responde a sus llamadas y él acaba marchándose del espectral y silencioso lugar. (*N. del T.*). <<